V

Discursos Medicinales del Licenciado Juan Méndez Nieto

A la memoria de don Marcos Jiménez de la Espada.

Al iniciar, gracias a la hospitalidad del BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, la publicación de los *Discursos Medicinales* del licenciado Méndez Nieto, me ha parecido obligado tributo de admiración encabezarla con el nombre del insigne americanista a quien se deben las primeras apreciaciones acerca de tan curiosa obra y los primeros intentos de sacarla a luz.

A estos propósitos de Jiménez de la Espada responde, en efecto, el informe de don José Amador de los Ríos y don Javier de Salas, inserto en este mismo BOLETÍN (t. I, 1877, pág. 151). Mejor que de la lectura de dicho informe (aun reconociéndose en él la importancia histórica y documental que en algunos aspectos presenta el libro de Méndez Nieto) puede inferirse el interés de éste, a través del bello artículo "Las cuartanas del Príncipe de Eboli", que Jiménez de la Espada trazó con glosas y extractos de uno de los *Discursos* y publicó el año 1880 en la *Revista Contemporánea.*

Sacó Jiménez de la Espada por sí mismo (como ahora el firmante de esta nota) copia del manuscrito de Méndez Nieto, y comunicó a don Marcelino Menéndez y Pelayo las noticias que acerca de él se publican en el tomo I, pá-

gina 314 de la *Historia de la Poesía Hispano Americana.* He aquí algunas de estas noticias, como anticipo de las muchas que de sí propio nos da el original Licenciado:

"No he podido averiguar en qué lugar de España nació, aunque, por lo que odiaba a los portugueses, sospecho que era de Extremadura. En 1.° de septiembre de 1607 confesaba que tenía setenta y seis años de edad. Estudió en Salamanca, y después de comenzar varias carreras siguió la de Medicina. Fué médico titular de Arévalo; curó de unas rebeldes cuartanas al príncipe de Eboli, y por no atreverse a curar (dice él) al príncipe don Carlos, huyó de la Corte, residente entonces en Toledo, llevando licencia para pasar a Indias. Detúvose algún tiempo en Sevilla, ejerciendo su profesión con gran fortuna y provecho, y allí se hubiera establecido, pero casó, o dejó que le casaran, con doña Marta Ponce, criada y deuda de los Duques de Arcos..., escapando como pudo a Indias. Hacia los fines de 1559 aportó a Santo Domingo de la Española, en cuya capital permaneció unos años, y después de breves residencias accidentales en Nombre de Dios y Río de la Hacha..., se fijó definitivamente en Cartagena de Indias, hasta su muerte, acaecida poco después del año 1616... Dejó concluídas y preparadas para imprimirse, en Sevilla, dos obras, tituladas, la una: *De la facultad de los alimentos y medicamentos indianos con un tratado de las enfermedades patricias del Reino de Tierra Firme*, y la otra *Discursos Medicinales.*"

Consérvase el manuscrito original y autógrafo de esta segunda obra en la Biblioteca de Palacio, y se halla descrito en el Catálogo recientemente publicado *Manuscritos de América,* núm. 443.

J. Domínguez Bordona.

DISCURSOS MEDIÇINALES COMPUESTOS POR EL L.DO JUAN MENDEZ NIETO QUE TRATAN DE LAS MARAVILLOSAS CURAS Y SUÇESOS QUE DIOS NRO. SOR. A QUERIDO OBRAR POR SUS MANOS EN ÇINQUENTA AÑOS QUE A QUE CURA ANSI EN ESPAÑA COMO EN LA YSLA ESPAÑOLA Y RREINO DE TIERRA FIRME ADONDE A RESIDIDO LO MAS DEL TIEMPO. DE LAS QUALES RESULTA MUCHA GLORIA Y ALABANÇAS AL MISMO DIOS QUE LAS OBRO, Y NO POCO PROUECHO A LOS PROXIMOS, MAYORMENTE A LOS QUE PROFESA[N] Y EXERÇITAN EL ARTE MEDICA SI CON ATENÇION Y ANIMO BENEUOLO FUEREN LEIDOS. ESCRITOS EN CARTAGENA INDIANA. AÑO DE 1607 Y DE LA HEDAD DEL AUCTOR 76. A GLORIA Y HONRRA DE DIOS NUESTRO SEÑOR Y POR APROUECHAR A SUS PROXIMOS.

VAN REPARTIDOS EN TRES LIBROS. EN EL PRIMERO SE ESCRIUE LO SUÇEDIDO EN ESPAÑA. EL SEGUNDO TRATA DE LOS SUÇESOS DE LA ISLA ESPAÑOLA. EL TERÇERO DEL REINO DE TIERRA FIRME.

DIRIGIDO AL LISC.DO ALONSO MALDONADO OYDOR DEL CONSEJO DE YNDIAS DEL REY NUESTRO SEÑOR.

Dedicación del libro al licenciado Alonso Maldonado, Oidor de S. M. en el Real Consejo de Indias

Que haya sido yo llamado con particular vocación de Dios nuestro Señor a este ministerio de *levandi langores* y curar pobres, y afligidos, y desesperados de alcanzar remedio; las muchas maravillas y exorbitantes pronósticos que por mis manos y boca ha obrado contra toda razón y ciencia natural, que a mí primero que a otro alguno admiraban y ponían espanto, y hoy día lo hacen, me han forzado a que lo crea y tenga entendido; demás del modo y rodeo por donde él me trujo, como claramente verá el que sin pasión leyere desde el principio estos Dis-

cursos. Y para confirmarlo del todo no restaba sino que el mismo Dios trujese por aquí a Vmd. el día que los acabé de escribir, para que sirviéndose leer alguna parte dellos me obligase, en remuneración y agradecimiento de tanta merced, a se los dedicar y ofrescer, para que debajo de tan buena tutela y amparo puedan salir a luz y servir y aprovechar a la salud y bien común; que para esto fueron fabricados, no sin particular providencia del mismo Señor: porque muchos secretos y grandes remedios que los médicos suelen guardar y encubrir para su particular interés y ganancia van en ellos manifestados y declarados en este lenguaje, porque ningunos sean encubiertos, demás de muchas curas y sentencias curiosas que nos enseñan, que todas ellas son de mucho provecho para la salud humana.

Vmd. los resciba con la voluntad que yo los ofrezco, que aunque paresca pequeño presenta para tan gran caballero y señor, debajo de tan buen presidio y amparo cobrarán lo que les falta y podrán parescer sin vergüenza a doquiera.

Nuestro Señor la vida y viaje de Vmd. prospere, como vee que conviene y es necesario para el bien de todos. En Cartagena del Poniente, en primero de jullio de 1611 años. El Lic.^{do} Juan Méndez Nyeto. (Rubricado.)

LIBRO PRIMERO

DISCURSO 1

Trata del principio de mis estudios.

Para haber de dar perfecta relación y noticias de los maravillosos sucesos que Dios Nuestro Señor ha sido servido obrar por mis manos, y siendo yo el principal instrumento en cincuenta años que ha que uso y ejercito el oficio de médico, será necesario avisar primero del discurso de mi vida y estudios, para que se entienda como desde principio dellos fuí llamado con particular vocación para este ministerio, y ansí no causarán tanta admiración los maravillosos y portentosos sucesos que en él me sucedieron. Y comenzando la historia y abreviándola lo más que me fuere posible, digo:

Que yo fuí inviado de mis padres a la Universidad de Salamanca de edad de ocho años, en el cual tiempo sabía yo leer y escrebir bonitamente y algunos principios de Gramática. Tuve en ella por maestros en el resto de la Gramática al Bachiller Roa, que la enseñaba en su casa, pagándole escojidamente; y estando dél bien instruido en todas las menudencias, pasé a oír al Maestro de la Torre, ciego famoso que en aquel tiempo había llevado la cátreda de Prima al Comendador Griego. Y oyendo dél y del Maestro León, que a la sazón era catredático de Vísperas, e a Lorenzo Vala, a Tulio *de Officis,* Vergilio y Valerio Máximo, Terencio y otros libros, y en liciones particulares que hacían a Plinio, y Alciato, epístolas y oraciones de Tulio, con

algunas leciones de Retórica, acabé mi Gramatica y Latín prósperamente; porque me cupieron en suerte en los postreros años dos estudiantes africanos por compañeros que habían estudiado Latín y Artes en Coimbra, en el tiempo que ella más floreció, y tuvieron por maestros al famoso Bucanarie y a Reisende y otros eminentes hombres que el rey D. Juan 2.° de Portugal había traído de París a mucha costa suya para leer en aquella Universidad; y estos dos estudiantes que dicho tengo, fueron sus discípulos muy aventajados y habilísimos entre todos los demás. Eran ambos hermanos, y el más pequeño no hablaba jamás sino latín, y no como quiera, sino todo ciceroniano, y tan elegante que los maestros de Salamanca temblaban y rehusaban de hablar con él, porque tenía una lengua y pronunciación como un sirguerito y parecían ellos y su latín ante el muchacho, que debía tener trece años, mazacotes malformados; porque en aquel tiempo, que era el año de 1548 hasta 1552, todo era barbarie en aquella Universidad y no había quien se atreviese a hablar diez palabras en latín y ese tan áspero y férreo que bien mostraba ser traído por los cabellos, y todos los catredáticos de todas ciencias leían sus lecciones en buen romance, y si alguna vez se atrevían al latín era tan bárbaro y malo, que se tenía por mejor el romance.

Estos, pues, fueron los maestros que más me aprovecharon en el latín: que viviendo como vivimos juntos tres años, me hicieron hablar y escrebir el latín a su modo y muy diferentemente de lo que en Salamanca se usaba.

Luego en pos desto sucedió que entrando a oír Artes para haber de oír Teología entré en el curso del que comenzaba, leyendo las Súmulas de fray Domingo de Soto, porque aquellas y no otras se leían en aquella Universidad; y en este tiempo vino de París a aquella ciudad un flaire mercenario que se decía fray Gregorio, el cual había sido médico antes de ser flaire, y discípulo de Ja-

cobo Silvio, y querer alabar las partes, habilidades y letras ansí del maestro como del discípulo será escurecellas y quitarle mucho de sus quilates. Estaba vaca, cuando allí llegó, la cátreda del otro curso de Artes, y era en el segundo año cuando habiendo en el primero leído las Súmulas se leía la Lógica, y en la primera muestra que este flaire hizo en unas conclusiones, luego los estudiantes se juntaron y le pidieron se pusiese a la cátreda, que se la darían en cuanto vacaba otra de más importancia. El lo hizo ansí y la llevó con mucha pantana. Yo, que en aquel tiempo estaba oyendo mis Súmulas, reventaba de enojo por no poder oír el flaire, que en el latín hacía mucha ventaja al muchacho que dicho tengo, y en los demás era muy universal y muy docto. Crecióme tanto la gana de oille, que determiné yo con otros mis condiscípulos, que dieron en lo mismo, de pasarnos a oír Lógica sin Súmulas, aunque supiésemos perder el curso y ir a tomar el grado a otra Universidad. Comunicámoslo con el mismo fray Gregorio y él nos animó mucho a ello, diciendo que nos leería a las fiestas en su monesterio las Súmulas de Cliotoveo, que eran las que se leían en París, porque de las de Soto se reía él diciendo que no valían cosa sino era para ofuscar los oyentes y hacellos sofistas.

Vista la buena voluntad y ayuda del flaire, luego nos pasamos del otro curso al suyo cinco estudiantes con intención de nos ir a graduar a otra Universidad, y dende ahí a pocos días se pasaron los más de los que quedaban, y ansí acabamos nuestro curso con mucho contento y ventaja, porque no solamente sacó a sus discípulos buenos artistas y filósofos, pero muy aprovechados en el Latín y Griego, el cual hablaba tan bien como el romance, demás de las Matemáticas, Arismética, Música y Esfera, que nos leyó en los dos años del curso. Era este flaire valenciano, y para saber, en suma, lo mucho que era, basta saber que los flaires franciscanos parisienses que vinieron aquel año al capítulo suyo ge-

neral que se celebró en Salamanca, se espantaron de lo ver allí y me dijeron en buen latín, porque eran franceses y no sabían hablar romance, que era la mejor pieza que tenía París, que no sabían como lo habían dejado salir de aquella Universidad.

Este, pues, es el Discurso de mis primeros estudios, adonde se debe notar que sin salir de Salamanca, tierra tan estéril, en aquel tiempo, de buen Latín y buenas Artes, que todo era barbarie y sofistería, porque no se leía otra cosa sino Soto y sus Questiones, no me hizo falta París ni Coimbra, adonde estas dos facultades florecían entonces y agora, aunque no tanto, florecen; para que se entienda que al que Dios escoge para algún ministerio y servicio suyo, le encamina y aplica los medios necesarios; y esto sin que él lo entienda muchas veces, como hizo a mí, por lo cual sea bendito y loado por todos los siglos de los siglos, amén.

DISCURSO 2

Trata de cómo fuí el primero que se hizo Bachiller por examen en Salamanca y de la contradición que tuve.

Acabadas que fueron de oír las Artes, sin oír las Súmulas de Soto, no podía ser graduado en aquella Universidad porque me faltaba un curso, y por esta razón todos mis condiscípulos, los que se habían pasado del otro curso al de fray Gregorio, se fueron a graduar fuera de Salamanca, cada uno a la Universidad que mejor le pareció; y queriendo yo hacer lo mismo, andábame informando si admitían a examen en Valladolid para irme allá a graduar, por ser la Universidad que estaba más cerca y gozar de los mismos previlegios que Salamanca y, en el resto, ser más antigua y tener mejor lugar en los actos públicos, y diciéndome el Maestro Anrique, a quien lo pregunté, que sí admiterían pero que era el examen

muy riguroso y que no todos salían con el grado e intento que pretendían y que para eso también allí había constitución que el que quisiese graduarse de Bachiller en Artes por examen fuese admitido adondequiera que hubiese estudiado y que aunque esta constitución nunca se había allí practicado, tenía entendido no dejarían de la cumplir admitiendo a examen al que lo pidiese y se atreviese a ello.

Vista la respuesta del dicho Dotor y Maestro Anrique, que ambos grados tenía, aquél en Medecina y éste en Artes, le supliqué me prestase las Constituciones señalándome aquella que lo decía, lo cual él luego allí hizo, porque esto pasaba en su casa, y hallada mi constitución vóime con ella al Dotor Luis Pérez, el cual me hizo una petición que presenté con la misma constitución en el claustro, siendo Retor don Alvaro de Zúñiga, Marqués que fué despues de Villamanrique, y salió decretado que se cumpliese la constitución como en ella se contenía.

No hubo bien la provisión o auto salido, cuando fray Domingo de Soto, que al presente estaba en Salamanca, que había venido de ser confesor del Emperador por ciertos recuentros que tuvieron sobre el estado de Milán, acudió al negocio con tanto ímpetu como si en ello le fuera el mismo estado y pudo tanto su persona y autoridad, que hizo revocar el auto y proveimiento y que el negocio se mirase bien, diciendo que era en perjuicio del antiguo y universal orden que siempre en aquella Universidad se había guardado, y otras muchas razones aparentes, con las cuales hizo como dije revocar el auto y que el pleito se cometiese al Dotor León, catredático de Prima de Leyes y Dotor en utroque por Salamanca.

Cometido el pleito, alegó muchas razones para estorbar el examen, entre las cuales fué una que si me admitían y acaso saliese con el grado, cualquiera que fuese de buena habilidad querría hacer lo mismo y graduarse en menos tiempo aún del que yo había estudiado; a lo que respondió el juez, que más quería un discípulo sa-

bio y de buena habilidad que un dotor necio y que yo no podía dejar de ser admitido; que negociase con los examinadores, que el remedio estaba fácil con darme por no suficiente.

Acabada esta contienda, que no fué poca, y habiéndoseme dado licencia para ser admitido al examen, pidió que fuesen los examinadores el Maestro Sancho y el Maestro Anrique, ambos catredáticos de propriedad de Filosofía Moral y Natural. Luego le fué concedido y si más pidiera más le concedieran, como parecerá por lo que adelante sucedió.

Luego que los examinadores fueron nombrados, vídose con ellos y lo que les dijo y mandó que él no había menester rogar, cada cual lo podrá entender sin que yo gaste tiempo en referillo, y bien se pareció por la obra, porque al que se opone a cualquiera cátreda grande o pequeña que sea no le señalan para que en espacio de 24 horas lea más de un capítulo o ley, la que en suerte le cabe, abriendo para esto un texto de la facultad o libro cualquiera, y a mí me señalaron dos capítulos buscados aposta, los más largos y escuros de toda la Lógica y Filosofía, para que dentro en el mismo espacio leyese delante los examinadores: rigor y crueldad jamás vista, aun para examen de Licenciado, cuanto más para Bachiller en Artes, que tiene licencia, conforme al refrán, para ser más necio que de antes.

Llamado, pues, al examen y habiéndome señalado los dos capítulos que dicho tengo, que fueron el pridicamento *ad aliquid* y el segundo capítulo del segundo libro *de Anima,* acetélos con buen semblante pudiéndolos rehusar con justo título, como hace el penitente a la demasiada penitencia, más antes quise mostrarme atrevido que cobarde que al fin buen corazón quebranta mala ventura.

Acetados los capítulos, a las dos horas después del mediodía en casa del maestro Anrique, adonde me los señalaron, recójome a mi estudio y tomo el texto de la Co-

pulata de Lovaina y por él sin mucho rodeo voy entendiendo la letra y sentido de Aristóteles, que está bien escuro en el texto ordinario de Agiropilo, y bien entendido vóime a las dudas y cuestiones que sobre él hacen Temistio, Philopono y algunos otros cuestionarios, y sacadas en limpio las conclusiones y mejores opiniones con la solución de uno o dos argumentos, los prencipales y más eficaces de la parte contraria, lo resumo todo en poco más de medio pliego de papel y con tan buenas ganas lo tomé, que a dos horas de la noche tenía ya la leción hecha y sabida y ansí dormí buen pedazo de la noche, y con poco cuidado al día siguiente voy a leer mis capítulos, llevando para la entrada una breve oración en que representaba el agravio que me habían hecho en señalarme dos capítulos tan escuros y prolijos, que aun a ellos, con ser maestros, cualquiera dellos le diera bien en qué entender; por tanto, que perdonasen las faltas, que no podía dejar de las haber, y prosupuesto esto e invocado el favor divino, comienzo mi leción en la cual no hablé palabra en romance ni quise que el latín fuese elegante ni afectado, por dejarme mejor entender, y poniendo una ampolleta de una hora acabé mi leción primero que ella acabase un buen rato, y mirándose los maestros uno al otro como espantados, dijo el maestro Anrique al otro:

—Proponga Vmd. alguna duda, que bien hay que poder argumentar.

El maestro Sancho respondió:

—Las principales él las ha resolvido bien por cierto y ansí no hay más que esperar sino que Vmd. haga luego la cédula y désela muy honrada.

Dada que fué la cédula, aguardé que hubiese claustro pleno para me presentar con ella, y en el ínterin supo fray Domingo de Soto lo que había pasado y cogió los maestros y los puso de vuelta y media, los cuales no tuvieron con que se defender sino con certificalle que si su paternidad se hallara presente no dejara de hacer lo mismo, a lo que respondió: —Pues yo quiero hallarme presente

para ver ese milagro. Y dicho esto, vase al Retor y hácele que no pase por aquel examen que fué privado y debió de ser sobornado que me mandase que sustentase unas conclusiones públicas, que se quería él hallar en ellas y que allí se vería bien mi justicia y suficiencia. Y luego al otro día que se hizo claustro me presenté con mi licencia y me mandaron que sustentase públicamente nueve conclusiones, tres de Lógica, tres de Súmulas y tres de Filosofía.

Con lo cual quedé muy triste y moino viendo la molestia y sinrazón que se me hacía y acudí luego a quejarme a mi maestro fray Gregorio, y él lo sintió y tomó como era razón y me dijo:

—¿Acordárseos ha, por ventura, de los lugares a donde al tiempo que leía reprobaba la opinión de fray Domingo de Soto?

A lo que respondí, que algunos se me acordaban y los demás serían fáciles de hallar recorriendo la margen de sus obras, porque allí los escrebía todos como cosa notable y opinión particular contra la común; porque en aquella Universidad y en aquel tiempo no se hacía caudal ni se sustentaba otra opinión sino la de Soto, por muy mala que fuese, y ansí hasta que este flaire vino no se enseñaba ni admitía otra ni había quien la osase reprobar. Tanta era la ceguedad de aquella edad.

Luego, pues, me despachó el fraile y me dijo que me fuese a casa y recorriese los libros y le llevase los lugares señalados, en anocheciendo. Lo cual ansí hecho, y llegado que fuí con los lugares, me hizo asentar y dándome papel y tinta, me dijo escrebiese, y comenzándome a dictar y dicir lo que había de escrebir, en rico latín y modo extraordinario, hizo el título que decía: "Parodojos lógicos y físicos que tiene de sustentar y defender con el divino favor y ayuda Juan Méndez Nieto, discípulo de Fray Gregorio, Dotor en Medecina por París y Maestro en Artes y Santa Teología por la misma Universidad."

En acabando el título se siguían los primeros tres paradojos tomados de tres lugares, los que mejor le pare-

cieron de más de diez en que le había reprobado su opinión leyendo las Súmulas de Clitoveo, y entraba diciendo en ellos: Erraste, frai Domingo de Soto, cuando dijo en las Súmulas, etc., escribiendo toda la sentencia en que había errado, y desta manera procediendo por los otros de Lógica y Filosofía.

Acabados de escrebir los nueve paradojos, me dijo que mirase en los escolios que nos había dado en escrito cuando leía aquellos lugares y aquella materia y que allí hallaría la defensa dellos sin trabajar mucho, que él por la mucha ocupación no podía volvérmela a dictar y que mandase emprimir los paradojos con letra crecida redonda y mucha margen y que en la margen pusiese enfrente de cada uno en letra menuda brevemente las razones y autores en que se fundaba, por si acaso no los alcanzase a probar todos en el acto público, quedasen probados, y que no me quedase maestro ni dotor en ninguna ciencia a quien no diese traslado, y convidase para el examen que se hizo día del glorioso Señor San Gerónimo, porque hubiese lugar y ocasión para que todos fuesen, porque él había de presedir comigo a la defensa y que perdiese cuidado.

Hízose todo como lo mandó, y demás deso hice una oración en versos heróicos todos exámetros en loor de aquella Universidad y dotores della, cosa nunca vista hasta entonces en ningunas conclusiones, y aun creo que tampoco después, la cual fué tan alabada y tenida en mucho, que dudaron de quien la hubiese hecho, y a esta duda les satisfizo el Maestro León diciéndoles que no había en toda la ciudad quien la pudiese hacer si no era yo; y porque el letor no dude también de lo que agora escribo, creyendo que cuento patrañas, me holgara se me acordara para recitársela y referírsela aquí, pero al fin diré lo que della se me acordase a cabo de 54 años y más que ha que pasó, y por el hilo sacará el ovillo:

> Pieridum flores decus inmortale parentum:
> et circunstantes, pariter, salute magistri.

Silicet incipian, praeconia tanta magistrum
tantorumque decus summum laudes virorum,
promere conahor venia praebete petenti.
O Deus omnipotens, o lux inmensa Mari,
ferre mihi auxilium propera coeptisque faveto.
Cum mare cum terras altumque gubernet Olympium
imperet obtuse menti tua summa potestas
te regina duce nullo concussa timore.
Mens mea proposuit sibi gesta canenda magistrum
discere qui posquam ceperunt castra Minervae.
Muneribus juvenes rudes fulgentibus ornant
qui posquam cunctae coluerunt antra camenae
gesta quidem ut perhibent miranda per alta feruntur
ethera jam quam Dei sedes properantur in altas,
jam quam volat properas tantorum fama virorum
jam ceri cursu cunctis allabitur oris
quare cum vestrum estudium spectetur ab orbe,
quis non hunc veniet quis non hanc tendat in arcem,
robora quo videat vestrae fortissima mentis.

Fijadas, pues, las conclusiones debajo del título de paradojos, y convidados los dotores, asombraron el mundo y dieron que entender y decir no solamente a todas las escuelas, mas a toda la ciudad, que no se trataba otra cosa, y cada cual hechaba juicio como mejor le parecía: unos decían que era grande atrevimiento, otros grande disparate, otros que era locura y vanagloria que me costaría caro porque no me darían el grado, y desta manera llegamos al día señalado, y entrando a la una del día en las escuelas, acudió luego fray Domingo con todos los frailes de su convento y con el Retor y Maestrescuela sin ser llamados y todos los dotores de Artes, Medecina y Teología sin quedar ninguno y muchos de los legistas y canonistas, con más de tres mil estudiantes, que era un día de juicio y un espetáculo temeroso para un famoso dotor cuanto más para un pobre estudiante. Todo ello me parecía poco y no lo temía cosa, entendiendo que tenía por padrino al fraile; pero salióme muy al revés, porque acabado de subir en la cátreda, le dijo fray Domingo que se bajase, porque no querían examinarlo a él sino al estu-

diante. Replicó el fray Gregorio en elegante y rico latín que aquella costumbre se guardaba en aquella y en las demás Universidades y querella inovar parecía más rigor y pasión que justicia y que por tanto suplicaba se mirase bien antes de hacelle aquella afrenta. Habló el fray Domingo con el Retor y Maesescuela, que estaban a su lado, y el Maesescuela lo mandó bajar diciendo que aquéllas no eran conclusiones ordinarias y que no habían de tener padrino. El fraile se bajó y Retor y Maesescuela lo llamaron y asentaron entre ellos por satisfacelle de la afrenta y yo aunque quedé solo no perdí el ánimo, porque había comido una perdiz y bebido dos maravedís de vino blanco de la tabernilla, cosa que nunca había hecho, porque 70 años viví sin beber en todos ellos un cuartillo de vino, y entonces lo bebí por consejo de Ovidio, que dice en el *Arte amandi* que pone el vino que es moderado mucho calor y ánimo al que lo bebe, y Tíbulo, en una de sus Elegías, añade que infunde ciencia al que no la tiene y le enseña otras muchas artes y gracias; y es ansí cierto que me puso tanto ánimo, que me parecía pudiera esgremir con todos, cuanto más argumentar.

Allegóse a esto que se habíen mis condiscípulos sentado de industria cabe mí y con señas y ademanes todos me ponían grande ánimo significando que no tuviese miedo, que todos me ayudarían.

Acabado esto, levantóme Dios y en hora buena y con el bonete en la mano los entré saludando con mis versos con tanta énfasis y tan clara voz y pronunciación que cuando los versos no fueran tan buenos como lo son, los hiciera parecer bien. Estuvieron todos muy atentos a la oración, que tenía cuatro veces tanto de lo que aquí señalé que se me acordaba, porque tenía pasante de 120 versos, la cual luego que fué acabada se levantó un mormollo ansí entre los dotores como en los estudiantes, de la admiración que les puso cosa tan nueva, que fué menester mandarles el Retor que callasen para proseguir la obra.

Quietada que fué la gente, comienzo a proponer mis

paradojos y a comproballos con lindo garbete y pronunciación, porque a la verdad tenía más dientes que agora y más calor natural, y luego me salió al encuentro fray Domingo de Soto diciendo no pasase más adelante, que en la margen estaba todo aquello, que comenzasen los argumentos. Y aunque mis condiscípulos iban prevenidos para ello, no quiso sino que argumentasen sus frailes y comenzados los argumentos, yo me daba tanta maña que negando, concediendo y distinguiendo, quedaba siempre con mi opinión, y en acabando que acababa el fraile todas sus réplicas tomaba Soto el argumento y trayendo una autoridad fingida de la Metafísica, que totalmente contradecía la conclusión, me hacía titubear, hasta en tanto que se levantó mi maestro y dijo que el argumento que se toma de autoridad siempre cojeaba de un pie, que viniese el libro y que de lo antecedente y subsecuente veríamos lo que quería decir la autoridad y como se había de entender, y en esto se barajaron los maestros unos con otros sobre si lo decía Aristóteles o no lo decía y de cómo se debía entender, y los estudiantes por otro cabo pateaban de suerte que nunca se pudo concluír contra mí cosa alguna, y ansí se acabó el día y el acto con él, habiéndome argumentado seis frailes y fray Domingo de Soto prosiguiendo los argumentos y yo defendiéndome lo mejor que pude. Acabada que fué la barahunda, que no fué poca, porque los pretendientes todos ellos pretendían mostrar allí sus habilidades y aventajarse y ansí nunca faltaba al que me contradecía otro que se asiese con él, y desta suerte me ayudaban a llevar la carga.

Acabado, pues, que fué el día y con él los argumentos, que duraron más de tres horas, Maestrescuela y Retor y los demás maestros y dotores se apartaron con fray Domingo de Soto y le dijeron qué era lo que quería su paternidad que se hiciese del estudiante. El les respondió que no solamente Bachiller, mas Licenciado y Maestro lo podían hacer, y en aprobándome él, luego me aprobaron todos los demás, y el Retor mandó al escribano que estaba

presente que hiciese auto de todo ello y me lo diese por testimonio con la licencia. Y luego allí fuí a besar las manos a fray Domingo, y al otro día de mañana le envié seis perdices, de unas pocas que me habían traído de la patria, y de allí en adelante fué mucho mi señor y amigo y un poco de tiempo mi maestro, como adelante se verá.

Lo que se puede y debe sacar de este Discurso es que la razón y justicia, aunque a veces padece fuerza y injuria, al fin siempre prevalece por muy fuertes y poderosos que tengan los contrarios, porque nunca el Padre Eterno, cuya hija ella es, permite que sea del todo desamparada y desfavorecida. Por lo que sea su nombre bendito per infinita secula seculorum, amén.

DISCURSO 3

Trata de lo que sucedió después de habida la licencia para el grado de Bachiller en Artes.

Habida, pues, la licencia y aprobación para el grado como consta por el título que hoy en día tengo, ni más ni menos que se da a los Liscenciados para se hacer Dotores, no quise luego tomar el grado sino dejarlo para lo tomar juntamente con el de Teología, que yo pretendía estudiar, para lo cual fuí a mi tierra para tomar el parecer de mis padres y para descansar y holgarme el remanente de las vacaciones.

Después que tuve el pláceme y licencia de mis padres para ser clérigo y oír Teología, y habiendo estado con ellos holgando como veinte días, me volví a Salamanca y hallé que leían Teología el Maestro Cano, y el Maestro Gallo, Escritura y fray Domingo de Soto, su cátreda de Prima, en la cual había jubilado muchos años hacía, y rogándole el claustro a instancia del Retor y de Don Juan de Ribera Arzobispo de Valencia, que en aquel tiempo oían Teología, que leyese su misma sustitución y que demás de ahorrar lo que pagaba a quien la leía le darían

cincuenta mil maravedís para regalos del trabajo, él lo acetó con condición que había de leer de 8 a 10 y no de madrugada, como hace el de Prima.

Sabido que leía fray Domingo de Soto, recebí grande contento, como también lo recibió toda la Universidad, porque se le llegaron tantos oyentes que fué necesario dalle el general grande de Cánones en que leyese. Y oyendo todo aquel año mi Teología y parte de otro con mucho contento, me entraba todo el tiempo que duraban las vacaciones en los hermanos de la Compañía de Jesús, que habían en aquel tiempo puesto casa en Salamanca, y era el Duque de Gandía el Superior, y Teresa de Jesús los vino a visitar y confesar con ellos dende Avila, a fama de su santidad y buena vida.

Prosiguiendo mi curso en esta forma que digo y en compañía de un fraile descalzo de San Francisco, italiano, y de un sacerdote portugués de Olivenza, que se dicía Paulo Vello, hombres ambos de tanta santidad y espíritu que aun allí en Salamanca, siendo huéspedes y estudiantes como yo, hicieron mucho provecho y convertieron muchas malas mujeres y peores hombres, y a mí entre ellos, con su buen ejemplo, vida y palabras, de suerte que queriéndose el Paulo entrar en la Compañía no se lo consintieron, diciendo que había más fruto fuera que encerrado.

El demonio, que jamás nos deja de perseguir por todos los modos y vías posibles, teniendo envidia de mi buena vida, procuró cortarme el hilo que llevaba, por medio de un estudiante de mi tierra que se fué las vacaciones o Pascua a ella y dijo a mis padres los pasos en que andaba y que tenía entendido que me había de entrar con los hermanos de la Compañía; lo que por ellos visto, luego me enviaron un mozo con una carga de regalos y algún dinero extraordinario y una carta en que me hacían saber cómo un hermano que tenía se había ido a la guerra de la Goleta y Ceuta que en aquel tiempo se hacía y que no les quedaba otro sino yo que, so pena de su bendición, que

vista aquélla, luego me mudase a oír Leyes y dejase la Teología, porque no querían ni era su voluntad que fuese clérigo.

Sintí mucho aquel mandato y estuve confuso y sin determinarme como 15 días, al cabo de los cuales llegó otro portador con una carreta de dos mulas llena colmada de libros de Leyes y Cánones, que mi padre sacó en este tiempo de una almoneda de un letrado que en mi tierra se había muerto, juntamente con otro mandato que confirmaba el primero con mucha instancia.

Viéndome, pues, forzado de la bendición de mi padre y muy opulento y lleno de libros, que es cosa que a los estudiantes da mucha honra y vanagloria, comienzo de armar mi librería y hinchí las cuatro paredes de un grande aposento de testos abiertos y dotores modernos y antiguos cerrados, de suerte que no se alegaba autor aun en las leciones de oposición que yo no tuviese, y pásome luego al otro día a oír mis Leyes con mucho sentimiento de mis compañeros y condiscípulos y del Retor, que era mucho mi señor, que lo enseñaba yo a tocar harpa y me hacía mucha merced, y fray Domingo me reprehendió porque lo había dejado y me dijo que gustaba mucho de tenerme por discípulo, y yo que lo sentí más que todos ellos y lo siento hoy en día y lo lloro con cuerpo y alma; en testimonio de lo cual escribiré aquí unas otavas que no ha muchos días que hice, con las cuales algunas veces cantándolas al cuarto del alba, después de bien cansado de estudiar, me enternezco como es razón, porque las canta comigo una negra criolla mía, que ha tenido la mejor voz que ha habido en las Indias, a donde por maravilla hay una razonable, y con esto es diestra en el canto de órgano y la sonada que en la harpa se le da muy aparejada para todo ello, y son las otavas estas que se siguen:

Males que de mi mal tarde os cansastes,
bienes que tan temprano os despedistes,
días que oscuras noches os tornastes,
noches gastadas en memoria tristes,
el bien que en tiernos años me mostrastes

¿porque tan largo tiempo lo escondistes?
No es vuestra, no, la culpa, yo la tengo
y de sola esperanza me sostengo.
Mostrástesme del cielo la carrera
tan llena de contento y alegría,
tomé el arado en mano y como quiera
un surco o dos eché el primero día,
volví a mirar atrás, que no debiera,
perdí todo el contento que tenía,
y ansí, cuitado, pobre y desvalido
a dura senectud soy conducido.
Engolfado en el mundo y sus miserias
sin jamás tomar puerto ni sosiego,
con mil trabajos, muertes y lacerias
como hombre al fin sin luz y que anda ciego,
trabucando de una en muchas ferias
do se compra muy caro eterno fuego,
anduve todo el tiempo de mi vida
sin orden, sin concierto y sin medida.
Mil veces intenté salir a nado
arrimado a una tabla o dos sequiera;
tantas fuí rebatido y revocado
por sus menistros en esta manera;
teníanme tan fuerte engarrafado
con siete garfios que hacia la ribera
no fué pusible no tener salida
en todo este discurso de mi vida.
Agora ya, Señor, pues me ha dejado
el mundo por inútil y abatido,
a ti, Padre Eternal, seré tornado
como el pródigo hijo y afligido,
confuso de aquel tiempo malgastado,
hambriento, andrajoso y aburrido,
desechado del mundo y de las gentes,
de estraños y de amigos y parientes.
Socórreme, Señor omnipotente,
no mires mis enredos y marañas,
para que dende hoy más de gente en gente
sean más manifiestas tus hazañas.
No niegues a este triste penitente
esas piadosísimas entrañas;
pues nunca del rendido te vengaste,
mi pena, mi dolor, mi llanto baste.

Este fué el discurso y paradero de mis contentamientos y el triste fin de mis amores. Lo que después sucedió se dirá en el Discurso siguiente, y en el entretanto se podrá notar cómo no hay en esta vida contento ni cosa que mucho dure, como no duró el mío por desmerecello; y con todo habemos de dar muchas gracias a Dios por ello, porque El hace siempre lo que más nos conviene y sabe mejor lo que hace que nosotros lo que deseamos.

DISCURSO 4

TRATA DE LO SUCEDIDO EN EL TIEMPO QUE OÍ LEYES Y LAS ESTUDIÉ Y LA CAUSA POR QUE DEJÉ DE ESTUTUDIARLAS, Y MÁS DE LA CURA DE LA HIDROPESÍA CONFIRMADA Y DE UNA MILAGROSA CURA DESTA ENFERMEDAD.

Luego que fuí matriculado para cursar en las Leyes, comencé a oír la Instituta de Don Sebastián de Villalpando, Código de Antonio Gómez y Digesto Viejo del Dotor Roiz, y queriendo ver y leer todos los autores que en cada leción alegaban, porque los tenía todos, no me bastaban las tres horas ordinarias que se da de estudio, desde prima noche hasta cenar, para poder verla una leción tan solamente, y ansí me era forzado luego en cenando volver a estudiar y no acababa hasta el cuarto del alba, y después quedaba desvanecido y tan confuso, que lo poco que dormía era mal dormido, y con la cabeza tamaña como un cántaro, llena de opiniones, sin poder concluír cosa cierta ni que se dejase comprender.

Estuve en este tormento los seis meses del curso y al cabo dellos me dieron unas calenturas del poco sueño y mucho trabajo, que me pusieron en mucho riesgo, y a bien librar estuve ocho y más meses en la cama y después con una larga convalecencia de desórdenes y licencias que como mozo tomaba, por lo cual no volví al estudio hasta pasado ya aquel año y cuasi al medio del otro, y tan har-

to y cansado del laberinto de las Leyes que me tenía ya muy enfadado; porque como yo estaba enseñado a las Artes y Teología, que son ciencias recogidas y que en tres o cuatro libros a lo más se sabía y aprendía lo necesario, porque allí todo lo más y mejor se funda y prueba con silogismos y razones concluyentes, eceto lo que es de fe, y aun para eso se dan muy convenientes razones, y lo menos por autoridades, con pocos libros se oye todo el curso, y aun hay algunos que con solo los cartapacios les basta y se pasan y salen a veces más bachilleres que los demás, hacíanseme tan de mal aquellas prolijidades y tan largos discursos sin dar razón de la mayor parte de todo ello, que no lo podía llevar a paciencia y ansí andaba muy disgustoso y moino.

Con todo eso, hacía del legista y argumentaba a los que sustentaban conclusiones con más eficacia que los demás, que, como era artista, hacíales del cielo cebolla, como dicen, y era más temido que los demás, y aun en las Carnestollendas eché una duda al Dotor Ruiz en versos macarrónicos, que no fué poco reída, que para el mismo efeto y por dar gusto al letor los quiero escrebir aquí y decían desta manera:

Ruiz doctor alme longe doctissime, salve,
salvaque sit pariter docta caterva nimis,
Quod fuit et erit det Christus pascha beatum,
laetificosque annos tempus in omne tibi,
Altissimam dudam quan nunc mea Musa tocavit,
ad te defero quaeso desates eam,
Ad quendam dominum asinum de terra tulerunt
bispera de pasqua jam veniente noche,
Rosquibus et multa longanimitate refertum
et morcillarum cuique pondus erat,
Blanquis in alforgis longum pernile gerebat
rellenus et arropis cantharus illi erat,
Cuiquoque de terra bandujum mittebat aguela
gaudens ille numis munera missa capit,
Tragavit statim quaecunque traganda hallavit
et nummos omnes perdidit illi datos,
Sed postquam juegus nummos consumpserat omnes

neque plures nummos perdere posse, dato,
Desquitare volens quaecumque amisseratante
jugavit asinum, pedidit atque suum
Queritur a me asinum qui pedidit illum,
albardam perdat cum tafarra suum.

Todos estos juguetes y contentos eran fingidos, porque en lo interior yo andaba muy triste y desabrido y buscando ocasión para dejar las Leyes, porque no eran aquellas perplejidades y confusiones para mi humor, y también, como Dios me tenía escogido para este ministerio de reparar enfermos y afligidos, fácilmente dió orden como aquellos estudios me aborreciesen del todo para que yo también del todo los aborreciese y dejase, y fué por medio de un argumento que pasó desta manera:

Leyendo yo el título *de obligationibus quae ex dilictis nascuntur,* Don Sebastián de Villalpando en la Instituta llegó a un párrafo o glosa, que no me acuerdo bien, que exemía y eceptabá de las penas de los delictos a los furiosos, a los muchachos y a los que durmiendo cometieron algún delito, y salido que fué de la leción y parado a la puerta para satisfacer a los oyentes de lo que dudasen, llegué yo y comencéle de argumentar en latín, y vuelto en romance porque todos lo entiendan, fué éste el argumento:

Si los furiosos no están obligados a las penas de los delitos, síguese que la mayor parte de los que cometen delito están exentos y libres de la misma obligación.

—Niégolo, dijo, con todo lo demás , en buen romance.

Repliqué yo en tan buen latín como el romance y dije:

—Pruébolo desta manera. La mayor parte de los que cometen delito lo cometen con ira y enojo, y la ira es furor, y siendo como es la ira furor, porque ansí la defini Aristóteles con los demás filósofos, el airado no puede dejar de ser furioso, porque *a conjugatis bene valet consequentia,* y, por el consequente o consiguiente, todos los airados serán exentos y libres de las penas de los delitos.

Dicho, pues, el argumento con ímpetu y eficacia, como

se suelen poner, quedó atónito mi maestro y no supo qué responder y díjome: —Vmd. artista es. Dixe: —Sí, señor. Y luego volvió: —Desa manera, respóndale el diablo. Y éste fué el fin y respuesta del argumento.

Vista la ignorancia y poca habilidad del maestro y la mucha confusión que me ponían las Leyes, determiné de dejarlas y estuve ansí confuso y suspenso cerca de dos meses sin estudiar ciencia alguna, pero no estuve del todo ocioso, que allí pared en medio de mi posada en casa de un Juan de Horta, sevillano, que fué el que compuso aquellas tan celebradas otavas que comienzan: "A su albedrío sin orden alguna", etc., había conversación de quínolas y primera y allí estudié todo este tiempo y me dí tan buena maña que en menos de veinte días me descargué de más de un tercio de aquella multitud de libros que de Leyes tenía y otro buen pedazo se consumió y ahogó en casa de María Alvarez, la pastelera, que moraba allí cerca, al horno de Juan de Ciudad, con que parece que recibí algún alivio del mucho trabajo que me habían dado.

Luego me determiné de pasarme a la Medecina, visto que ya no me quedaba otra estación que andar, y yéndome a matricular en ella para ver de comenzar a cursar, me dijo el escribano que debía tener buena habilidad, pues tan presto había estudiado y aprendido las otras ciencias. Yo le respondí que iba siguiendo mi destino y planeta, como hacen las malas mujeres, y aunque hablé a tiento comencé dende luego a pronosticar verdad, porque éste fué el destino y paradero para que Dios me guardaba y el oficio y menisterio en que le plugo servirse de mí, como adelante veremos.

Empuesto ya en este camino y determinado de no volver atrás por cosas que viese, cogí el remaniente de mis libros y doy con ellos en casa de un librero y truécolos por unos Galenos y Avicena y las obras de Hipócrates, que eran los que al presente se leían y de los que yo tenía noticia, y porque valían mucho más los que llevaba de Leyes por ser muchos, le dije al librero que buscase to-

dos los libros de Medecina que tenía y qué me daría ellos hasta emparejar con los míos; y por cuanto yo no los conocía ni sabía lo que había de tomar ni lo que valían, hice llamar un estudiante médico que allí cerca vivía, para que el librero no me engañase, y éste escogió los que más se usaban y alegaban. Y fué milagro de Dios que de los que dejaba por inútiles tomé uno en la mano ansí a tiento sin escoger ni conocerlo y dije: —Llevemos también éste— y dijo el estudiante: —No debe valer cosa, que es prático y dice el título que es empírico, que es seta reprobada—. Déjelo ya, le dije, que todo es dos o tres reales más que puede valer. Y ansí lo llevé y tuve mucho tiempo sin hacer caso dél.

Habidos, pues, los libros comienzo mi curso sin dar noticia ni parte dello a mis padres. Fuí muy bien recebido de todos los médicos ansí estudiantes como dotores, que todos ellos me conocían y tenían en mucho desde las conclusiones y examen de las Artes. Leía el Dotor Alderete la cátreda de Prima, y Cobillas el Chico la de diez a once, que la había llevado a su hermano el Grande, y el Licenciado Cartagena, que aun no era Dotor, la sostitución de Vísperas, por el Dotor de la Parra que era jubilado, y Medina, leción de Anatomía de once a doce, las cuales todas entré oyendo con mucha gana de aprovechar y ansí lo hice, porque el Dotor Alderete me hacía mucho favor y me enseñaba muchas cosas particulares y secretas que él para sí reservaba y me daba muchos avisos, como viejo y tan doto y experimentado como era, y ansí lo que los otros hacen al tercer año, que es cursar en la prática, comencé yo desde el primero, por ver la buena voluntad que el Alderete tenía de me enseñar y hacer merced.

Pasados que fueron algunos meses sucedió que enfermó mi padre de una grave y repentina hidropesía que le sucedió y le hizo de haber bebido mucha agua en ciertas calenturas que había tenido, y como era ya de 73 años, aunque tan robusto y bien complisionado que corría

un caballo, con las sangrías que le hicieran y la mucha agua que bebía resfriósele el hígado de tal manera que amaneció un día todo hinchado desde los pies hasta la cabeza, cara y manos, y la bolsa de los compañones como una botijuela de media arroba, el cual como se vido de aquella manera, no fiándose en los médicos que tenía, se puso luego en camino y se fué a Salamanca. Llegado que fué a mi posada, apeóse en ella a tiempo que yo no estaba en casa, y cuando me dijeron que estaba allí y no me dijeron cómo venía, entendí que había sabido de mi mudanza y que venía a remedialla y aun a castigarme. Rehusé de entrar en casa y envié un estudiante mi amigo para que supiese a lo que venía y volviendo muy apriesa me dijo: —Vení, señor, presto, que se viene vuestro padre muriendo.

Llegado que fuí a mi padre con la reverencia y acatamiento debido, tomé su bendición y luego le metí en mi aposento y acostándolo en mi cama le pregunté qué conserva quería comer en cuanto le aderezaban de comer, y no queriendo comer cosa me dijo que le enviase por una cabezuela de cabrito y que se la hiciese asar; y traída la cabezuela la comió y él hizo sacar un frasco de agua cocida con anís que traía y hinchiendo un pequeño cubilete de plata que también traía; me dijo: —Dos déstos es mi tasa a comer y uno a cenar y no me dan licencia para más los médicos. Díjele: —Pues beba Vmd. agora por esa orden hasta ver qué mandan los de acá. Acabado de beber y de comer el cabrito, me mandó que de una alforjuela adonde traía el cobilete le sacase una escarcela y dándosela sacó doce monedas de oro, que valía cada una mil maravedises, y me dijo: —Toma y búscame el mejor médico que aquí hay y págale más de lo acostumbrado y mira que el Dotor Alderete tiene por allá gran fama; llámalo si te parece. Yo le respondí: —Ese y todos los demás vernán a curar a Vmd. y servirle, y no es menester dalles cosa, porque son mis maestros y lo harán de muy buena gana. Guarde Vmd. sus doblo-

nes que para eso no son necesarios. —¿Cómo es eso?, dice. ¿Estudias tú Medecina o cómo son tus maestros? —Sí, señor, le dije. Medecina estudio, porque las Leyes no las podría entrar y aquella enfermedad tan larga que tuve ellas me la acarrearon. —Si eso así es, bien heciste, me dijo, aunque no sé cómo lo tomarán tus parientes. —Tómenlo como quisieren, dije, que ya no puede ser otra cosa y más para esa enfermedad que Vmd. trae no pudo ser cosa más acertada, que parece que adeviné, porque será curada con mucho cuidado y ventaja, lo que de otra manera no se pudiera hacer por vía de paga ni otra cosa. —Dios te dé buenas nuevas, me dijo, y pues que Dios ansí lo ha ordenado, yo estoy muy contento. Tómate esos santomes para ti porque tengas cuidado de mi salud.

Yo le respondí con mucho sentimiento y medio llorando: —Señor, ¿pues a mí me es menester darme dinero para que tenga cuidado de su salud? —Anda, guárdalos, que eres un necio, y llámame luego esos dotores que dices.

Vóime luego en casa del Dotor Alderete y cuéntole todo el caso y estóime con él hasta que se hizo hora de vesitar, y luego lo traje de golpe a ver a mi padre en la primera visita, que no rodeó poco por ello, y le supliqué le pusiese buen corazón, que era viejo, y de lo que le pareciese me avisase a mí. Y llegado que fué, lo abrazó y hizo muchas caricias, dándole buenas esperanzas y le dejó ordenado lo que había de comer y beber y dos píldoras de hiera que tomase cada mañana, y diciéndole yo que cómo lo purgaba sin darle jarabe, me respondió que harta bebida y humor tenía en el cuerpo sin echarle más de nuevo, que los hidrópicos no habían de ver cosa líquida si fuese posible, cuanto más beberla.

Quedó el enfermo con esto muy consolado y yo me fuí con mi dotor a vesitar los demás enfermos que tenía, y a pocos pasos me dijo: —Mucho me holgara que la enfermedad de su padre fuera otra en que pudiéramos

serville con más provecho y mejor suceso, porque aquello que tiene es una hidropesía confirmada, que en los muy mozos las más veces no recibe remedio y en los viejos es totalmente mortal. Yo, de mi parte, haré lo que pudiere, y reciba Vmd. la buena voluntad. Quedé muy triste con aquella nueva y díjele: —Hágame Vmd. que pongamos en su salud y cura mucho cuidado y deligencia, que al fin la buena deligencia es madre de buena fortuna, y que aunque era viejo, era robusto y bien acomplixionado y Dios haría merced.

Quedóse por aquel día mi padre muy contento y yo muy desabrido, tanto que me lo hechó de ver por más que lo disimulé y me dijo a una hora de noche: —¿Qué tienes que estás triste? Yo le respondí: —¿Cuántas monedas me dió Vm. de aquéllas? —Doce eran, me dijo. Y luego volví. —Pues la una se me ha perdido. —Ahí quiebren nuestros males, respondió; no estés por eso triste, que pensé que era otra cosa de más importancia. Luego en amaneciendo me levanté y fuí a llamar al Dotor Cubillas, que aún no había salido de casa, y como era entonces pretendiente vino volando y lo vesitó con mucha deligencia y muestra de amor y buena voluntad, mirándole urina, pulso, estómago, bazo y hígado, el cual le halló muy opilado. Ordenóle la comida y bebida y de los tres cobiletes que solía beber quitóle el uno, que fué para él un terrible tormento, porque tenía una sed insaciable, y en esto ordenóle un jarabe de eupatorio y de bisantiis con dos onzas no más de agua de hinojo, y en saliendo a la sala me dijo lo mismo que Alderete y aun algo más, porque se afirmó en que de aquella enfermedad moriría sin falta ninguna.

Yo le encomendé mucho la buena diligencia y cuidado y que lo mirase y estudiase más de lo ordinario, por si se le pudiese dar remedio, y con esto lo dejé ir solo por ir yo a la botica a traer las píldoras que había mandado Alderete que tomase, y también le truje el jarabe y con

el paso las píldoras y mitigó tanto cuanto la sed, porque lo tomó muy frío por esa razón.

Luego me parti en demanda del Dotor Alderete para que lo visitara y lo hallé que andaba ya visitando y me dijo que no tenía necesidad de invocar cosa alguna más de que tomase aquellas píldoras, tres diarias arreo, y al cabo dellos él lo vería y proveería lo necesario, y como vide aquello dejélo y fuíme a buscar a Cartagena, que también lo hallé visitando, y entendido por él la necesidad y afeto con que lo llamaba, luego dejó el hilo y orden que de sus enfermos llevaba y se volvió conmigo y lo vido y visitó con mucha solenidad, dándole buenas esperanzas de su salud, porque yo ansí se lo había pedido, y le dijo que si podía estar tan solos ocho días sin beber agua que luego estaría bueno y para ello le dijo veinte remedios de lavatorios y píldoras que trujese en la boca para matar la sed, que venido al fallo más se la acrecentaban y al cabo le pareció la enfermedad mortal y que no tenía remedio.

Visto el parecer tan conforme de los mejores médicos y de quien dependía toda mi esperanza y que lo curaban con remedios comunes y de poco efeto, como a hombre ya muerto que tenía poca esperanza de vida, dije entre mí: Pues yo le tengo de buscar remedio aunque lo saque debajo de la tierra y aunque lo sepa arresgar, porque si él se ha de morir, lo mismo es agora que d'aquí a un mes. Y con esto fuíme a ver con Alderete, que ya estaba recogido, que había acabado de vesitar, y díjele: —Ya Vmd. me ha desconsolado y dejádome sin padre: con que se acabaron mis estudios y cuanto bien tengo y lo mismo han hecho el Dotor Cubillas y Cartagena. Yo quiero agora ver si hallo entre los muertos algún remedio, pues que en los vivos no lo hallo y para ello quiero que Vmd. me diga qué práticos son los que mejor escribieron desta enfermedad, que pienso leellos todos y no dejar cosa por revolver en lo que toca a causas, método y cosas universales. —Galeno, Paulo y Aecio, me dijo, son los

mejores, pero en remedios particulares los árabes hacen ventaja, y entre ellos Avicena y Rasis son los mejores; mas no tenéis necesidad de leer sino los modernos latinos, que ellos refieren todo lo que los otros dicen, y déstos buscad a Leonelo Faventino y a Mateo de Gradi y a Gainerio, que ésos bastan.

Luego fuí a mirar los libros que me había dado el librero en cambio de los de Leyes y hallé que tenía el Paulo y el Aecio y el Faventino, y éste sin echar de ver en el nombre propio, y comprando a Mateo de Grandi y a Gainerio recójome a leerlos en todo lo que de aquella enfermedad trataban, sin dejar una letra, y comenzando por Avicena hallé que, escribiendo muchos y buenos remedios, se viene a resumir en que la sed solamente es la que los cura y todo lo demás no hace caso dello, ni repite ni encomienda ninguno otro remedio de los otros más de sola una vez y éste lo encomienda muchas veces; de lo que se puede collegir y es ansí que todos los remedios que al hidrópico confirmado se hacen son de poco efeto e importancia si bebe agua, y deste autor esto solo sacamos y notamos y no fué poco. Luego tras de Avicena leí el Mateo de Gradi y el Gainerio, que escriben bien largamente esta enfermedad, y con todo no hacen más que declarar al Avicena, y todo lo demás es de poca consideración. Dejados, pues, éstos vóime a Paulo y Aecio, y bien leídos y considerados no dicen remedio ni espiriencia particular más de los comunes y que Galeno y los demás griegos escriben, eceto que, lo del agua todos conforman en que sea muy poca y algunos quieren que sea ninguna, cosa que parece impusible.

El postrero de todos los que vide fué el Faventino y mirándole el título, porque hasta entonces no lo havía visto, hallé que no se llamaría Leonelo Faventino, que era el que Alderete me había dicho, sino Benedicto Victorio Faventino y dixe luego: Razón tenía el estudiante en decir que no lo tomase, que era empérico y de poca autoridad; y sin leerlo ni hacer caso dél fuí luego a com-

prar el Leonelo y después de bien leído no saqué dél otros. Acabados de leer mis práticos, no teniendo más que leer y no quedando bien satisfecho con lo que decían tomé el desechado, que era la Empérica de Benedito Vitorio Faventino, que por tener el título de empérico nadie hace caso dél, que los empéricos es seta reprobada entre los buenos médicos y por tanto no he visto este prático en cincuenta años que hace que ha que curo en poder de ningún médico ni librero, aunque lo he procurado, que parece que no había más de aquél en todo el mundo y ése lo tenía Dios guardado para instrumento de lo que había de obrar por mis manos.

Leyendo, pues, por mi libro sin pensamiento alguno hallar en él más que en los otros, vide un breve y nuevo modo de escrebir, fuera del orden de los demás porque sin poner causas ni difiniciones ni pronósticos ni otros preámbulos que los demás escriben, entra luego escribiendo en esperiencias por él hechas y aprobadas y algunos secretos tan ciertos cuanto yo después hallé por la obra en todo el tiempo que ha que curo, por lo cual lo he tenido en tanta estima, que lo tengo siempre debajo de llave y no soy yo solo deste parecer, porque Batista Teodosio, uno de los autores que escriben las Epístolas medicinales que andan en un volumen, alaba mucho este autor y dice que era catredático en Favencia, ciudad insigne de Italia, y ya cuando yo vine a leer esto, que no ha muchos años, tenía él comigo tanto crédito, por los efetos que había visto y esperimentado de sus remedios y secretos, que no era menester decirme cosas para tenello por un milagro de natura.

A pocos renglones, pues, que dél hube leído adonde trata desta enfermedad, encontré con un remedio fácil de hacer a los que habitan en España, el cual tiene título que se sigue.

Va tratando de la hidropesía ascitis, que es la de agua, y dice desta manera: después de haber purgado al enfermo, es secreto digno que no se enseñe ni revele sino

a los amigos, si dos veces en la semana se diere al paciente media onza cada vez del letuario que se sigue, haciendo dél un bocado con azúcar y tragándolo con dos tragos de agua de anís o de vino aguado si no hubiere calentura:

Toma de eupatorio de cuscuta, de pasas, de oro sur, de mirobalanos cetrinos, de cada cosa media onza; y de raíces de apio, de hinojo, de alcaparras y de agarico, de cada cual una onza; macháquese todo en un almirez y cueza en tanta agua que lo cubra todo hasta en tanto que merme la mitad. Cuélese exprimiéndolo bien y a lo que quedare échese media libra de miel de abejas y cuatro onzas de azúcar y hierva con ello hasta que tenga punto de miel y después se le añadirá de ruibarbo escogido una drama; de turbit gomoso, dos dramas; de hojas de mecereón infundidas en vinagre, drama y media; de diagridio corregido, dos escrúpulos; de espicanardi y de gengibre, de cada cual media drama; hágase de todo ello el letuario según arte y tómese cada vez media onza a lo más en bocado y menos si hiciere mucha obra y la virtud y fuerzas estuvieren debilitadas y verás un efeto y provecho maravilloso.

Esta es la receta fielmente sacada de su autor al pie de la letra, la cual puesta por la obra, que es tomándola dos veces cada semana en cuantidad de media onza hecha un bocado, como dije, una vez el lunes al amanecer y otro el jueves en ayunas, fué de tanto efeto, juntamente con no beber agua que en quince días sanó mi enfermo de 73 años, de suerte que se pudo volver a su casa en un caballo, adonde lo estaban esperando ya todos los suyos asmados a las ventanas con grande placer y regocijo, y en viendo que los vió arremetió con el caballo con tan buena gracia como cuando era de 25 años, y ansí tuvo fin esta dichosa cura con mucha admiración de todos, en especial de los dotores mis maestros, que le dijeron que después de Dios a mí me podía agradecer la vida.

Es agora de saber la manera que se tuvo para no

beber gota de agua, porque parece cosa impusible para un hidrópico y tan sediento como mi padre estaba, y esta fué invención mía, la cual Dios nuestro Señor me reveló y subministró, como hizo el libro, porque en aquel tiempo aun yo no tenía capacidad ni ciencia para podello sacar de mi aljava, y fué la manera ésta:

Tenía yo un jarro por donde bebía y pregunté al mozo que lo compró si quedaban más de aquel tamaño adonde lo había comprado y dijo que muchos había. —Pues anda, ve, le dije, y tráeme otro como éste y llévalo en la mano para que veas no sea mayor ni menor. Y traído el jarro, medí el uno con el otro y hallé que eran ambos de un porte y hinchiendo el más nuevo de agua fresca le dije a mi padre una hora antes que fuese tiempo de le dar de comer: —¿Qué daría Vmd. a quien le diese este jarro ansí lleno sin que le hiciese daño? —Daríale cuanto tengo y aun me parecería poco. —Pues tome Vmd. y bébaselo todo sin miedo alguno. —¿Quiéresme matar?, dijo. —No es sino para dalle la vida. Tenga buen ánimo, le dije. Y diciendo esto bebióse todo el jarro.—¿Está contento?, dije. Respondió: —Aunque me muera luego, te lo perdono. —¿Quiere más?, le volví a preguntar. —Si me das todo lo que quiero, beberé toda la tinaja. Y sacando otro della le dije: —Pues bébase otro. Y habiéndolo bebido, le dije: —Es menester más. —Otra poca, dice. Y en esto saqué otro jarro y dóisele y no bebió más de la mitad. —¿Por qué no lo acaba todo?, le dije. Respondió: —Estoy ya reventando. —Pues norabuena, le dije. Y llegándole un librillo: —Meta los dedos y gomítela agora toda. —No tengo necesidad de dedos, que sin ellos la echaré. —Pues vaya de golpe. Entonces bajóse y comienza a echar un chorro con tanto ímpetu como si cayera de una alta peña. —Vaya toda de golpe, le dije, y díjome: —Déjame descansar un poco, y luego volvió metiendo los dedos y echó otro con más de dos libras de unas muy gruesas flemazas, y en echándolas dijo: —Ya no me queda más. —Agora lo veremos, dije yo.

Y luego hago traer el otro jarro y dije al mozo que midiese cuántos jarros había echado y hallamos tres y medio, de suerte que echó uno más de los que bebió y dejándolo reposar como media hora, le dí de comer de un conejo asado, que no podía comer ave, y con el salmorejo y gajos de naranja dulce y unas pocas de uvas lo comió sin beber ni tener gana dello, que dijo que había quedado tan harto y refrescado que le bastaba para toda su vida.

Estuvo con esto cinco y más horas que no comió ni bebió más de unos granos de granada y gajos de naranja bien mondados para entretenerse y al cabo dellas le pregunté si quería cenar. —¿Qué tengo de comer?, me dijo. Y respondíle: —Tres hiemas de huevos frescos pasadas por agua con azúcar y un poco de agua de azahar y un puño de pasas. Y no tiene de beber gota de agua con ello, y si quisiere beber hasta hartar como hoy hizo, ha de ser agora antes que cene. —Pues venga, dijo. Y dándole un jarro de agua bebióla toda y dijo: Harto estoy de agua: no quiero más. Yo le respondí: —Gracias a Dios que le cumplió su deseo. Pues agora tiene de beber otro jarro para que la pueda gomitar con facilidad. —Norabuena, dijo, y dándole otro jarro no bebió más de la mitad diciendo: —¿Es esto tormento de agua o quién te enseñó esta medecina? A lo cual dije: —Yo, señor, la inventé de mi cabeza porque tuviese gusto y salud todo junto. —Mira no me haga daño, me dijo. —No tiene de hacer sino mucho provecho, mediante Dios. Ea, gomite como hizo hoy. Y bajando la cabeza la echó toda con otro grande golpe de flemas, de suerte que por el jarro y medio que había bebido echó más de dos, y luego dende a media hora cenó con buen gusto, y por tentarle y porque no tuviese tema contra lo vedado le pregunté si quería beber y dijo que no tenía gana ni la pensaba tener en un año según estaba de enjaguado.

Desta manera fué procediendo tomando su letuario dos veces en la semana y huntándole el hígado cada día

con un hungüento compuesto del sandalino de aceite de espica y de alcaparras, partes iguales, hasta tanto que tuvo, como dicho es, perfeta salud.

Una cosa está por decir que no se puede escusar, por más largo que haya sido el discurso, porque es de mucha importancia para que esta enfermedad no vuelva, que suele volver con mucho ímpetu y furia y cuasi sin remedio, porque coje el enfermo flaco y faltando las fuerzas todo lo que se hace es sin efeto ni provecho, y es que el que una vez sanare ha de tener esta orden de comer y beber y la tiene de guardar por un año y más si más fuere menester, hasta tanto quel hígado, que es de adonde por la mayor parte esta enfermedad procede, esté reformado y en su natural estado, y si algo hubiere de beber al comer para no lo volver a echar, ha de ser vino poco aguado con agua de anís o semiente de hinojo o canela y en ninguna manera cruda, y desta manera terná salud cumplida y que ture.

Largo ha sido este Discurso, pero provechoso, de donde se saca una cierta inusitada y secreta cura para una enfermedad que es la hidropesía confirmada que tan bien mata muy ciertamente no tan solamente a los viejos, sino en todas edades, y ésta fué la primera hazaña que Dios por mis manos hizo y la más provechosa para mí, y tan suya que casi no tuve yo parte en ella, porque no había nueve meses que estudiaba medecina y no tenía yo ciencia ni capacidad para ello a no haber sido guiado tan particularmente por su bendita mano, ni la tuve para entender esto que digo en muchos años después ni para sabelle rendir las gracias por ello hasta en tanto que, estimulado y avisado con otros muchos sucesos y maravillosas curas, vine a caer en la cuenta que era obra de Dios el haberme hecho médico y gracia particular que me había querido dar gratis y sin yo de mi parte tener para ello parte alguna, por lo cual sea bendito y loado sobre todas las cosas criadas y por criar, amén.

Bien entiendo que quedará el letor deseoso de ver en qué pararon los dotores y maestros míos, los cuales visitaban el enfermo con mucha voluntad y diligencia pero con poca o ninguna esperanza de su salud, y por esta causa le curaban más de cumplimiento que de otra cosa; lo que entendiendo yo les dije que no tomasen trabajo de lo visitar, que con la orden que habían dado se iría hasta que otra cosa fuese menester, y entonces yo avisaría. Contentóles mucho esta razón y ansí se hizo y yo pasé adelante con mi cura, como dicho es, y cuando me volvieron a preguntar por él les decía a cada uno que ya con la merced que me había hecho estaba bueno y se había vuelto a su casa; y teniéndolo por cura rara y milagrosa se alababa cada uno della públicamente en sus leciones, no habiendo a la verdad hecho ninguno dellos, sino Dios y mi buena diligencia por lo mucho que me iba en ello. Y ansí lo entendieron después y se lo dijeron a mi padre cuando allí volvió dende a cuatro meses sano y bueno.

DISCURSO 5

Trata de cierto secreto con que se cura y sana la purgacion de riñones y ardor de urina, enfermedad enfadosa y difícil de curar.

Habiendo proseguido mi medicina y teniendo ya dos cursos en ella, continuaba la prática con Alderete sin perderle punto y siendo llamado sobre Cobillas el Chico y el Dotor Ponte, catredático de Cirugía, para curar a Figueroa, sacerdote, hermano del regente Figueroa y Retor que había sido tres años antes en Salamanca y tan rico que labró a su costa la iglesia perrochial de San Blas y la de Nuestra Señora de San Bernardo, que padecía de una larga purgación de riñones con mucho ardor de urina, que se comía las manos al tiempo de orinar; y hallando ya todos los remedios comunes y ordinarios hechos e intentado no le pareció que restaba cosa por ha-

cer y de acuerdo de todos le mandó beber el agua de la China, que valía en aquel tiempo dos ducados cada libra, por ser cosa nueva y habella bebido el Emperador, y que la bebiese 30 días continos, guardando una honesta dieta de un ave o pollo o perdiz o conejo y a veces hiemas de huevos, y con esto se despidieron todos dejándolo con menos purgación y ardor, pero no del todo quitado con mucha parte, por lo cual vivía enfermo y desabrido y no salía de casa.

Pasados como 10 ó 12 días después que lo dejaron los dotores, sucedió que pasando yo por su calle estaba él sentado a una ventana y vióme pasar y llamóme y díjome cómo aquella agua de la China le hacía picar más y escocer la urina, que mejor se hallaba con la de orozuz y que todo cuanto habían hecho los dotores no había sido parte para quitarle aquella purgación y dolor que tanta pena le daba; y de camino me preguntó qué decían allá los dotores de su enfermedad. Yo le respondí que tenían esperanza que con aquella agua de la China acabaría de sanar dentro de los 30 días, a lo que me respondió que no llevaba ese camino, porque había empeorado después que la bebía. —Si Vmd. es seruido, le dije yo, que busque por allá algún remedio podría ser hallar algo que hiciese más provecho. —Ojalá hiciésedes algo, que veríades como yo lo pagaba, me dijo.

En esto me despedí y vóime a mi casa y toda aquella noche estuve revolviendo los práticos que tenía y leyendo el capítulo o capítulos en todos ellos que tratan de la gomorrea, porque este nombre tiene aquella enfermedad en el latín. Hallélos diferentes acerca de aquel humor que se purga por el miembro, porque la mayor parte dice que es la esperma y semiente corrompida, y el dotor Laguna lo niega y prueba con evidentes razones que no puede ser y afirma que son excrementos y humores corrompidos que naturaleza despide por aquellas vías y a esta causa es la cura tan difícil, dudosa y incierta, porque no siendo bien entendida la causa que hace la enfermedad no puede ella

ser bien burada ni con certeza, porque toda enfermedad, como Galeno dice, se debe curar quitando y curando primero la causa que la hace.

Después de harto de leer esta y otras algunas cuestiones que los autores en esta enfermedad traen con mucha suma de remedios, de los cuales los más y mejores estaban ya hechos, paséme a mi Empérica de Benedicto Victorio Faventino, el cual habiendo ordenado un bocado de una onza de pulpa de caña fístola con una drama de regaliza en polvo y drama y media de diapruni solutivo, dos dramas de letuario de zumo de rosas, hecho todo bocado con azúcar y purgando con él al enfermo sin dalle jarabe, porque no es aquél humor que se deja cocer, se entra luego jeringando con unos polvos, que es el secreto desta cura, que muy en breve sanan esta purgación y la quitan y con ella el dolor y ardor de urina que della procedía, de lo cual soy yo testigo de vista, que me ha sanado dos veces que la tuve, sin más de otros cien enfermos que con él he curado, y tal ha habido entre ellos que hacía doce años que padecía desta asquerosa enfermedad sin poder en todos ellos ser guarecido con tener que tenía mucho dinero y se curaba siempre con los mejores médicos que había, que fué Hernando de las Alas, vecino de Cartagena del Poniente, adonde yo al presente estoy escribiendo esto en 23 de noviembre de 1606, a las tres horas después de media noche, con mi propia mano y sin antojos, siendo de edad de 75 años. A Dios sean dadas por ello muchas gracias.

Hacense estos secretos y tan provechosos polvos de atutia preparada de sarcocola, lavada de azúcar cande, de acíbar hepático, partes iguales, muy molidos y cernidos y después echando unos pocos dellos en leche de mujer y jeringando muy a menudo cinco y diez veces al día y teniéndolo cada vez un cuarto de hora por lo menos y con esto sana a lo más largo en cuatro días.

La forma de jeringar para podello tener es la siguiente: Tiénese de tener una jeringa de urina muy

bien aderecada que corra ligera y no apretada y reciba en ella la leche que pudiere llevar con los polvos que dicho habemos; la cogerá el enfermo con su mano derecha y con la izquierda el miembro, y metiendo cuanto un dedo atravesado de suerte que no pase de la bellota o cabeza, la terná y sustentará con el dedo meñique y los dos sus compañeros de la mano derecha, y apretando bien la jeringa o punta del caño con la mano izquierda juntamente con la cabeza del miembro porque no se salga lo que echaren rempujará el cabo de la jeringa con el dedo índice, que es el que está junto al pulgar de la mano derecha, y después que haya caído todo lo que tiene lo sacará apretando bien el agujero del miembro por donde urinamos, y odreando el mismo miembro y teniendolo boca arriba se estará sin dejar salir la leche todo lo más que pudiere y haciendo esto cinco veces al dia por lo menos y algunas de noche consiguirá su deseo y salud cumplida, con que la comida no sea más de ave o pollo una vez al día, perdiz, conejo o cabrito y a veces palomino y ternera y la bebida sea agua de orozuz. Puede cenar pasas, hiemas de huevos y a veces de un pollo pequeño.

Habida, pues, y entendida la orden y secreto con que esta enfermedad se cura y sana vóime muy de mañana a vesitar a mi clérigo Figueroa, que no le sé el nombre de pila, y pidiéndole albricias de habelle hallado el remedio, se lo referí porque no se le hiciese dificultoso, que estaba ya muy enfadado de bebedizos, y diciéndome que excusásemos la purga y que todo lo demás haría de buena gana, le respondí que no era cosa que le convenía dejalla de tomar por si acaso el secreto no respondía como lo prometía no tuviese por escusa el no haberla tomado. Replicó que había ya tomado cincuenta purgas y que bien purgado estaba. Yo le respondí que bien podía haber tomado ciento, pero que bien purgado no estaba porque si lo estuviera no quedara mal humor que poder echar por la vía. Y con esto se satisfizo y me dijo que hiciese como mejor me pareciese, y luego al otro día le

dí la purga en bocado como dicho es y habiendo purgado bien con ella, al día siguiente comenzó la jeringa, que la tenía él muy buena de plata, y es cosa maravillosa que lo que no pudieron los mejores médicos de Salamanca en mes y medio lo hicieron estos polvos en cuatro días que usó dellos como dicho es, de lo que estaba tan contento y alegre el buen sacerdote que no lo podía creer y díjome que esperásemos ocho días más, que temía que le había de volver, y al cabo dellos como vido que iba de bien en mejor, me mandó dar a su mayordomo, que era entonces el marido de la Divina, 300 reales, que para un estudiante y en Salamanca fué tanta y más maravilla que la de la cura.

Luego vino el caso a noticia de los dotores y me dijo el Cubillas saliendo un día de leción a la puerta de su general: —Basta, señor, que ya nos mea en la pajuela, si ansí va siempre no hay más qué pedir, no saberemos de adónde saca esos secretos. Yo le respondí: —Basta ser yo discípulo de Vmd. para hacer esto y mucho más que aun yo no entendía entonces que era Dios el que lo hacía y me lo encaminaba antes que fuese tiempo, y volvióme a replicar: —Dejémonos de esos complimientos y dígame quién es el autor, que holgaré de saberlo. Yo se lo eché todo en buena crianza y nunca le quise descubrir quién era y ansí tuvo provechoso fin esta dichosa cura esta vez y después acá otras cien veces y más sin hacer falla en ninguna dellas, y por tanto doy aquí noticia deste remedio exquisito y maravilloso para que ya que yo no pueda aprovechar a mis prójimos hasta la fin del mundo, lo haga él en mi nombre con los más que adelante escrebiremos para el mismo efeto, de todos los cuales se deben dar las gracias a nuestro Dios tan solamente, pues él solo es el autor de todo nuestro bien y salud.

No me pareció fuera de propósito avisar al letor de un abuso y mala opinión que acerca desta enfermedad el vulgo tiene y con él algunos médicos también vulga-

res, que a trueco de su interés no saber decir de no a cuanto los enfermos vulgares quieren y le demandan por tenellos del todo gratos y contentos aunque sea a su costa y con mucho daño de su salud. Oficio que es más de lisonjero engañamundo y charlatanes que no de buenos médicos, y esta es que dicen y afirmar ansí los unos como los otros que es esta evacuación de naturaleza y que no se debe impedir conforme al aforismo de Hipócrates que manda que por doquiera que naturaleza intentare la evacuación se debe seguir e inmitar sin divertilla a otro cabo, y por esta razón dicen que es muy perjudicial y mala cosa curar semejante purgación, sino que la dejen correr cuanto ella quisiere, que después que hubiere echado lo necesario ella mesma cesa y sana. La cual opinión es tan falsa, dañosa y sin fundamento como sus mesmos dueños, porque estriba sobre una autoridad falsada y dejaretada como las de los luteranos, no advirtiendo que aquello lo manda Hipócrates debajo de una condición y cuartapisa que luego le echa diciendo que aquello ha de ser y se ha de hacer tan solamente cuando las vías y lugares por donde naturaleza se descarga lo sufren y pueden llevar provechosamente y no con daño de barras, como dicen, porque de otra suerte sería mayor el daño del pasaje que el provecho de la evacuación como si naturaleza se descargase de la cabeza por los ojos y de todo el cuerpo por las vías de la urina, que es nuestro caso, porque de aquella evacuación suele quedar el hombre ciego y no se debe seguir tal evacuación en ninguna manera ni sufrir, sino estorballa luego y de esta otra si tura suele quedar carnosidades en la vía y tener mala vejez.

Podráse deste Discurso sacar demás de la provechosa y secreta cura de la gomorrea un muy provechoso y necesario aviso para no tener el hombre mala vejez, y es que en comenzando la purgación de riñones luego en el mismo día si fuere pusible se ataje y eche por otro cabo por beneficio de la cura o de cualquier otro reme-

dio, como es provocar las almorranas al que las tiene, que suele escusar y atajar esta purgación sin más remedio alguno y es para ello muy encomendado de los buenos médicos que della escriben y para rompellas y provocallas aunque hay muchos remedios de sanguijuelas y otros ducientos que los autores escriben, ninguno tan acertado ni tan presto como nuestra espongilla, que las abre en un momento por más ocultas y metidas adentro que estén, porque si esta purgación se deja pasar adelante es causa y ocasión de las carnosidades que se engendran en las vías de la urina, enfermedad dolorosa, peligrosa y difícil de curar, y que siempre acarrea mala vejez. También se puede notar de camino cómo fuí particularmente llamado de Dios para ese oficio y ministerio, pues luego, al principio de mi estudio y antes de tener grado alguno ni cursos para él, hizo por mis manos curas y maravillas que no pudieron hacer los mejores y más antiguos dotores de Salamanca, encaminándome para ello los medios necesarios de lo que estoy tan admirado agora a la vejez después que caí en la cuenta y tan obligado por estas y otras muchas mercedes me siento, que querría todo derretirme yo y todas mis cosas en loores y alabanzas que dalle.

DISCURSO 6

TRATA DE CIERTO PRONÓSTICO PROVECHOSO Y ADMIRABLE Y EL PRIMERO QUE PRONOSTIQUÉ.

No tan solamente en las obras mostró Dios nuestro Señor luego desde el principio de mi estudio haberme llevado para este ministerio de curar y sanar las humanas enfermedades por las muchas mercedes que me hacía y cuidado particular que tenía de enderezar y guiar mis curas, más también mis palabras, como se deja ver claramente por el primer pronóstico, que siendo estudiante y dicípulo y platicante del Dotor Alderete en Sala-

manca hice, en que gané sobre apuesta seis perdices a los mejores dotores y maestros míos. Y pasa desta manera.

Fué llamado el Dotor Alderete, habiendo poco más de dos años que praticaba yo con él y eso mismo había que estudiaba medecina, porque luego entré praticando como en otro discurso antes deste tengo advertido, fué, pues, como digo, llamado en grado de apelación para curar un sedero rico que tenía tienda en la Rúa, sobre Cubillas y el Dotor Gallego, que lo curaban de un grande dolor de costado que tenía, y andando por sus jornadas vino a hacer término y juicio al seteno que los médicos llaman crisis y hízola tan mala desde el principio del seteno que luego por las malas señales que consigo trujo se entendió claramente que no viviría y volviéndolo a ver los mismos dotores a la vesita de la tarde le dijeron a la mujer que llamase frailes que durmiesen con él porque a media noche moriría. Yo, que a la sazón le estaba tomando el pulso, dije sin más especulallo: —No me parece a mí que tiene el talle de morir esta noche. No lo hube bien dicho cuando dijo el Cubillas: —¿Tiene algo que apostemos para que sepa a su costa y otro día no se atreva a contradecir a tres dotores que aquí estamos y todos tres sus maestros, que Vmd. despunta de agudo? —No faltará que apostar si Vmd. mucha gana tiene dello. —Pues tome esta sortija, me dijo, y si amaneciere vivo yo le enviaré seis perdices y si no envíemelas Vmd., que bien sé que le traen perdices de la tierra y tengo mucha gana de comer dellas, que me dicen son muy buenas. —Sea norabuena, le respondí, que cuando yo las pierda, lo terné por ganancia. —Bien merecía ser perdonado por el buen término y crianza, mas no ahorrará por ahí las perdices, me dijo. Y con esto salió con sus praticantes y yo también me fuí con mi Dotor Alderete a acabar de vesitar.

Luego en saliendo de la puerta me dijo el Alderete: —¿No fuera mejor que comiéramos nosotros esas per-

dices que no el Dotor Lorenzo Pérez?, que ansí se llamaba el Cubillas. ¿Qué vistes en el cielo, dice, para que el enfermo no se muriese esta noche? Respondíle: —Yo, señor, lo dije medio a tiento y no pensé que se hiciese tanto caudal dello como lo hizo el dotor, que no hube bien arrojado la palabra o quier que fué cuando luego me echó mano della. —Ese quier que fué me contenta mucho, que parece que se conoce del yerro y atrevimiento que cometió. Y llegando en esto a la casa del enfermo que íbamos a visitar, que era de Arias Maldonado de Herrera, caballero salmantino, tuve fin nuestra plática.

Quiero, pues viene aquí a propósito, decir una cosa rara y maravillosa que este caballero hacía con el médico que le curaba a él y su casa, que podría ser de mucho provecho para señores y hombres ricos que tienen mucha cuenta con su salud y la estiman como es razón, y es que daba 30 ducados de salario ordinario al catredático de Prima de Medicina, que se entendía era el mejor médico, porque lo curase a él y su casa todo un año y que el año que su persona no estuviese enferma le daba 60, mediante la cual condición el Alderete lo visitaba muchas veces en salud dándole orden y avisos para no enfermar en muchos años, como lo hacía, y se llevaba el salario doblado con mucho contento y gusto del que se lo pagaba y aun por ventura con harto más provecho que si estuviera enfermo.

Agora, pues, volviendo a nuestro pronóstico y enfermo es de saber que yo dormi aquella noche de la puesta con algún cuidado, no tanto por las perdices como por la negra honrilla y fraterna que todos me dieron, y luego que Dios amaneció me voy en casa del enfermo con harto miedo no fuese muerto y ansí me iba reportando y preguntando a los vecinos por no dar de golpe con el muerto, que para el médico no puede ser mayor calamidad ni afrenta, y sabido que estaba vivo subí arriba y tomado el pulso hallé que había descaecido muy poco o

cuasi nada de como lo había tenido el día antes, que era el seteno y acababa a media noche, que esto les hizo errar a los dotores y dicir que entonces moriría, porque ansí suele acontecer por la mayor parte si no es cuando el enfermo es tan mozo, robusto y fuerte que pasa los límites a pesar de la muerte haciendo lo pusible para defenderse della, como aconteció en este enfermo por tener como tenía todas aquellas condiciones y requisitos que son menester para poder defenderse algún espacio de tiempo.

Visto, pues, el pulso y su constancia le dije a la mujer que tampoco tenía talle de morirse aquel día, que era el otavo, que enviase a llamar los dotores por si querían hacelle algún remedio. Vino el Cubillas, que Alderete dijo que no había para qué ir allá, y luego en saliendo de visitarlo mandó a su criado que comprase las perdices y me las llevase y con ellas me envió a preguntar si hablaba con el diablo, que no era pusible otra cosa. Yo me comí las perdices y el enfermo se murió al noveno a las doce del día y ansí tuvo fin este primer pronóstico que hice, que parece que pronosticó lo que había de ser y la buena ventura y pronósticos que a lo de adelante habían de suceder, como se verá, porque echándolo por vía de razón y estudio harto más tenían los dotores que yo y no fué sino que habló Dios por mi boca como lo ha hecho cuanto ha que ejercito esta arte de donde ha venido haber dicho y hecho cosas que asombran y espantan a cuantos las oyen contar, ansí médicos como los demás, diciendo que aquello no está escrito ni por ciencia humana se puede saber; y a la verdad, aunque de mi parte se hacen las diligencias pusibles entendido tengo que es gracia *gratis data* que Dios me quiso dar como las da y reparte a otros malos como yo y muy pecadores, según que tenemos ejemplo en las Sebilas y el profeta Balán y muchos otros que por no hacer al caso no digo, porque aunque fuera de la Medicina cometo y digo mil yerros y cacefatones por momentos co-

mo los demás hombres, en lo tocante a ella y al pronosticar de los enfermos que tan dudosos suele ser y defendido y prohibido de los hombres dotos, no se hallará que en 50 años habiendo pronosticado en ellos 50 mil veces haya errado tres veces el blanco, por lo cual y otras cosas que he visto también maravillosas he venido a entender, aunque tarde, que es merced particular de Dios más que ciencia mía, porque en ésta muchos otros me pueden enseñar que no hacen lo que yo y bien mirado ello es como los vencimientos del Cid, que fueron más obra de la mano de Dios que de las suyas, aunque las suyas hacían de su parte el deber, y ansí se debe entender este mi negocio del curar porque cosas decía y obraba que a mí mismo ponían espanto y admiración y no podía entender como era aquello y es que quería Dios hacer merced a los enfermos por mi mano ya que me había escogido para este oficio como hizo por la predicación de San Pablo, que convertió y trujo a su rebaño más obejas que todos los demás apóstoles juntos teniendo como tenían todos ellos un mismo espíritu y ciencia, y la voluntad de Dios no hay para qué buscalle razones que él sabe bien lo que hace aunque a los hombres parezca otra cosa.

Desto que tengo dicho se vino a hacer una regla general en todas las tierras adonde he residido y curado, que si alguna cosa pronosticaban los demás médicos no se les daba crédito enteramente hasta en tanto que yo confirmaba, mas lo que yo decía aunque fuese burlando no se dudaba a ella y era común manera de hablar que en diciéndolo el Licenciado Méndez estaba acabado, y muchas veces me llamaban no para curar el enfermo, sino para que dijese en qué había de parar y cuándo: que si hubiese de contar todo lo que en este caso me sucedió era menester mucho tiempo y papel, pero algo dello se dirá adelante para que los que lo leyeren me ayuden a glorificar y dar gracias al principal autor que

lo obraba, que es el mismo que obró esta machina mundana con todas sus elegancias y hermosuras.

El letor esté advertido para lo que adelante hallare escrito, porque no tenga tanta ocasión de dudar en cada caso de los que contare, estando prevenido dende aquí que era más obra de Dios que mía, porque no lo pienso repetir otra vez tan por estenso por dar lugar a lo mucho que hay que escrebir.

DISCURSO 7

TRATA DE UN CASO PORTENTOSO Y CURA MARAVILLOSA Y SECRETA DEL TABARDETE Y FIEBRE PESTILENCIAL CON CIERTO AVISO MUY PROVECHOSO Y NECESARIO.

En el postrer año del curso de medicina vino a Salamanca el Dotor Laguna, médico que fué del papa Julio tercio, insigne por sus letras en nuestros tiempos, que venía de Roma y pasaba a Segovia su patria, y reparando en aquella Universidad algunos días para se recrear y descansar del largo camino, le envió el claustro a rogar por el bedel y el Dotor Ribas en su compañía, que a la sazón era el más moderno, que leyese algunas leciones de medecina y señaláronle el general grande de cánones para ello. El lo acetó y nombró el primero día que había de comenzar e informándose quién tenía Galeones de Antonio Musa y otros libros necesarios para estudiar sus lecciones le dijeron que no había otro en toda la cibdad sino solamente unos que yo tenía que había enviado por ellos a Lisboa, que no los había en Salamanca, porque como eran nuevamente impresos y de la segunda edición no más, todos se habían gastado en Italia y Flandes y aun no habían llegado a España, sino estos que vinieron a Lisboa.

Teniendo, pues, noticia el Dotor Laguna de ellos, vino aquella tarde a mi casa acompañado de algunos estudiantes y dijo: —Mande Vmd. mostrarnos sus libros

que los queremos ver. Y abriendo la puerta de mi estudio entró y los estuvo mirando y leyendo un rato y habiéndole parecido apropósito la casa y aposento, que era nueva y bien labrada en la calle de Santa Ana en la Aldeyuela, preguntó quién posaba allí comigo y le respondí que solo estaba y que yo y la casa estábamos a su servicio. —Pues acá me vengo, dijo, a ser su huésped. Y luego mandó a un criado le trajese allí la cama y el hato y le aderezasen de cenar.

Y con esto se salió con sus estudiantes y a la oración vino otra vez y se me quedó en casa todo el tiempo que allí estuvo y cenamos y comimos juntos todo aquel tiempo haciendo el plato y costa al uso de Borgoña, de suerte y tan copiosamente que aun agora tomara yo otro huésped como él.

En este mismo año y tiempo, que era la entrada del otoño, había comenzado en Salamanca y toda Castilla el tabardete con las fiebres agudas que trae consigo, enfermedad pestilencial, aguda y peligrosa y como tal mataba mucha gente, mayormente siendo enfermedad como era nueva, jamás vista en España y que aún no le habían dado en cómo se había de curar, porque sangrando y no sangrando morían y los dotores andaban a tiento y desabridos, mayormente Alderete que sentía mucho que el enfermo que él curaba desde el principio se le muriese porque no era esta su costumbre ni ventura y admirado un día de estos, me dijo andando visitando: —¿No preguntará allá a su huésped si había esta enfermedad en esas tierras donde viene, y cómo se curaba? Dije que si haría, y luego aquel día acabando de comer le dije al huésped cómo estaban los dotores perplejos que no se entendían ni acertaban a curar aquella pestilencia que nuevamente había sucedido, que me dijese, le suplicaba, si era lo mismo por allá de adonde venía y qué modo tenían de curalla. A lo que me respondió que primero había corrido en Alemaña y que de allí había bajado por toda Francia e Italia y que mucho tiempo

estuvo que no la acertaban a curar hasta en tanto que por industria de un enpírico siciliano vinieron a dar en su cura que era la siguiente:

Habiéndolos primero sangrado dos veces a los tocados desta roña y dándoles dos o tres jarabes, acetoso cuatro onzas, de polvos de Joanes muy buenos de canela, de eleboro negro de cada cosa una onza, de elaterio cinco onzas, mézclese todo muy bien y sin tocar fuego se haga el letuario según arte y se guarde en un frasco de vidrio grueso bien tapado con cera, demás de su tapadera, y deste letuario se da peso de una drama o dos adarmes al apestado con medio cubilete de agua de manzanilla al amanecer, y si después tuviere bascas le darán de la misma agua cantidad para que gomite fácilmente, regiéndose en todo lo demás como purgado, y téngase por un secreto que hace milagros, porque después que se inventó y usó dél juntamente con el remedio que luego se siguirá no morían según que decía nuestro Dotor Laguna y yo que lo esperimenté en aquel tiempo en la villa de Arévalo adonde me llevaron de Salamanca para curar con un salario aventajado, como adelante veremos, la quinta parte de los que de antes y fué de manera que mediante esta cura se perdió el miedo y cesó la mortandad en aquella villa que a tantos amenazaba.

El remedio que después de lo dicho se hacía y el con que yo gané honra y provecho en el caso deste discurso es, según que me dijo mi huésped, echar cada día al enfermo por toda la región del pecho y el demás cuerpo cuarenta y más ventosas secas si más cupiesen y esto se tiene de hacer hasta en tanto que el enfermo esté sin riesgo y en todo este tiempo dalle muy bien de comer buenos alimentos y forzallo a que coma mucho, aunque sea sin gana, al revés de las otras enfermedades agudas, y después de todo lo cual y ya que el enfermo estaba sin riesgo y cuasi sano me dijo se le daba una drama de letuario de gerumis o de triaca fina cada mañana

en agua de azahar para consumir, como dice Galeno, y quemar las reliquias de la putrefación y esto por espacio de cuatro o seis días como mejor parecía al médico que curaba, con lo cual tenía esta exquisita y secreta cura, que por tal la tenía él y la debemos tener nosotros siempre o por la mayor parte, felicísimo suceso.

Sabida, pues, la cura y habiéndola tomado por escrito me la guardé para cuando yo curase, porque aunque entonces era discípulo de Alderete y andaba con él a la prática y como él no se acordase de preguntarme más cosa alguna sobre el negocio yo también me hice el olvidado, dende a pocos días se partió el Dotor Laguna prosiguiendo su camino a Segovia, que era su patria, y yo me quedé como de antes prosiguiendo mi estudio que estaba ya en el cuarto año, como dicho es.

Andaba en aquel tiempo el tabardete y pestilencia con mucha furia y daño de los mortales, y los médicos todos hicieron talega y remediaron sus necesidades. Sucedió que entre otros muchos enfermó un mestizo que era ya licenciado en Leyes por Salamanca y se decía Alonso de Paz, hijo de otro Alonso de Paz, conquistador y encomendero muy rico de la Nueva España. Era este mestizo muy bien proveído, que le inviaba su padre cada un año mil y quinientos ducados para sus estudios de diez y siete mil que él tenía de renta y no tenía otro heredero, a cuya causa un mercader rico su pariente a quien venía el dinero, porque era el respondiente de su padre que también se llamaba Alonso de Paz, lo casó con una hija suya y siendo ya casado y viviendo a casa aparte con su mujer en el Aldeyuela bien cerca de mi posada, enfermó, como dicho tengo, y llamaron para curallo al Dotor Cubillas y luego en pos dél por ser el mal grave y entralle con mucha furia llamaron al Dotor Alderete y visitándolo ambos en conformidad, con mucha deligencia y cuidado tres veces al día, las dos antes de comer y otra por la tarde y habiéndolo sangrado cuatro veces y purgádolo una antes del seteno, porque era mozo

de 25 años y tenía bastantes fuerzas remaneció al seteno lleno de tabardillo morado y la calentura más recia y el entendimiento notablemente turbado.

Consultando, pues, los médicos sobre el caso, luego perdieron la esperanza de su salud y mandándole echar unas ventosas sajadas en las nalgas y seis secas en las espaldas y dar de comer de una sustancia con oro y perlas dentro y de un cóndito de las cuatro conservas cordiales y a beber agua de acederas, se fueron y volviendo a la tarde lo hallamos peor porque tenía ya todo el entendimiento y sentido perdido y por tanto no recetaron cosa de nuevo más de una recia fregazón de piernas con paños ásperos.

Otro día muy de mañana fueron a vesitalle y estaba de la misma manera que lo habían dejado el día antes, eceto que el tabardete había desaparecido cuasi todo, y entrádose adentro estuvieron dudando si lo volverían a sangrar otra vez atento a que tenía el pulso muy vehemente y había ya salido del seteno, no podiendo naturaleza en el vencer y domeñar la enfermedad, más antes iba de mal en peor, por ver si con descargar algo con la sangría, pues tenía fuerzas para ella, recibía algún alivio y brío para defenderse de tanto mal como tenía.

Resolviéronse en que a las ocho del día le sacasen seis onzas de sangre del hígado y le fuesen dando de la sustancia y cóndito muy a menudo y que a medio día después de haber vesitado los demás enfermos volverían allí a vesitarle y proveer lo necesario, porque a la verdad la paga todo lo cubría, que daban un escudo a cada uno cada día, que en Salamanca en aquel tiempo era paga de caballero rico.

Volvieron los dotores como habían dicho y yo con ellos bien cansado por haber vesitado con el Alderete sobre 50 enfermos, los más dellos del tabardillo, y hallamos nuestro enfermo ya sin habla con los ojos en blanco y el pecho alzado y arqueado, lo que visto por ellos lo mandaron olear muy apriesa y despidiéndose de la

mujer le dijeron que no había para qué volver más allá, que llamase dos frailes que lo encomendasen a Dios.

Salieron los dotores con su caterva y yo me quedé porque se acababan allí las vesitas y moraba, como dije, allí cerca su vecino, y no habían bien salido cuando la mujer se arrojó en el suelo dando mil gritos y mesándose toda, que como no le quedaba hijo ninguno que heredase sintió demasiado la muerte del mestizo. Yo la tomé por la mano y fué ventura no tomalla por la pierna y la levanté y consolé diciendo que aún tenía el ánima en el cuerpo, que si quería yo me quedaría allí con él y haríamos un remedio que me habían dicho a la ventura de Dios, como cosa muerta, que podría ser aprovechase.

—Haga Vmd. lo que fuere servido, que bien muerto está él ya. Luego envié a llamar un barbero que allí cerca moraba, que se decía Villarrubia, y trayendo diez ventosas se las hice echar cuatro veces, como atrás está referido, por toda la región del pecho atrás y adelante demás de algunas otras que se le echaran por todo el cuerpo de manera que se gastaron en la obra grandes dos horas y en el entretanto la señora, vista mi solicitud y trabajo, mandó asar una gorda gallina que para caldos al enfermo estaba muerta, y me la dió a comer y yo convidé al barbero y la comimos ambos, que la habíamos bien trabajado.

Acabado que hubimos de comer, fuimos a requerir nuestro enfermo. Hallámoslo que dormía con el pecho sosegado y los ojos cerrados y no vueltos como los tenía de antes. Toméle el pulso ansí dormido y hallé que lo tenía muy emendado de lo que estaba de antes. Díjele a la mujer y a los demás deudos que con ella estaban llorando que comiesen y no se matasen antes de tiempo, porque el enfermo había mejorado notablemente, y rindiéndome las gracias me rogaron que, pues era su vecino, que me viniese allí a estar con él hasta ver en qué paraba, que si él vivía me lo pagaría muy bien. Yo me fuí a mi casa y

habiendo reposado como dos horas vuelvo a vesitar mi enfermo y hallélo que había despertado habiendo sudado, que mojó la camisa y se la mudaron y demás deso tenía los ojos reducidos y buenos y el pecho sosegado. Túvelo a buena dicha y luego mostró que le quería Dios hacer merced de la vida, porque el tabardete se le había vuelto a salir en gran cantidad y no morado del todo como de antes, sino entre morado y colorado. Túvelo por muy buena señal y a dos horas de la noche, porque le habían echado media escudilla de sustancia por la boca, hice llamar el mismo barbero y echándole otras tantas ventosas me acosté vestido sobre una cama que allí me señalaron y al punto de media noche, cuando tañían en los conventos a maitines, llegó una moza de la casa a despertarme diciendo que me llamaba su señora, que hablaba ya su señor. Levantéme medio dormido y fuí corriendo y en llegando me miró de hito y diciéndole la mujer: —¿No conoce al señor Méndez nuestro vecino? Respondió: —Sí, conozco, pues ¿qué hace acá? —Hale dado la vida después de Dios, dijo ella; por eso agradézcaselo mucho. Luego le hice dar del cóndito que allí tenía y lo comió con buena gracia y bebió un golpe de agua de acederas y con esto me fuí a mi casa a dormir el remaniente de la noche muy contento de la buena suerte.

Luego que amaneció, la mujer y deudos saltaban de contento y enviaron llamar los dotores avisando al portador no dijese más de que no era muerto el enfermo, que quería su señora que lo volviesen a ver, y como tuviesen entendido que acudirían con el escudo como de antes, no tardaron mucho en venir y llegados que fueron los recibió la mujer diciendo: —No llamé a vuesas mercedes para que curen a mi marido, sino para que vean esta maravilla. Y entrados que fueron, le tocaron el pulso y el enfermo les habló con buen semblante y luego dijo Cubillas: —Bien me atrevo yo adevinar quién anduvo por aquí. Y Alderete le respondió: —¿Quién

puede ser sino su vecino Méndez? —El es, respondió la mujer, que después de Dios le ha dado la vida. Y luego, sin preguntar cómo ni con qué remedio, le dijeron: —Pues acábelo de curar, pues lo ha hecho tan bien y déle Vmd. muy buenas albricias, que las merece. Y se salieron sin aguardar la ración acostumbrada por no aguardar a que acabara de correr Duero, como hacía el rústico de Horacio.

Estas ventosas se le echaron cada día una vez hasta que salió del onceno, del cual salió sin calentura y sudando entre día y noche y más de noche cuatro y seis camisas, y la causa desto fué y también de habello puesto la enfermedad en tanto extremo no haberlo purgado con la purga recia y secreta de que atrás hicimos mención, porque purgas blandas y suaves no sacan ni purgan humor fortísimo y endemoniado cual es el que hace esta enfermedad, que al fin un clavo saca otro, y por esta razón quedó este enfermo sudando tan copiosamente que le duró el sudar de noche cuatro camisas treinta y más días, y la convalecencia fué muy larga, gastando y dispidiendo naturaleza el humor que había de salir de golpe por beneficio de la purga poco a poco por aquel sudor.

También se le dió de la confeción de gemis una drama cada mañana con agua de azahar por espacio de cinco días para consumir y quitr las reliquias de la putrefación y esto, como Galeno avisa, no conviene en otro tiempo alguno de la fiebre pestilencial si no es en la universal declinación y después de la fiebre acabada, porque dalla esta confeción ni otra semejante, como es la de jacintos, al principio de la calentura luego en el primer jarabe es muy grave delito, y que no lo hace si no es algún idiota muy inorante, y si es médico que ha estudiado, por el mismo caso se puede tener mala sospecha dél, porque semejantes medecinas calientes y secas en fiebres agudas necesariamente tienen de hacer uno de dos daños, que es o matar el enfermo o alargalle la enfermedad, de suerte que quede pelado de los gas-

tos de médico y botica y muera muerte cevil, ya que por su buena fuerza y virtud que suele sanar las enfermedades y remediar los errores de los médicos se escapó de la natural; por tanto miren lo que hacen los que con poca conciencia y menor temor de Dios dan aun en las fiebres que no son pestilenciales ni lo sueñan ser la confeción de jacintos, tomando por achaque que tienen punta y ramo de vellacas, que mejor dijeran de bellacos.

Discurso del cielo ha sido éste, en el cual si atentamente se leyere aprenderemos a librarnos de un enemigo capital, que es el tabardete y pestilencia, a cuyas manos han muerto más valientes que tengo agora yo reales; demás del aviso que se da para que nos guardemos de los falsos médicos y charlatanes que debajo de buenas palabras y con título de falsa pestilencia curan al revés de lo que conviene, y esto o por su mucha inorancia o por su mucha maldad y bellaquería, como pocos días antes habemos visto y lo veremos cada día si por mis muchas voces y estos pocos renglones que forzado de mi conciencia escribo en común provecho de los prójimos no se remedia, teniendo entendido que a mí solo incumbe hacer esto y desterrar este tan perjudicial error, como hombre que solo yo lo entiendo en esta tierra y entiendo y veo por vista de ojos las muertes y daños que dello se han seguido; por lo cual se deben de dar inmensas gracias a nuestro Dios que me trujo por los cabellos a estas partes como llevó a Nínive a Jonás para que predicase y desterrase estas y otras semejantes setas y opiniones que tan perjudiciales han sido a los hombres de nuestros tiempos.

Mucho más se pudiera decir en esta materia, más por no cansar al letor tan largo discurso remitiremos lo que queda para más adelante, que no se tardará mucho la ocasión de decir lo que falta.

Estas son las curas y maravillas, curioso letor, que Dios nuestro Señor obró por mis manos antes que salie-

se de Salamanca ni acabase el curso de Medecina, y lo que después sucedió se verá en los discursos que se siguen. Solamente quiero advertir que no se haga poco caudal ni estima desta tan escogida y particular cura, porque la esperiencia enseñará ser de tanto precio y provecho que merecía estar escrita con letras de oro y por solamente ella ser todo el libro tenido en mucho.

DISCURSO 8

TRATA DE CÓMO FUÍ LLAMADO CON SALARIO PARA CURAR EN LA VILLA DE ARÉVALO Y LO QUE SUCEDIÓ CON LOS QUE ME VINIERON A LLAMAR.

Habiendo acabado dichosamente mi curso de Medecina en Salamanca y habiéndome graduado de Bachiller en Artes y Medecina en un mismo día, repetí dende a pocos días para me hacer Licenciado en la misma Universidad, y fué tal la repetición, que más parecía reformación de los médicos de aquel tiempo y de sus malos abusos y maneras de curar, uno Alderete ecepto, cuyo discípulo fuí todo el tiempo que estudié Medicina que repitición de estudiante mozo y que aún tenía, como dicen, la leche en los labios, como claramente se deja ver por la misma repitición que es hoy día viva y la acomulé al librito que de las flores que cogí y saqué de los más illustres médicos pienso, con el favor de Dios, sacar muy presto a luz; la cual fué tan mal recebida dellos cuanto lo será bien de todos los que sin pasión y atentamente la leyeren; y no fué tan de burlas la fraterna que les pegué o, por mejor decir, se la dió Dios por mi boca como a David por la de Natán, porque entonces no tenía yo quilates para ello, que no fué causa de dilatar el grado de Liscenciado por muchos días temiéndome juntamente con mis amigos que me lo aconsejaron de una docena de erres por lo menos, con que saliéramos bien puestos del lado si no es que los tomáramos por armas

para me honrar con ellos, como hizo el famoso Covarrubias, sobre que escrebí una carta al Dotor Anrique, catredático de Filosofía Natural, que también va con la misma obra, que refiere largamente todo el caso y da razones y autoridades bastantes de mi atrevimiento.

Estando ya graduado como dicho tengo y residiendo todavía en Salamanca, que la tenía ya por mi patria, vinieron a ella un boticario y un regidor que se decía Francisco Verdugo con poder y cartas de la villa de Arévalo para el catredático de Prima y Vísperas de aquella Universidad para que nombrasen un médico que fuese a residir y curar en aquella villa, que fuese tal que mereciese bien el salario que le ofrecían, que eran dos mil reales, conviene a saber, mil que daba la villa, y otros mil, cinco monasterios de frailes y monjas que allí hay muy ricos; y además desto le ofrecían casa en que morar, cebada para su mula o caballo y leña en el prinal, y sobre todo esto le pagarían las curas que hiciese, advertiendo para más enamorarlo que tenía aquella villa tres mil vecinos y 375 lugares de término adonde residen muchos y muy nobles hidalgos y cinco mil hombres de armas que el rey allí tiene de su guardia y cuatro buenos médicos que curan a sus aventuras y sin salario; y por tanto la encargaban mucho enviasen hombre que fuese dino y merecedor por sus letras y autoridad de todas aquellas ventajas, mayormente de la honra que se le daba en llamarlo sobre los cuatro que allí había que habían hecho y hacían muy buenas curas.

Luego que se entendió la balada y los dotores dieron noticia a los estudiantes, acudieron a oponerse el Licenciado Brabo, Ambrosio Núñez y Lemos, que también había acabado de graduarse en Medecina como yo y leía un curso de Artes. Visto el negocio por los comisarios y juzgando que aquella villa no tenía necesidad de médicos que leyesen ni argumentasen, que para eso allá tenían recaudo, sino que los curase aventajadamente en tiempo tan necesitado como era aquel de los tabar-

dillos y pestilencia que corrían ambos a dos, se resumieron en que si yo quería ir ninguno otro podrían enviar que tan bien les sacase la barba de vergüenza y ansí lo dijeron luego a los portadores y le señalaron mi casa con un estudiante que se la enseñó para que luego me fuesen a hablar y hacer relación del partido, por si me contentaba y lo quería acetar.

Luego pusieron por la obra lo que los catredáticos mandaban y como no me hallasen en casa se volvieron, y en acabando de comer tornaron y me hallaron que también había ya comido, y me hallaron estaba tañendo en un harpa y cantando de voz en cuello con un tiple mudado de estremada voz y garganta, que se decía Cosme, que a la sazón se había venido a oponer a la ración de tiple de la Iglesia mayor, que estaba vaca, y posaba conmigo, y como entrasen se sentaron y rogaron pasásemos adelante, que gustaban de la música.

Acabada nuestra música con muchos pasos de garganta y galanterías que el tiple hacía, les pregunté qué era lo que sus mercedes mandaban. —Pasábamos por la calle, respondieron, y como oímos la música entrámonos acá. Y con esto se dispidieron y fueron a los dotores y les dijeron si era el médico que habían de llevar un mancebo muy mozo, alto de cuerpo y de poca barba. —Ese es, le dijeron, y luego replicó el Regidor: —Suplico a vuesas mercedes miren bien ese negocio, porque aquél más talle tiene de loco que de médico y los que allá están le hacen, al parecer, mucha ventaja y no nos atreveremos nosotros a llevarlo. Los dotores le dijeron si me habían hablado y si quería yo ir. Respondieron que hablado me habían y que como me hallaron cantando no habían tratado del negocio a que iban, porque aquella villa y cabildo no tenía necesidad de cantar, sino de médico y aun dese, si no fuese muy bueno y escogido, tampoco tenían dél necesidad, que de los demás cuatro y no malos tenían allá.

Rieron los dotores mucho el cuento y anduvo la cha-

cota y uno le decía que cuando no sirviese de médico era bueno por alcanzar higos, y otro que no era mala la música, que arrullaría con ella los enfermos cuando no pudiesen dormir; y al cabo de todo concluyeron que negociasen conmigo que acetase el partido, porque no podían llevar otro que tan bien los curase si ni los llevaban a ellos mismos.

Volvieron los portadores muy de mañana a mi casa por no errar como la primera vez y hallandome ya vestido para salir fuera con mi garbacha o ropa francesa, como agora traen los oidores, que en aquel tiempo era común a todos, y aun en éste le he usado yo hasta que me cansé de traerla y la dejé habrá tres años y no más, y como yo tenía gentil dispusición y la ropa era de raso fino aforrada de felpa, desconociéronme del todo y preguntándome a mí mismo por mí les dije: —¿Pues tan presto me desconocen? Yo soy el de la música de ayer. —¿Qué quieren? —Vm. nos perdone, me dijeron, que como tiene diferente hábito pensábamos que era otro. Señor, aquí nos envía la villa de Arévalo a buscar un médico con las condiciones ya referidas y los señores catredáticos han nombrado a Vm. Vinimos a saber lo que en ello quiere hacer para con eso ver lo que nos conviene.

Propuesta la demanda, les dije: —¿Pues por qué no me lo dijeron ayer cuando aquí estuvieron? —Porque estaba Vmd. ocupado en su música, por no divertille. —No es eso, le dije yo, sino que tuvieron entendido que era algún hombre loco, que siendo músico bien lo podían sospechar. —Nunca Dios tal quiera, comenzó a decir el Regidor. Y no hubo bien comenzado cuando acudió el boticario: —Vmd. dice el Evangelio. ¿Para qué es decir otra cosa, pues es esa la verdad? —Pues, señores, ya que Vuesas mercedes están informados y satisfechos de mí, quiero yo hacer lo mismo dellos y del partido, porque me han ofrecido otro para Alaejos que vale ducientos ducados y hasta determinarme en aquél no puedo

decir cosa con certeza en este otro que me ofrecen; pasado mañana acudan aquí a estas horas, que yo diré lo que en ello se puede hacer. Fuéronse con esto y en el ínterin me informé yo del Licenciado Arévalo, hierno del Dotor Anrique, que casó por amores con una hija y única heredera suya muy hermosa y no menos discreta, como se entenderá por este cuento que siendo recién desposado pasó entre marido y mujer estando yo presente:

Era este licenciado natural de Arévalo, de la casa de los Arévalos de aquella villa, cuyo mayorazgo en aquel tiempo era Juan de Arévalo, caballero tan noble y generoso que por sus buenas partes lo merecía cuando no lo hubiera heredado. Casó, como digo, con esta dama que era también de mucho merecimiento y discreción. Y como eran ambos mozos, ella de 18 años y él de hasta 24, ejercitaban el santo matrimonio más de lo conveniente a la salud, y a esta causa enfermó el señor Licenciado de una calentura lenta estomática con tanta debilitación de la virtud y estómago que un caldo no podía cocer. Sanó della con muchos beneficios y trabajo y quedó con una larga convalecencia, de suerte que no podía convalecer porque a medio camino lo hacía volver para tras la señora con su buena gracia y mucha hermosura, porque como Ovidio dice "non facile exuriens posita retinebere mensa et multam saliens excitat unda sitim":

> No es fácil detenerse al muy hambriento
> si ve la mesa puesta y bien colmada
> y el agua que corriendo se despeña
> da gana de beber al que la mira.

Visto el poco remedio que en tal ocasión tenía, le aconsejamos todos sus amigos se saliese con toda brevedad de Salamanca, porque era el último y único remedio de su salud, y determinándose de ponerlo luego por la obra le escrebimos una carta fingida como que venía de Arévalo y de su agüela, que la tenía ya muy vieja, y lle-

vándosela un jueves día de mercado un labrador de muchos que allí vienen aquel día, llegó a preguntar por él de industria al tiempo que no estaba en casa, y tomando la desposada la carta la abrió y leyó por ella entendió que estaba la agüela enferma y que lo dejaba muy mejorado, que luego vista aquélla se partiese si la quería hallar viva. Dióle la carta la señora llegado que fué a casa y notificóle la buena nueva que le traía, diciéndole que se aprestase luego y no perdiese tan buena coyuntura y para el camino le mandó hacer luego muchos regalos de tortas y rosquetes, conservas y otras cosas, lo que todo resultó en provecho de los consejeros, porque lo acompañamos hasta las Villorias, cinco leguas de Salamanca, adonde estaban unos condiscípulos y amigos suyos pasando, y allí hizo asiento por más de cuatro meses en que se holgó y reformó de suerte que volvió gordo y recio para poder entrar de nuevo como don Diego Ordóñez en la estacada.

No fué tan secreto el caso que mediante la buena diligencia que tuvo la señora no supiese donde había estado y todo lo demás como ello pasó. Disimuló tan bien que nunca dió a entender cosa alguna a su marido ni a otra persona. Después ya de mucho tiempo pasado, que ya no se tenía memoria dello, pasaba por aquella calle de S. Vicente, que allí tenía su casa, un hato de ovejas merinas de las que pasan cada un año de La Serena a las sierras de León, y llevando el manso o carnero marón delante con un grande cencerro iba tan flaco y lacio que se iba cayendo. Y como a la sazón estuviesen marido y mujer a la ventana, viendo pasar el ganado, dijo él a ella: —Mirad, señora, cual va el manso. Y ella le respondió luego y dijo: —Aquél, menester ha que le escriban. Y diciéndole él: —¿Cómo es eso?, que no lo entiendo. Le dijo ella: —Bueno está ello de entender, pero quédese aquí.

Los mensajeros volvieron a tercero día, como les dije, y nosotros volvamos a nuestro principal intento, que

es decir lo que sucedió adelante con los negociantes y fué que habiendo desdedido yo el salario de Alaejos, en el cual entró el licenciado Jaramillo, me concerté por cuatro años con los de Arévalo por escritura pública y por el poder que para ello trujeron y diciéndoles que se fuesen, que yo me partiría dentro en ocho días, se partieron ellos al otro día y yo aguardé al jueves para enviar mi hato y libros con las carretas que de aquella tierra vienen al mercado con madera y otras cosas, y venidas que fueron, lo envié con ellas y yo me partí al lunes siguiente y llegué con salud a Arévalo, adonde fuí bien recibido y lo más que sucedió se dirá en el discurso siguiente, siendo Dios servido.

DISCURSO 9

TRATA DE LA PRESERVACIÓN DE LA PESTILENCIA Y DE SU CURA, CON ALGUNOS AVISOS NECESARIOS A ELLA QUE HASTA AGORA NO ESTÁN ESCRITOS NI SABIDOS.

Luego que fuí recebido en el cabildo de aquella villa de Arévalo pedí me diesen quien anduviese conmigo, que quería ver el sitio y puesto que tenía y los vientos que le eventaban y otras cosas necesarias a la salud, como son las aguas, mantenimientos y frutas que se venden, lagunas y ciénagas y lo demás que se suele requerir y examinar en tiempo de pestilencia para el bien y salud de la república, y para ello nombraron al Regidor Alonso Sedeño, que a la sazón era diputado, y un fiel esecutor para que pusiese luego por obra lo que se proveyese.

Al otro día muy de mañana salimos los tres juntos y habiendo rodeado toda la villa en contorno y visto su sitio y puesto, aguas y vientos, nos entramos dentro y cruzándola y andándola toda una y dos veces se hizo hora de comer y nos recogimos, dejando proveído tan solamente que unas hoyas grandes que estaban alrede-

dor de la villa, que se habían hecho de la tierra que para las tapias y casas que se labraban habían sacado, las cegasen y emparejasen, porque echaban en ellas perros y bestias muertas y otras muchas inmundicias de que salían mal olor y muy perjudicial a la salud.

Otrosí se mandó que los muladares donde se echaba la basura se quitasen luego los que estaban dentro de la villa y arrabales y los que alrededor aunque fuera se allanasen y todo el histiércol y basura se llevase con grandes penas y rigurosa ejecución a ciertos sitios dos tiros de escopeta distantes que para ello se mostraron; y que todas las calles ansí de la villa como del arrabal estuviesen muy limpias y barridas y regadas con vinagre dos veces en la semana, y que cada vecino hiciese cada noche una y más candeladas a su puerta, para lo cual se dió licencia que por 20 días pudiese cada cual cortar en el pinal una carga de leña cada día.

También se mandó que todo el ganado ansí menudo como boyuno que dormía fuera de la villa y una legua alrededor, se metiese dentro a dormir por espacio de 30 días y que se tuviese mucha cuenta con la carne que ordinariamente se vendía que fuese de animale sanos y bien mantenidos, no flacos ni enfermos, y que se matase cada día fresca, porque estuviese libre de todo mal olor, y el pan fuese de trigo sano y bueno, bien fermentado y bien cocido.

Juntamente con esto pedí que se alzase la guarda que había en la villa y en toda su comarca, que es muy grande, atento a que no se hallaba una gallina ni pollo a vender caro ni barato, de que resultaba mucho daño; y en Salamanca fué acordado se quitasen las guardas, por la misma razón, y también porque estando ya la cibdad tocada del contagio en mucha cantidad de hombres, no era de importancia que entrasen otros de nuevo, y de no entrar se seguían muchos inconvinientes y necesidades que no era pusible ser remediadas de otra suerte; a lo que me respondió el Regidor que era mucha cosa esa y

que él solo no se atrevería a mandarlo; que él haría que aquella tarde o a lo más largo otro día llamasen a cabildo y de camino me llamasen a mí para que informase dello; y con esto se acabó aquel día.

Luego al día siguiente se juntó todo el cabildo y yo con ellos y propuse mi demanda y lo que en Salamanca se había determinado por todos los dotores en razón dello y se había luego puesto por la obra, y quedó toda la ciudad y su tierra libres y sin guardia alguna, eceto el pueblo adonde no hubiese entrado aún la peste, porque estos solos se mandaban guardar y todos los demás que se comunicasen. Parecióles bien la demanda y luego proveyeron que el alguacil del campo con un escribano fuesen a correr la tierra e informarse de los pueblos que estaban apestados y de los que enteramente estaban sanos, y poniendo en éstos guardas e regurosa custodia dejasen los demás libres y sin guardia alguna, avisando de camino como la entrada de la villa estaba patente y desembargada para que acudiesen a los mercados y a llevar cada día mantenimientos como se tenía de costumbre; con lo cual quedó la villa y gente pobre muy remediada, alegre y contenta, dándome todos la buena venida con muchas bendiciones y contento.

También avisé aquel cabildo cómo traía la composición de cierto jarabe preparativo para los que se quisiesen con tiempo prevenir y preparar contra este enemigo mortal que tantas vidas había quitado; el cual me había el Dotor Laguna manifestado siendo mi huésped, con que en Roma se había escapado mucha gente de sus manos, que lo mandaría hacer en las boticas para que en salud lo tomase el que no qusiese enfermar desta pestilencia, que para este efeto estaba ya muy aprobado y bien recebido, cuya receta es la siguiente para que el letor no la desee:

Tomen de miel de abejas y de azúcar blanco, de zumo de rosas y de zumo de granadas agrias, de cada cual una libra o media o lo que quisieren, como sean

partes iguales; y hecho destas cuatro cosas jarabe según arte, lo tomará el que se quisiere preservar, cada mañana en ayunas en cuantidad de tres onzas, a cucharadas o todo junto con agua de acederas, y hecho esto por espacio de ocho o nueve días se purgará con cuatro onzas de jarabe rosado de nueve infusiones, y con esto con comer buenos manjares y pocas y buenas frutas, y con esta tan fácil y no mal sabrosa prevención andará el hombre seguro deste dragón tragador, como Dios por nuestros pecados no permita otra cosa, porque estas pestilencias y castigos universales siempre o por la mayor parte nos vienen de la mano de Dios para castigar con esta muerte temporal nuestras maldades y librarnos de la eterna y darnos aviso para lo de adelante, como de muchos lugares de las Sagradas Letras nos consta muy clara y evidentemente; por lo cual tengo por escogido remedio para la pretención deste castigo y pestilencia que juntamente con este jarabe y purga y de los demás remedios humanos aplaquemos la ira del Señor con la emienda de la vida y destierro de los pecados públicos, como son tablajes de juegos y otros muchos adonde de sol a sol es Dios nuestro Señor ofendido con públicos robos, conjuraciones y latrocinios y otros mil delitos que merecen bien que eche Dios la pestilencia y aun otro diluvio como el pasado.

Agradeciéronme mucho los del cabildo el aviso y prevención con apercibimiento que todos se aprovecharían dél, como después lo hicieron. Luego comencé a entender con los enfermos, que había gran suma dellos, y comenzando por los monesterios de monjas que allí hay, entré a visitar en el que dicen de la Real, adonde había 160 monjas y las más dellas tocadas, y como estaban tan juntas y abajadas morían cada día dos, tres y más, de suerte que ya habían quedado en menos de 100 y desas estaban la mitad enfermas y muy peligrosas.

Hice que luego encontinente llevasen a casa de sus padres las que los tenían en la villa para que ella se cura-

sen con más comodidad, y las que quedaron que no durmiesen ni estuviesen juntas, y ansí se repartieron por todo el monesterio en altos y bajos hasta en el coro, de suerte que no se veían unas a otras, y haciendo limpiar toda la casa muy bien y zahumalla toda con pastillas y que se regase una vez cada día con vinagre, comenzamos a poner por obra la cura secreta de que en el 7 Discurso tratamos; y purgando a las que no estaban purgadas y algunas de las otras que tenían sujeto y fuerzas bastantes con aquella purga y después usando de los remedios ya dichos, con ayuda de cuatro grandes candeladas que ardían de noche y día en el monesterio y con hacer comer a los enfermos más de lo que podían, fué Dios servido que de todas las enfermas que había allí no murieron más de tres; y los demás monesterios y enfermos de la villa por este orden curados y guarecidos, de tal suerte que moría ya muy poca gente y esa de la que le faltaba mucho de lo necesario para su salud, y fué tan evidente la salud y mejoría, que dicían a voces que Dios les había enviado la salud y habían ya perdido el miedo al tabardillo en poco más de 15 días después que yo los curaba; y en otros 15 adelante fué del todo acabado en aquella villa, quedando otras muchas y cibdades sus vecinas padeciendo por más de tres meses después, para que se vea lo que va en curar con buena mano y gracia, cual Dios fué servido de me dar para este menester, por lo cual no le acabaré de dar las debidas gracias aunque viva todo lo que durare el mundo y no me ocupe en otra cosa.

Una de las cosas que es menester advertir antes de acabar con esta mala bestia, es que a trueco de que el enfermo coma mucho, por ser cosa en esta cura de mucha importancia, se permite que coma demás de todo género de aves que acostumbran comerse, conejo, cabrito, ternera de leche, venado, puerco de monte, carnero, naranjas agras, y agrodulces, limas, limones, cidras, guindas, camuesas, peros y peras, granadas de

toda suerte, agraz y vinagre y sobre todo las piñas indianas, porque sirven de sabroso condimento y pasabocado y de exquisito y único remedio para esta enfermedad, por lo mucho que son cordiales y el suavísimo olor que Dios les dió. También las ciruelas endrinas y los bruños son muy loados, patillas y calabazas y una tajada o dos de buen melón también son permitidas, y de frutas secas cuantas hubiere, en especial higos rellenados con nueces, ruda y un grano de sal, que sirven de atriaca y son muy alabados; y con esto coma lo más que pudiere asado y en adobo de vinagre fuerte y ajos, por la propiedad que tienen contra veneno.

De los pescados se pueden comer lenguado, acevias, picudas, salmonetes y en ninguna manera pescado de agua dulce y aun los de mar tienen de ser de los saxatiles de Galeno, que viven y se crían en alta mar como son sargos, viejas, julidas y los demás, juntamente con los que dicho habemos y éstos se deben comer fritos y en escabeche de vinagre y azafrán, con poca pimienta o asados.

El agua va mucho en que sea muy buena, de fuente escogida y conocida por tal, y a falta désta se cocerán las demás con anís o canela y se colarán, y aunque algunos autores dan vino blanco, yo nunca lo he dado a los enfermos, a lo menos que tienen calentura, que para los sanos, bueno es por vía de preservación.

Con esto que dicho tengo había cumplido con mi obligación e intento, que tan solamente es referir y dar noticia de las maravillosas curas y hazañosas obras que Dios nuestro Señor por mis manos tiene hecho, juntamente con los medios y remedios secretos y exquisitos que para ellas me encaminó, sin escrebir causas, razones ni prevenciones de que están los libros llenos. Mas por haber prometido en el 7 Discurso que trataría desta enfermedad más largamente, tomaremos licencia con la del letor para avisar de algunas cosas tan necesarias como provechosas en su gracia y utilidad de los que pa-

decen desta enfermedad, las cuales no todos autores escriben y algunas dellas nacieron de nuestra larga espiriencia.

Revolviendo, pues, sobre la sangría como remedio importante, porque de la comida y bebida ya está dicho lo que basta con solamente avisar que son las lantejas guisadas con vinagre en esta enfermedad muy alabadas y provechosas y que se puede el enfermo hartar dellas sin escrúpulo alguno, es de notar que siempre o por la mayor parte es conveniente y necesaria en los tabardillos y fiebres pestilenciales la sangría, con tal condición que el enfermo esté robusto y con buenas fuerzas y haya señales de sangre, que por ser muy sabidas no las escribo, y conforme a las fuerzas y repleción se debe de sacar la cantidad en dos o más veces, porque en este caso es la copiosa sangría prohibida a causa que debilita mucho las fuerzas y ansí es mejor sacarla en dos o tres o más veces a razón de seis onzas cada vez, y esto sangrando una y dos veces al día por la mucha priesa y peligro que consigo trae esta enfermedad, y adviértase mucho que en todas estas veces juntas no se saque arriba de dos libras de sangre, por más que digan los autores otra cosa, porque habemos hallado por esperiencia averiguada que de los muy sangrados, aunque estén muy repletos, escapan pocos o ningunos, no pudiendo después naturaleza arrojar ni domeñar el humor pecante como es razón y le conviene o por sí sola o con ayuda de la purga, que tiene de ser recia, cual se dixo en el 7 Discurso, contra la común opinión pero muy conforme a la razón y a la esperiencia que della tenemos confirmada con muchos milagrosos sucesos. El tiempo en que estos enfermos se deben sangrar es luego al principio en los primeros dos días si fuere posible y la luna no lo estorbare por estar en mal signo, que en tal caso bien se puede esperar un día o poco más, y hágase en la diclinación de la calentura si la hubiere y no en otro tiempo alguno, séase la hora que fuere de la noche o día, y sépase que

esta es la opinión de Galeno puesta en efeto contra Avicena y la común advertida y sacada a luz por mi sola espiriencia y el mucho provecho que della se ha seguido a los enfermos, como de la contraria mucho daño y a veces la muerte, como habemos visto en muchos que se sangraron en el tiempo de la huelga y falta de calentura. Hablo de las fiebres entermitentes, que veniéndoles la ceción dende a media o una hora o, por mejor decir, siendo llamada de la sangría, los espavila sin dejallos confesar, por lo cual habemos hecho regla general infalible y muy provechosa de lo que dicho tengo y por tal la encargo y encomiendo para los que en sus curas quisieren ganar honra y no perdella; y en las fiebres que no tuvieren declinación, que son muy pocas, se sangrará el enfermo a las ocho del día, después que haya tomado algún jarabe de agro de cidras o limones o de acederas, y esto cuanto a la sangría.

Las venas de donde se debe sacar la sangre son las que ordinariamente se sangran en brazos y tobillos, con tanto que habiendo postema o carbunco o dolor particular se guarde la rectitud y conveniencia, y esto sin embargo de ser mujer y que esté preñada, y adviértase que si hubiere dos postemas en los dos lados contrarios, se sangren ambos brazos juntos de las venas que conviniere, según el sitio que tuvieren los apostemas, y si estuviere una arriba y otra abajo se sangrarán brazo y pie ambos juntos, cada uno de la vena que mira de la apostema más derechamente, y si la apostema estuviere en el lugar donde se ha de hacer la sangría se sangrará de la mano, si fuere en el brazo, y del pie, si en el tobillo, y si fuere de la parte de afuera en la pierna, se sangrará de la vena esterior, y si en la de adentro, de la interior, y si en el medio, de la que estuviere en medio de las dos, y lo mismo se haga en los muchachos que sufren sangría y los que no, que son los de tres años para bajo, se sajen por el mismo orden.

La purga ya queda dicho atrás quál ha de ser y cómo

se debe usar della; lo que agora hay que avisar es que ansí como esta purga es exquisita, fuerte y de grande operación, cual conviene para vencer un tan fuerte y riguroso enemigo, ansí tiene necesidad de médico animoso y esperimentado, que sin temor alguno pase por las murmuraciones, argumentos y frívolas razones de la comunidad de los médicos, que concibirán más miedo de dalla a ningún enfermo que de sacarse los dientes, por lo cual los desventurados, y más quien se cura con ellos, nunca hacen cura buena, prque o lo ignoran o sabiendo el remedio con que se ha de curar el fuerte mal y exquisito, que también por consejo de Hipócrates debe ser fuerte y exquisito, porque al fin un veneno saca otro, no solamente no osan aplicallo ni usar dél por el que dirán, más acójense a sus contrarios que son las purgas beneditas, blandas y de poco efeto, como a talanquera segura, tienen por menos inconvinientes dejar morir el enfermo que dar ocasión para ser murmurados, y así por falta de ánimo nunca hacen cura buena ni maravillosa, ofendiendo al prójimo y encargando su conciencia, y por esto quiere Galeno que el que hubiere de ser médico generoso tenga también un ánimo fuerte y generoso, que ni el interés ni la mormuración ni el miedo ni cosa otra alguna sea bastante a desvialle para que deje de hacer lo que conviene para salud del enfermo, y si para ello y conseguilla fuere menester ponella en riesgo no podiendo alcanzalla de otra manera, hacello con ánimo, que los que van a la guerra pocas veces vencerán si no se arriesgan, que, como Horacio dice, *audaces fortuna juvat timidosque repelit.* Que quiere decir que a los osados favorece la Fortuna y los tímidos y pusilánimes nunca hacen cosa buena porque no osan poner por obra lo que han leído y saben, que es verdad que de otra manera, teniendo un aforismo de un hombre tan doto, verídico y esperimentado como fué Hipócrates, que nos aconseja y manda espresamente que las enfermedades graves, cual es ésta y la cuartana y otras mu-

chas que suceden, no se curen con medicamentos blandos, sino recios y purgas tan fuertes que abarajan el mal y lo sacan arrastrando del cuerpo, sino que el poco ánimo y el ser poco médicos les hace que dejen de hacer lo que deben y más conviene. Y por esta razón hay tan pocos médicos buenos, que ya en su tiempo se quejan Hipócrates y Galeno que no había dos buenos, y agora en los nuestros apenas se hallará uno después que se murió el Dotor Alderete, si no es un su discípulo que al presente escribe esto, a quien Dios quiso hacer esa merced, porque no falte remedio a los que lo quisieren buscar. Y eso me hizo escribir estos Discursos, porque ya que yo no puedo curar ni dicir la verdad en todas partes, lo hagan ellos.

Antes que dejemos la purga es menester avisar de una cosa muy necesaria y que por ninguno de los que escriben desta enfermedad hasta hoy ha sido advertida ni tocada, y no va en ello menos que la vida del enfermo, y por tanto me pareció que no era justo pasar adelante antes de notificalla. Es, pues, esta nuestra advertencia tan provechosa que luego que se muestre la urina cocida poco o mucho se le dé la purga ya dicha al enfermo sin dilatar solo un momento y esto o sea tarde o mañana o de noche o de día o estando en ayunas o habiendo comido y finalmente de cualquiera suerte que el enfermo se hallare, porque desta manera escapan cuasi todos y de otra suerte no se consigue el efeto deseado muchas veces, y el riesgo es más que doblado, y la razón desto es ser las causas putrefacientes en esta enfermedad de tanta fuerza y efeto y tan activas como los filósofos dicen, que si el humor que una vez naturaleza con mucho trabajo coció, venció y domeñó, luego en continente no lo echa fuera con ayuda de la purga que para ello le da la mano, favor y ayuda, dentro en media hora y a veces menos vuelve el humor ansí beneficiado a reincedir en la misma putrefación y pestilencia que de antes, volviendo a dar en qué entender

y trabajo de nuevo al miserable y cansado calor natural, ni menos que la pesada piedra suele dar a Sísifo.

De lo dicho se colige y saca la razón muy evidente y de naide escrita ni entendida hasta este punto por qué causa, como Avicena dice, en estas fiebres pestilenciales teniendo el enfermo buen pulso y buena urina algunas veces camina apriesa hacia la muerte, y es que como naturalza habiendo cocido y vencido, como dicho habemos, muestre las señales y despojos de la vitoria en el pulso y urina y no pudiendo arrojar de sí tan presto el humor beneficiado ni el médico acudille a dar la mano y ayudalla por medio de la purga por haber ignorado este secreto y advertencia, vuelve luego, como dijimos de Sísifo, de mal en peor hasta que de cansada se rinde y deja vencer del enemigo que no le perdona cosa alguna.

Punto es éste y razón que merece ser celebrada y agradecida de los hombres dotos y que leen a Avicena en cátreda, si desapasionadamente lo leyeren; que a los demás que no estudian sino como han de redargüir y mofar los trabajos ajenos, no podiendo otro hacer lo mismo de los suyos, no les cuadrará eternamente esta ni otra razón por más cristalina que sea.

Dicho habemos de la purga y sangría suficientemente lo que basta y lo mejor y más escojido de todo lo que en los buenos autores que desta enfermedad escriben escrito se halla. Resta agora avisar que si las pintas del tabardillo salieren juntamente con la calentura, se hagan las sangrías como dicho es, más si salieren después dos o más días, en ninguna manera debemos sangrar, sino andar luego con las ventosas y purgas apriesa, como dicho es, y si antes que salgan estuvieren una o dos veces sangrando, con aquello nos debemos contentar sin repetir más sangrías, pero habiendo mucha repleción se pueden sajar ventosas en las nalgas y pantorrillas.

Los apostemas y carbuncos que en estas fiebres sa-

lieron se curan con las sangrías arriba dichas y con un emplasto de cebollas asadas con atriaca y aceite de azucenas, mudándolo de dos en dos horas hasta que muestre tener alguna materia, aunque poca, porque estos apostemas quieren ser abiertos medio verdes y después curarlos como los demás, y los que fueren carbuncos y no hicieren materia sino costra se sajarán profundamente y labados bien con salmuera, échalles piedra bezar en cantidad que entre bien adentro y ponerles sanguijuelas que los chupen o el sieso de un gallo con sal molida, y téngalo hasta en tanto que el gallo se muera, y muerto aquél pongan otro y otro y otro hasta que quede uno vivo, y aviértase que le tienen de pelar primero el sieso.

Mil remedios hay otros escritos desta enfermedad de epitimas, cordiales, yerbas, simples, cuerno de nicornio y muchos otros que de industria dejamos por no escrebir un volumen entero della, como algunos hacen, y también porque esto que está dicho es lo que más importa y con lo que suelen remediarse, porque si estos remedios no lo hacen, los demás lo hacen mucho menos.

DISCURSO 10

TRATA DE LAS OPILACIONES DE LOS MIEMBROS INTERIORES, QUE SUELEN RESULTAR DE LAS FIEBRES PESTILENCIALES Y DE LAS OTRAS CONTINUAS Y GRAVES.

Acabada que fué la pestilencia y tabardillo en Arévalo, quedaron los enfermos tan maltratados del cruel enemigo, que la mayor parte dellos tuvo necesidad de nueva cura y beneficio para haber de convalecer, porque les quedaba notable opilación en los miembros naturales todos o algunos dellos, hígado, digo, bazo, y venas mesáricas y demás desto el cuero todo tan seco y quemado y los poros tan atapados y constriñidos, que fué causa de ser la convalecencia larga y tener nece-

sidad de cura particular por razón de una calentura lenta que les sobrevino a pocos días después que secaban de la grande y pestilencial que en tanto riesgo los ponía, y otros quedaron cuartanarios, de los cuales curé allí 18 con la famosa cura de Alderete, que es la que solamente las sana y destierra, sin que alguna otra ni ninguno otro médico haya sido parte para hacello en nuestros tiempos ni en muchos antes y en toda España de que hasta agora se tenga noticia.

Y ansí trataremos desta cura en el Discurso siguiente, pues tiene lugar entre las muy maravillosas y raras y de muy pocos sabida ni obrada, por lo cual es una de las más convinientes a nuestra tratación e intento que llevamos y por el mucho provecho que della se sacará si con ánimo y destreza la pusieren por obra, porque sin poner en riesgo alguno es remedio muy cierto a todos los cuartanarios, sin ecetar alguno, de los que tuvieren fuerzas bastantes para salir con ella.

Volviendo, pues, a nuestros opilados los curamos y beneficiamos a todos en la forma siguiente:

Primeramente se les mandaba beber poca agua y esa cocida con anis porque iban dando los mas dellos en hidrópicos, que es muy ordinario seguirse la hidropesía a hígado o bazo opilado y destemplado hacia la parte fría, y para remediar esto se tomaba por remedio importante y lo es mucho el beber poca agua, cocida con anís o semiente de hinojo o canela, y para los que eran tan regalados cuan poco curiosos de su salud que no era pusible hacelles beber agua cocida, nos aprovechamos de un secreto y esperiencia que en este caso tenemos muy averiguado y provechoso y es que se cueza el agua con semiente de perejil en olla nueva y a carbón y sin humo y después de fría se venderá por cruda al enfermo y no lo echará de ver, con tanto que no la haya visto cocer ni enfriar, y si acaso la viere le dirán que se mandó cocer sin cosa alguna, porque el agua de su parte no descubrirá la mentira porque no hace diferencia de

la cruda, antes si no es buena la retifica y le hace que lo sea y tenga mejor sabor, lo que siendo necesario para estos y otros semejantes enfermos no se ha hallado hasta hoy otra semilla ni simple medicinal que lo haga sino éste, por lo que debe ser tenido en mucho este secreto y no hacer poco caso dél.

Ordenada la bebida que, como dije, es de mucha importancia en esta enfermedad, se les daba cada mañana un jarabe acetoso compuesto en cantidad de siete onzas, tres del jarabe y cuatro de agua de almirones, y tomado cuatro o cinco días cuanto la urina se mostraba algo cocida, se purgaban con una onza de pulpa de caña fístola, tres de jarabe de nueve infusiones, desatado todo en cocimiento de tamarindos, purga común y conveniente para estas enfermedades y todas las demás que están en la región del abdomen, que es dentro de la barriga, por donde tienen de pasar de necesidad todas las purgas, y si son más recias que esto, que tengan fuerza y virtud de atraer de todo el cuerpo no solamente no sanan estas enfermedades que están en el camino, más antes las acrecientan y les dañan, trayendo a ellas humores de otras partes, que son causa de las aumentar, irritar y empeorar.

La distinción que en esto se debe tener es que si la opilación fuere de bazo se dará en lugar de la caña fístola una onza de diachatolicón y tres de jarabe de polipodio en lugar del otro, desatado todo en cocimiento de hojas de sen, y en las demás opilaciones la otra purga y cuando se dé cualquiera dellas en todas las opilaciones hará buen efeto y no es mucha la diferencia ni el inconviniente.

Aquí empero se debe advertir que si fuere menester alguna sangría se debe hacer en los días que se toma el jarabe antes de purgar al enfermo. Suele hacerse esta sangría en los que muestran tener repleción notable o han bebido vino o comido mucho, recién salidos de la enfermedad, porque no habiendo nada desto, basta san-

grar después de purgado el enfermo, de la vena del hígado o bazo que en la mano se muestra, según que la opilación y de la vena del arca en cantidad de 7 ó 8 onzas cada una más o menos, según el sujeto y fuerzas del enfermo. Y si la opilación fuere en las venas mesaraicas, como muchas veces acontece, se debe sangrar la vena del arca del brazo derecho y después la del izquierdo siendo necesaria más sangría, y en las opilaciones o inflamaciones de hígado y bazo siempre se debe guardar la retitud aunque sean las sangrías muchas, y si estas enfermedades sucedieren en estómago o tripas se puede hacer la sangría del brazo derecho y también del izquierdo de la dicha vena del arca y también del tobillo de la parte de dentro, mas si aconteciere en los riñones, la sangría se puede hacer del brazo o del tobillo del lado del riñón enfermo, y si ambos lo estuvieran, de ambos brazos o piernas juntamente y de la vena del arca en el brazo y de la de adentro en las piernas, y esto cuanto a la sangre basta.

Sabida, pues, la sangría y purga que en esta enfermedad conviene, y de que se usó con grande suceso en aquel tiempo y villa, es menester saber de qué mantenimientos debe de usar el opilado, mayormente cuand la opilación viene acompañada con fiebre lenta, como por la mayor parte suele acontecer, para lo cual es regla general que se use de alimentos que adelgazan, teniendo cuenta por razón de la calentura que sean los menos calientes que pueden ser y aunque en este caso es verdad que curamos la opilación como principal enfermedad y no la poca calentura, porque si es mucha, a ella se debe tener la mayor atención, todavía si esto se puede hacer con alimentos que no la irriten ni acrecienten, es lo mejor de todo, y por esta razón se debe escoger el pan que sea bien amasado con un poco de anís bien leudo y cocido y demás desto que sea de toda harina y mollete bien esponjado.

De las carnes, las mejores son pollo, gallina moza,

perdiz, faisán, zorzales y pajaritos, que en el Andalucía llaman de cañuela, palominos y palomas nuevas y de las de monte, tórtolas, gallinas de Guinea, y pavos pollos, conejo gazapo, cabrito, ternera de leche, y algunas veces puerco de monte y carnero bueno y esto pocas veces, y faltando la calentura. La mejor manera de guisar estas carnes es cocido y asado, y en ninguna manera en pastel ni ahogadas.

De los pescados se puede comer alguna vez de los saxatiles de Galeno, de salmonete, de aguja, de picuda, de pescada en rollo y adonde éstos faltan, de una trucha o barbo, con tanto que sea poco y pocas veces y guisado en el caldo blanco de Galeno, que es cocido en agua, sal y vinagre con suficiente aceite y un poco de eneldo o orégano.

De frutas, naranjas y cañas dulces, cuantas quisiere, pasas, y higos verdes y secos, nueces, piñas indianas, guindas y ciruelas pasas, azúcar y todo género de confitura, duraznos y albérchigos verdes y en conserva; camuesas y peros y alcaparras son muy buenas y hojas de rábanos; de las hortalizas, perejil y culantro, acelgas, bledos y borrajas, cebolla y ajos en moderada cantidad; espárragos son loados, yerbabuena y agi, hinojo y eneldo y todas las que fueren moderadamente calientes y abridoras que desopilen.

De las legumbres, ninguna conviene en esta enfermedad; solamente de los garbanzos se admite el caldo y éstos si fueren negros son mejores.

Las conservas sean de azúcar y en ninguna manera de miel; carne de durazno y limones en conserva son las mejores; raíces de escorconela y de lengua de buey son buenas; naranjadas y gengibre en conserva moderadamente, guindas, camuesas, peros y perada, azúcar rosado anejo se puede comer, y geleas como no sean de membrillos, pero pueden comer granadas dulces cuantas quisieren; de la leche y sus procedientes, la torta que della se hace, el suero y la manteca de vacas. De todo

género de especias, con tanto que sea con templanza y teniendo respeto a la calentura, si es mucha o poca.

El sueño sea de noche y en ninguna manera de día, y comience a dormir sobre el lado izquierdo, por más que digan Nicolao Masa y otros modernos en contrario desto, porque no dan razón de lo que dicen y ansí no deben ser creídos.

El ejercicio se debe hacer antes de comer y tres horas después de haber comido y no en otro tiempo, eceto si comiese tan poco que fuese reputado por nada como si de mañana tomase alguna conserva o naranja con dos bocados de pan o dos huevos bebidos o otra cosa semejante a esto, porque en tal caso bien se sufre hacer ejercicio moderado y no áspero ni veloz y esto aún es mejor evacuado y en la declinación de la enfermedad y cuando no haya calentura.

He querido referir esta atenuante dieta tan cumplidamente por si acaso en otra alguna cura hiciéremos della mencion no sea necesario volvella a repetir y nos dé lugar para lo mucho que queda por andar.

Entendida, pues, la dieta que guardaron aquellos enfermos de que vamos tratando y la que deben tener todos los demás que padecieren semejantes opilaciones, y habiéndose purgado como dicho es, luego les ordenamos una pócima o cocimiento de raíces y otras cosas de las que suelen aprovechar a esta enfermedad para que siendo recién hecho y con poco azúcar tuviese mucho de la virtud de las yerbas y cosas que lleva, y desta manera hiciese mejor el efeto que se pretende; que los jarabes que ordinariamente están hechos en la botica que por tener, como tienen, mucho azúcar y poco de la yerba o zumo della que hace la obra, son de poco momento y de mucho aparato, mayormente que siendo tan dulces como son por estar en punto, muchas veces hacen más opilación que quitan y esto lo halló por esperiencia y buen juicio el Dotor Alderete y ansí fué el primero que usó estas pócimas o género de jarabes en Es-

paña cuando la cura era de importancia y yo después fuí el primero que las truje a las Indias y tengo hecho mediante ellas milagrosas curas, como adelante se verá.

Estas pócimas o jarabes recientes se hacen todos de una manera aunque de diferentes simples y drogas, según cada enfermedad lo demanda, y ansí en esta que vamos curando adonde ellas más efeto hacen que en ninguna otra, es esta que se sigue la receta porque a todos sea manifiesta.

Tómese de raíces de almirones frescas y quitado el corazón seis onzas, de raíces de alcaparra 4 onzas, de las cinco raíces diuréticas de cada cual 3 onzas, y si estuvieren en conserva, como vienen a las Indias, de cada cual 4 onzas, de cebada buena y machacada 4 puños, de pasas sin granillos media libra, 20 ciruelas pasas, de las semientes calientes menores y de flor de manzanilla de cada cual media onza. Cueza todo junto en 15 cuartillos de buena agua hasta que mengüe los tres y después se sacará y se majará en un almirez medianamente y ansí majado se volverá a echar en su mismo cocimiento y volverá a hervir hasta que mengüe un cuartillo, después de lo cual sacará todo colándolo por un paño ralo y esprimiéndolo bien al colar y a lo que quedare echarán seis onzas de jarabe acetoso compuesto y otras seis de azúcar morena y si se hiciere adonde no haya botica ni jarabe echarle han doce onzas de azúcar y dos y media de buen vinagre, con lo cual volverá a cocer, cuanto pase un hervor y espume y pueda menguar hasta otro cuartillo; y esta es la famosa apócima aperitiva de Alderete, con la manera de hacella, con que curaba los opilados después de una vez purgados, como dicho es, y yo curé los enfermos de que vamos tratando y después otros muchos con muy próspero y cierto suceso. Tiénese de guardar este cocimiento o jarabe en vaso de vidrio o vidriado y en parte fresca, porque dure y no se corrompa, para lo cual es también necesario que a terceros días

se le pase un leve hervor echándole cada vez media onza de azúcar y se tiene de beber tres veces al día en cantidad cada vez de más de medio cuartillo, frío en el estío y poco caliente en invierno, y esto en tierras frías, que en las calientes, cual es esta adonde lo escribo, siempre se tomará frío. La primera vez en amaneciendo, la segunda dos o tres horas después de haber comido, y la postrera cuando quiera dormir. Y esto hasta que se acabe, eceto si se corrompiere y avinagrare antes, que entonces bien se puede dejar, y adviértase que cada vez que se tomare se tiene de menear muy bien, que salga parte del asiento, porque aquello es lo mejor y no se le haga pesado al enfermo esto, porque el que tiene necesidad de salud no debe mirar en rayas, que no hay medicamento grave ni enfadoso como prometa salud cierta como este caso la promete.

Durante esta bebida y después de acabada, por espacio de diez días más se debe el enfermo huntar la región del hígado si estuviere en él la opilación con un hungüento compuesto de sandalino y desopilativo y de aceite de espique partes iguales, que será una onza o dos de cada cual, todo mezclado y poner encima de la untura una o más hojas de col también huntadas con el mismo ungüento y si la opilación fuere en el bazo o cualquiera otra parte del vientre será el ungüento desopilativo tan solamente y el aceite de alcaparras partes iguales, porque con esto y con hacer en este tiempo ejercicio notable terná dichoso fin esta cura, que es una de las más exquisitas y provechosas que Alderete hacía, con que él y yo ganamos mucho nombre y dinero. Gracias a Dios por ello.

DISCURSO 11

TRATA DE LA FAMOSA Y CIERTA CURA DE LA FIEBRE CUARTANA.

Habiendo concluído con las convalecencias, opilaciones y fiebres lentas que las acompañaban, luego comenzamos a entender con las cuartanas, que fueron más de treinta los que quedaron con este género de fiebre, de los cuales se curaron 18 tan solamente, y entre éstos hubo dos monjas, una que se decía Doña Leonor Verdugo, en el monesterio de la Real, y la otra en la Conceción. Dejamos estos enfermos de industria para la postre porque la fiebre cuartana luego cuando comienza no se deja bien curar, que es menester aguardarle a que de los cuatro tiempos que tiene con las demás enfermedades pase por lo menos el principio, que será cuando la urina comenzare a mostrarse cocida, y también porque en el entretanto se llegaba la primavera que es el tiempo más acomodado para curar ésta y otra cualquiera enfermedad larga y que pueda esperar.

Llegado que fué el tiempo más conveniente, comienzo a curar mis cuartanarios, de los cuales el primero fué un hidalgo que se decía Hernando Altamirano, tuerto de un ojo, y de edad de hasta 35 años, robusto de cuerpo y muy membrudo y de muchas fuerzas; tenía mucho pulso y la urina rubia, gruesa, lo que bien visto y especulado juntamente con los miembros naturales, de los cuales tenía el bazo maltratado y muy grande, ordenéle un jarabe de tres onzas de jarabe de palomilla y dos de agua de lo mismo o de borrajas no la habiendo; tomólo cinco días y al tercer día se sangró del brazo izquierdo y de la vena del arca sacáronle 8 onzas de sangre y al cuarto otras tantas del mismo brazo y vena sin tener atención al dicho común que manda emparejar la sangre porque adoquiera que se saque queda pareja.

Acabados los cinco días y sangrando en la forma que está dicho, se purgó al sexto día con una onza de pulpa de caña fístola y otra de diachatolicón desatadas en cocimiento de sen y pasas porque en aquel tiempo no era inventado el jarabe de polipodio, que, a serlo, tomara tres onzas dél con la caña fístola por escusar el mal sabor y olor del diachatalicón, pues que en el efeto que se pretende varían poco o nada, por cuanto esta purga no se da para quitar la cuartana sino para limpiar y descargar el cuerpo de las materias comunes y prepararlo para lo de adelante.

Purgó razonablemente con ella, aunque no mostraba la urina cuando se le dió más cocimiento que estar gruesa y de buena sustancia, que, a la verdad, se tiene por principio de cocimiento, por cuanto esta purga y las demás que son fáciles y tan solamente lenetivas, no tienen necesidad de aguardar que este humor que hace la enfermedad cocido, porque ellas no se dan para evacuarlo sino las materias y excrementos comunes, como dicho tengo, y ansí se puede dar seguramente con cocimiento de urina y sin él.

Purgado que fué en esta manera, luego le ordenamos la apócima que en el Discurso antes deste queda recetada, quitándole la cebada y añidiéndole de epítimo, de hojas de sen y de polipodio, de cada cual media onza y en el resto fabricándola y bebiéndola como atrás queda dicho en aquel Discurso, y guardando la misma dieta que allí largamente escribimos, al cual remito el lector por no escrebir una misma cosa dos veces.

Habiendo tres días que iba tomando la pócima le mandé sangrar al cuarto, que era conjunción de luna, la cual esperamos de industria en esta enfermedad, ansí como en las demás nos guardamos della, y la sangría se hizo de la mano izquierda y de la vena del bazo a quien Avicena con sus asedas llaman salvatela, y se hace con agua, la cual sangría dada en semejante hora y coyuntura es de tanta eficacia en esta enfermedad que luego

le hace doblar la cerviz a la cuartana y bajar de su punto y pertinacia mitigando los recios fríos y quitando y diminuyendo mucha parte de la ceción, como lo hizo en este enfermo, y muchas veces la quita del todo sin que sea menester remedio otro alguno, como pocos días después hizo en un hijo de Juan de Arévalo, hombre prencipal y mayorazgo de los más ricos de aquella villa.

Visto el grande provecho que la sangría hizo y la mucha baja que en la siguiente ceción la cuartana dió luego le mandé abrir y provocar una almorrana que el enfermo por de fuera tenía, que pocas veces los que padecen este género de fiebre están sin ellas. Ya abierta que fué por medio de una delicada y poco profunda saja y de unas sanguijuelas que la chuparon (lo cual todo se ahorra y escusa en este Reino de Tierra Firme adonde yo escribo esto, por virtud y bondad de nuestra esponjilla, que las abre admirable y facilísimamente, ahora estén afuera o adentro, como se eche moderadamente lavada por clister y con las demás condiciones que requiere de que en su historia tratamos largamente), luego dió muestra la cuartana de quererse despedir con brevedad, y prosiguiendo con su dieta y pócima le ordené que los días de la ceción, cinco horas antes que hubiese de venir, el enfermo se hartase de pescado salado guisado de dos y tres maneras, porque comiese mucho, y de sardinas frescales con muchas uvas y melón, las cuales nunca en aquella tierra faltan, colgadas o frescas, y habiendo bien hinchido la barriga desto y de todo lo demás que se le antojaba y a vueltas dello comió tres o cuatro rábanos y el uno dellos que hubiese estado seis y más horas o toda la noche aderezado con polvos de eléboro blanco bueno y bien escogido en esta manera:

Partían o hendían el rábano a lo largo y polvoreado por adentro con el dicho polvo, lo volvían a cerrar y atado con un hilo a la redonda lo dejaban ansí estar toda la noche, y al tiempo de comer el enfermo se le daba muy bien lavado y lo comía el primero de todos a vuel-

tas del pescado y demás comida, y habiendo comido como dicho es y bebiendo al comer muy largo de agua envinada, porque bebiese más, dejaba pasar media hora o poco más y luego metiendo los dedos y otras veces sin ellos, que por la mucha hartura y embriaguez no era menester, daba con todo ello al través, y haciendo esto por espacio de tres ceciones, aunque ya la pócima era acabada a la cuarta ceción contando desde que empezó a vomitar, se le dió una drama en infusión de los mismos polvos de eléboro blanco y a vueltas de la comida, con que la cuartana acabó de salir de raíz para no volver, y ocho días antes le dije yo cuándo había de acabar, que fué lo que más los admiraba a todos y lo que a mí me hizo cobrar mucho nombre y autoridad.

La manera como se adereza el eléboro para se poder dar sin riesgo y que haga el efeto que queremos es la siguiente:

Tómase de eléboro blanco muy bueno una drama en polvo y atado en un pañito viejo delgado se meterá en un vaso o cubilete que tenga la mitad de medio cuartillo de aguamiel, que haya hervido con un poco de orégano, y después, colándola, echarán como digo el pañito con el eléboro bien atado en remojo en ella a prima noche, y cuatro o cinco horas antes que venga la cuartana darán de comer al enfermo una escudilla de almendrada muy bien hecha y migada con poco pan o bizcocho o bizcochillos, y si quisiere puede beber con ella de la agua cocida algunos tragos, y después que haya comido tomarán el pañito que está con el eléboro en infusión y lo esprimirán en la misma aguamiel bonitamente, de suerte que no reviente el paño ni salga el polvo que en él está, y aquella infusión bien meneada se dará al enfermo a beber fría, y bebida que sea lo dejarán reposar y dormir una hora si quisiere y pudiere y luego dentro en dos horas que la haya bebido comenzará a vomitar con vehemencia y vascas, que sin ellas no se puede bien vomitar, y dentro en cuatro horas después

habrá acabado su obra y la cuartana con ella, y esto sin duda alguna como acaeció a este enfermo de que vamos tratando y a los demás de los otros que entonces se curaron por este orden y a más de ducientos otros que en 50 años después he curado sin que ninguno peligrase ni dejase de sanar.

Por este orden se fueron curando los más de los que restaban, porque algunos dellos sanaran con los vómitos del rábano tan solamente y a las dos monjas que no acabaron de sanar con ellos se les dió una drama de eléboro negro en la misma infusión y purgando por cámara y vómito prósperamente acabron de despedir la cuartana, con que quedaron muy satisfechas.

Aquí es menester advertir antes de acabar esta exquisita cura y tan provechosa, cómo no todos los enfermos tuvieron necesidad de las sangrías de los brazos o brazo que a éste se le hizo, como fué en las monjas y algunos otros enfermos que no mostraron tener tanta repleción ni fuerzas para la sangría, que se hizo en la hora misma de la conjunción de la luna en la mano izquierda, y la provocación de las almorranas son de tanto efeto y provecho en estas fiebres que algunas y muchas veces ellas solas las han curado sin llegar a los demás remedios y por tanto se deben administrar en todos los cuartanarios sin que haya ecepción alguna.

La fiebre quintana, aunque es rara y de Galeno poco vista y conocida, todavía porque algunas veces acontece venir como vimos en esta cibdad de Cartagena en un hijo de Francisco de Trejo de hasta edad de 12 y poco más años, nieto de Juan de Atencia y de Dominica Téllez, la cual puso y causó admiración ansí por ser cosa nueva como por caer y acontecer en tan tierna edad y mucho más por habérsela conocido yo en la primera visita por solamente el pulso y color del rostro, que la vide con cierta conjetura que hice de la relación que me dieron, que por no ser largo no refiero, todavía vuelvo a decir es menester saber que se cura esta fiebre

con esta misma cura de la cuartana, sin embargo de los que dicen que es necesario haber un quinto humor fuera de los cuatro de que se haga, y por el consiguiente también tiene necesidad de cura extraordinaria y nunca vista, porque esta razón es falsa, que la melancolía sola es bastante para hacer esta y otras muchas especies de fiebres, como también las hace de locura, y lo vimos en esta cibdad en el fator del Rey, Juan Velázquez, que padeció cuatro meses una fiebre novenaria con tanta orden que en todos ellos no discrepó un punto, y en el nombre de Dios vimos en un escribano de gobernación casado con una sobrina del capitán Ortega, que conquistó a Vallano, que se decía Hernán Pérez, una fiebre efímera o de 24 horas que le venía de seis a seis meses con mucha orden y concierto por espacio de seis años, de que haremos adelante cuando allá lleguemos discurso, por haber sucedido en ella maravillosas cosas y dinas de perpetua memoria; bástenos por agora haber advertido como todos los demas circuitos que pasan del cuartanario son pusibles sin hacer humor de nuevo y que todos o los más dellos se deben curar con esta cura de la cuartana que merecía estar escrita con letras de oro y el autor que la sacó a luz y puso por obra y la manifestó aquí para el provecho común ser galardonado con agradecimiento, si quiera que el loor de todo ello a Dios nuestro Señor se debe dar, a quien tan justamente se debe.

Agora es de saber que en la Isla de Santo Domingo, adonde residí 8 años, sucedió que faltando el eléboro les daba a los cuartanarios que tenían fuerzas bastantes, en su lugar y en el tiempo que se había de dar dos escrúpulos, que es adarme y medio poco más, de polvos de joanes muy buenos y bien calcinados en una onza de azúcar rosado, y hacían el mismo efeto que el eléboro moderándolos en las mujeres y hombres de poca fuerza y espíritu a media drama, que es el adarme y medio al justo, porque este es el verdadero bocado de Alderete,

con que curaba las bubas por vómito y las he curado yo siempre y fuí el primero que lo sacó a luz ansí en España como en las Indias, porque el Alderete nunca lo quiso manifestar en su vida y en el artículo de la muerte me lo manifestó a mí y a un criado suyo, también estudiante médico, que se decía Mochales, que después fué familiar del Colegio Viejo, que solamente asistimos a su enfermedad y muerte no fiándose de otro alguno; y el Mochales guardándolo para aprovecharse dél a solas como hizo su amo nunca lo quiso manifestar, y yo entendiendo que era mal hecho no publicar remedio de tanta utilidad y provecho a los prójimos lo comencé a divulgar en España y adonde quiera que he residido, por cuyo beneficio yo con los demás médicos que dél han usado sin me lo agradecer habemos remediado más de veinte mil enfermos que padecían grandes tormentos y miserias, de lo que estoy muy contento y no acabo de dar a Dios por ello infinitas gracias y por haber siempre tenido en más la salud y provecho común que el mío y por este celo que siempre he tenido y tengo he querido emprender este trabajo en tiempo y edad tan grave y pesada como es la en que al presente me hallo por no dejar defraudados a mis prójimos destos secretos y espiriencias que en tan largo tengo adquirido y tantas veces esperimentado.

DISCURSO 12

Trata de algunos otros sucesos que antes que saliese de Arévalo sucedieron y de la causa de mi salida de aquella villa.

Luego que en la villa de Arévalo fué Dios servido obrar por mis manos tantas y tan buenas curas y maravillas, se divulgó por todo el contorno la fama, la cual, aunque por la mayor parte suele añadir algo al hecho, aquí no pudo decir tanto que no se dejase de ver por la

obra todo lo que decía y algunas veces más; que al fin era obra de quien lo podía hacer y quedalle el brazo sano; y con esto acudieron de tantas partes a llamarme que aunque me hiciera tres y cuatro no bastara para cumplir con todos.

La primera salida que hize fué para ver y curar a don Enrique de Avila, Señor de Villatoro, que estaba muy peligroso de una fiebre pestilencial de las del tabardillo en su propia villa, adonde lo estaban curando un médico que residía en Avila y el Licenciado Maldonado mi condiscípulo, que residía en Alba de Tormes con buen salario del Duque. Llegado, pues, que fuí hallé al enfermo en una sala baja, que no tenía allí casa alta, tan sin acuerdo y dormido que no fué pusible hacello recordar en dos días que, según me hicieron relación, había que estaba de aquella manera; y comunicando con los médicos algunos remedios para hacello avolver, hallé que todos ellos y muchos otros estaban intentados y no bastaron todos a despertarle ni bastó una campana grande que quitaron del campanario y se la pusieron a la cabecera, más antes parecía que se dormía más al son que con ella le hacían, y viéndolo tan dormido y a mí tan perdido sin saber qué remedio le pudiese hacer que le aprovechase, porque aunque dormido tenía el pulso constante, y los médicos cansados ya de lidiar con él se fueron a dormir, que no habían dormido sueño la noche antes, y me lo echaron a mí a cuestas diciendo que trabajase yo agora.

Estando, pues, en esta perplejidad y confusión sin saber qué poder hacelle, salíme del aposento paseando por un grande patio y cercado que la casa tiene, y mirando a todas partes, entre muchas cosas que en él había, vide una puerca blanca de casta grande, muy larga y poderosa, a la cual estaban mamando diez o doce lechones con mucho ruido y armonía, y vista la puerca y no sabiendo qué poder hacelle volví al aposento y dije a su mujer me mandase dar dos mozos valientes, que

quería intentar cierto remedio. Mandó luego venir dos labradores y díjoles que hiciesen los que les mandase; luego me fuí con ellos donde estaba la puerca y les dije: —Vosotros me habéis de tomar aquella puerca por los pies y traérmela arrastrando adonde está el enfermo. Y partiendo muy diligentes a echarle mano revuelve la puerca sobre ellos y por poco no despedazara el uno, porque el otro trepó por la pared y púsose en talanquera; y luego fueron por una soga, visto el poco remedio y mucho peligro en que se ponían, queriéndola cojer a manos y en lanzándole los pies postreros tiraron della y trujéronla con tanto ruido y estruendo que ella y los lechones hacían que era menester atapar los oídos. Metímosla en el aposento y allí retumbaba más. Atámosla a una media cama de campo en que estaba el enfermo y cerrada la puerta dejamos los lechones fuera. Luego comenzó la puerca a tirar de la cama y llevóla arrastrando por todo el aposento. Fué tanto el ruido y la barahunda y la grita de los lechones y de la gente, que despertó el enfermo; echando mano a una espada que allí tenía colgada salió como loco por el patio buscando a quién poder herir, y abrazándolo por dètrás le quitamos la espada y luego él se dejó caer, que estaba flaco. Acostáronlo y fué tanto el miedo que cobró a la puerca, que nunca más dormió y si algo después dormía era con sobresalto y soñando con la puerca.

Despertaron los médicos también a la grita y al ruido y vinieron a ver lo que era y viendo el enfermo despierto y hablando quedaron atónitos y medio corridos, y diciéndoles la mujer del enfermo que cómo ellos no habían hecho aquel remedio respondió el Maldonado que no aprendieron ellos a hacer remedios puercos, y con esto quedaron satisfechos.

Tratamos aquella noche lo demás que se le debía hacer y dejándolos con la cura me partí muy de mañana para Avila, que habían venido a llamar a grande priesa

para el racionero Medrano, que tenía una cuartana y se le había hecho continua y puéstolo en mucho aprieto.

Llegado que fuí a Avila y habiendo visto el enfermo con todo lo demás necesario, hícele luego sangrar del brazo derecho y de la vena de todo el cuerpo sacándole ocho onzas de sangre, por cuanto la cuartana se había hecho continua y muy exorbitante y recia por razón de un golpe de vino que tomó con ajos y pimienta para librarse del recio frío que padecía, que ansí se lo habían aconsejado, y fué tan grande la calentura, que tuvo necesidad de aquella sangría y de otra tan copiosa que al otro día se le dió y más de dejar la cura y dieta de la cuartana, porque iba perdiendo tierra y tenía ya el juicio turbado, y ansí fué necesario echarle ventosas sajadas, darle a comer calabaza y pollos y algunas almendradas de las semientes frías con un jarabe de endibia y violado que tres días debió, después del cual le purgué con caña fístola y jarabe de nueve infusiones, con que purgó bien, y después le hice sangrar del hígado, que lo tenía muy inflado y con notable tumor. y con esto recuperó lo que había perdido del juicio y la fiebre se fué metigando con untalle hígado y riñones con los ungüentos acostumbrados, que son sandalino con aceite violado para el hígado y ungüento rosado para los lomos; pero no dejaba todavía de ser continua, por lo cual y porque tenía la lengua áspera y negra le ordené el decocto o apocia estinctorio que el Dotor Alderete usaba en las fiebres ardientes, que tal se hizo ésta por beneficio del vino, cuya receta es la siguiente:

Toma de raíces de achicoria frescas dos manojos, de cebada tres puñados, de pasas sin granillos media libra, 20 ciruelas pasas, 2 onzas de tamarindo, de las cuatro simientes frías de cada cual media onza. Cueza todo bien machacado primero en 12 cuartillos de agua hasta que mengüe los tres; sáquese después todo, colándolo y esprimiéndolo reciamente, y a lo que quedare se echan seis onzas de jarabe acetoso compuesto y seis onzas de

espume, y después se cuela y guarda en un vidrio o vaso vidriado y en parte muy fresca porque ture, para lo cual se le tiene de pasar un hervor poca cosa, cada tercero día, echándole cada vez poco más de media onza de azúcar y desta manera se sustentará hasta que se acabe de beber.

Deste cocimiento tomaba medio cuartillo al amanecer y otro medio a las dos horas después de medio día y otro a la noche cuando se quería dormir y con esto y con un oxirrodino o defensivo que se le ponía en la frente y toda la mollera tuvo fin de la fiebre contina y volvió a quedar con su cuartana sencilla y tan debilitado que no se pudo curar della ni mudársele la dieta por entonces por cuanto el hígado estaba muy maltratado y no lo permitía.

Quedóse con esto el buen racionero y no hizo poco en quedar y yo me volví para Arévalo, adonde hallé un criado de D. Diego de Zúñiga, que me estaba esperando para que fuese a curar un hijo suyo a Flores Dávila, adonde residía, mayorazgo de poca edad, poco más de cuatro años, que tenía unas recias calenturas y llegado allí y curado el muchacho en diez días después que llegué, porque ya había otros cuatro o cinco que estaba enfermo, salió el padre con diez doblones en la mano y otros diez en la otra con una baraja de naipes y escarrapachándose sobre una banca que estaba alrededor del fuego, que hacía frío entonces, me dijo: Pásese al otro cabo, y: —Aquí están estos diez doblones que son suyos; eche, y si le dijere bien, llevaráse estos otros diez y sino iráse cantando las tres ánades madre. No lo hubo dicho cuando me siento y me dí tan buena maña que a pocas suertes quedé sin blanca ansí de los doblones como de lo demás que yo llevaba; lo que visto por su mujer y el mucho trabajo que habíamos pasado en curar el muchacho me hizo un presente de ropa blanca y dos libras de azafrán, que se coge allí mucho, con que se soldó algo de la pérdida. Era esta señora hija del famoso Dotor Benavente, catedrático

de Vísperas en Cánones en Salamanca, y me conocía desde cuando estaba en casa de su padre, que iba a la prática con Alderete que curaba en su casa.

La manera y medio que se tuvo para curar el muchacho no me pareció justo dejarla de escrebir para si aconteciere otro semejante, que cada día lo vemos, sepa el letor este remedio que es el mejor de todos y se aproveche dél.

Era el mochacho, como ya dije, de cuatro años y meses y tan regalado que en todo día y noche no dejaba de llorar, no comía bocado ni se le podía hacer beber más de agua pura, porque jarabe ni otra cosa aunque fuese caldo solo era por demás. La fiebre que tenía era continua y colérica, de mucha fruta que había comido; para haberle de echar una melecina hundía la casa a gritos y la madre decía que quería antes que se muriese que vello hacer aquello. Tomé por acuerdo y último remedio que el alma que lo había criado, que estaba ya otra vez parida, le volviese la teta y aunque a la sazón no la quiso tomar, de noche medio dormido y sin luz la vino a tomar y después nunca más la rehusó. Visto que la calentura con la leche no le menguaba antes iba en crecimiento, porque la leche es mala para semejantes fiebres, acordé de purgar el ama en la forma que se sigue:

Tomados dos o tres jarabes de endibia y habiendo tenido la dieta fría y húmeda como convenía, le dí al día siguiente una purga de seis dramas de pulpa de caña de fístola, media onza de diafénicos, tres dramas de eletuario de zumo de rosas en cocimiento de tamarindos. Esta la bebió no al amanecer como se suele hacer sino al tiempo que se acostaba y era hora de dormir, con aviso de que tuviese toda la noche el muchacho el pecho mamando. Hízolo como le fué mandado y al cuarto del alba y antes comenzaron el ama y el muchacho a hacer cámaras y cuando vino el día tenía el muchacho arrojado en la ropa y cama más de un azumbre de un humor tan amarillo que parecía azafrán desleído y el ama había hecho

seis o siete grandes cámaras. Mandéle luego dar de comer sin especias y que la hartasen de agua fría.

Luego se hizo un hungüento del rosado y refrigerante de Galeno con la tercia parte de zumo de verdolagas y untando cada día dos veces al muchacho todo el cerro con él y el ama las tetas y hígado fué Dios servido que al catorceno acabó la calentura con mucho placer de los padres que no tenían otro a la sazón y con mucho trabajo mío.

Lo que aquí hay que notar es que se le dió al ama aquella purga tan recia porque habiendo de pasar por tantos alcadruces y digistiones para llegar a la leche, no pudiera llevar fuerza para purgar el niño como convenía si no era siendo tan potente y eficaz.

Muchas otras salidas hice de Arévalo que sería larga historia querellas contar todas, juntamente con las enfermedades para que me llamaban, porque eran ordinarias y comunes sin haber en ellas cosa maravillosa ni de que echar mano, como fué una calentura lenta que curé al arzobispo de Sevilla estando en Horcajo, tierra de Arévalo, y lugar que él a la sazón había comprado al rey en 30.000 ducados. Era este el arzobispo D. Hernando de Valdés. Y otra del tabardete que curé a D. Juan de Bracamonte, Señor de Peñaranda, en compañía del médico del Duque de Alba, y otro montón dellas y de otras enfermedades que curé en los hombres de armas y hidalgos que residen en aquella tierra de Arévalo que, como dicho tengo, es muy grande y muy rica; las cuales todas dejadas a una parte, solamente quiero escrebir de una que hice a una sobrina del Comendador Velón, del hábito de S. Juan de Rodas, porque se podrá della sacar algún provecho y remedio más que ordinario y por esto no es bien pasalla en silencio.

Es, pues, el caso que en la villa de Madrigal, afamada por los buenos vinos que cría, enfermó esta doncella siendo de edad de diez años hasta once de una grave oftalmia o ceguera. No fué curada como convenía por

no haber allí a la sazón médico suficiente, y por esto y por haber sido la inflamación muy grande le quedaron entreambos ojos empañados y cubiertos de suerte que quedó ciega del todo, cosa que hacía grande lástima a cuantos la veían, cuanto más al tío y padres que la amaban con estremo por no tener otra y por ser, como era, muy hermosa; y como yo en aquel tiempo estuviese en Astudillo, tierra de Arévalo, legua y media distante de Madrigal, curando un labrador rico que se decia Antonio Mondrego, tuvo noticia el Comendador Velón que residía en Madrigal, de mí y vino en persona a buscarme y haciéndome dejar el villano a media cura me llevó consigo y mostrándome la muchacha y viendo que no veía cosa alguna le dije: —Señor, esto más es dar vista a los ciegos que curar enfermo; si fuera en el tiempo que Cristo nuestro Redentor andaba en la tierra, fácil tenía el remedio esta señora, pero de otra manera yo lo tengo por muy dificultoso y dudoso. Sepa Vm., le dije, si hay en Salamanca o Zamora alguno que sepa curar cataratas y llámenle, que será lo mejor y más breve y cierto. A lo que me respondió que ya su padre había traído uno que estaba en Valladolid y andaba con la corte con harta costa y después de llegado no se atrevió a curarla diciendo que no eran cataratas sino una sufusión que llaman los médicos, que no se podía coger con la aguja por ser muy delgada y estar muy dilatada y que mejor se quitaría con remedios otros si hubiese médico docto que supiese usar dellos, porque lo demás era dalle mucho tormento con poco o ningún efeto.

Vista, pues, la razón que había dado el empírico ocular io, que no me pareció mala, y que la mochacha era robusta, bien acomplisionada, regalada y bien mantenida, ordénole luego la atenuante dieta de que atrás hice mención y sangrándola dos veces cada una de su brazo y de la vena de todo el cuerpo que en efeto es la de la cabeza, porque la verdadera de todo el cuerpo pocos médicos la conocen sino son los muy ejercitados

en la Anatomía, y ningún barbero jamás la sangra, y juntamente con esto tomó cinco jarabes de las cinco raíces con agua de hinojo porque no tenía calentura y luego la purgué con una drama de píldoras lucis con tres gramos de diagridio con que purgó valerosamente y después de todo esto hecho la ordené el siguiente colirio:

Toma de vino muy blanco y muy delgado cuatro onzas o la mitad de medio cuartillo, de zumo de hinojo clasificado dos onzas, de alcanfor dos adarmes o una drama, de tucia alejandrina drama y media o tres adarmes, de gengibre media drama o un adarme, de miel de abejas cuatro onzas o la mitad de medio cuartillo. Echese todo junto en vasija de cobre, no de azofar, y guárdese por espacio de nueve días a la sombra y al cabo de ellos se destilará por fieltro, que es una mecha gruesa de lana o de algodón o paño de lino bien limpio, y se guardará en vidrio. Y en cuanto esta admirable agua se hacía le hice que le lamiesen los ojos con la lengua teniendo un grueso grano de sal en la boca tres veces al día de mañana en ayunas y a las once del día una hora antes de comer y a las cuatro de la tarde o cuatro horas después de haber comido; con lo cual se le adelgazaron tanto las nubes o sufisión que veía ya los bultos antes de llegar al uso del agua o colirio que se estaba haciendo, y andaba ya sin guía.

Acabada de fabricar el agua, comenzó a usar della no dejando el beneficio del lamer, sino que en acabando de lamerla se acostaba boca arriba y abriéndole los ojos con la mano le echaban en cada uno dellos dos gotas del agua con una pluma y teniéndola buen rato y algunas veces quedándose dormida con ella iba cada día en grande aumento la vista.

Estaba en este tiempo enferma la Marquesa de las Navas, de un zaratán ulcerado en un pecho y sabiendo el marqués de la salud y cura de Don Juan de Bracamonte, de que tenía mucha cuenta y cuidado porque pensaba

casallo con una hija suya, como después sucedió, envióle a dar el pláceme y que la Marquesa estaba muy enferma y deseaba mucho verlo y hablarle, que si se hallaba en disposición para ello viniese luego a verla y trujese consigo el médico de Arévalo que lo había curado, porque le decían tantas cosas dél que lo obligaba a llamarlo aunque tenía allá cuatro médicos y otros tantos zurujanos los mejores que había en todo aquel distrito.

Vista la carta del marqués, se puso luego el don Juan en camino y llegando a Ragama, lugar de tierra de Arévalo, le dijeron unos hidalgos que allí viven que se dicen los Clementes, adonde se apeó a comer, cómo yo estaba en Madrigal curando la sobrina del Comendador Velón, hija de una hermana suya que allí estaba casada. Partióse luego en comiendo y llegó a Madrigal muy temprano, porque no hay de Ragama allá más de tres leguas pequeñas. Fué muy bien recebido y hospedado del Comendador que le dió una bizarra cena a la cual ayudaron dos primas hermanas monjas que Don Juan allí tenía en un monesterio muy rico que allí hay de Agustinas, que le enviaron gran cantidad de conservas y frutas dulces de que me cupo buena parte.

Acabado de cenar le dijo el Don Juan cómo iba para llevarme a ver la Marquesa y que no podría ser otra cosa por lo mucho que todos ellos debían servir al Marqués, que es la cabeza y patrón de todos aquellos hidalgos que por allí están derramados. Sintiólo mucho el Comendador y tomóle la palabra que me volvería allí lo más breve que fuese pusible y a mí me encargó me despachase con brevedad, pues que había allá copia de médicos, y le dejase en tanto el orden que se había de tener con la sobrina. Y el orden fué que fuese prosiguiendo con aquellos dos remedios hasta que yo volviese.

Al otro dia siguiente salimos de Madrigal algo tarde don Juan y yo, porque se detuvo en visitar las primas monjas y porque el Comendador no quiso que nos fué-

semos sin almorzar y fué tal el almuerzo, que sirvio de comida; y sobremesa hizo dos habilidades y gracias de muchas que este Comendador tenía y fué la una que hincó con la mano sin piedra ni martillo ni otra cosa que lo valiese un clavo mayor que de tillado en una pared de tapia vieja y tan dura como una piedra, y lo hincó hasta la cabeza; y la otra fué que le daban un clavo del mismo tamaño con señal que no se podía trocar y metiendo las manos en bajo la capa porque no viesen como lo hacía lo sacaba torcido como cabo de asador. Era demás desto el mejor estradiote y justador que se hallaba en toda Castilla.

Llegamos de noche a las Navas y el Marqués nos recibió con mucha benevolencia y entrados a ver la Marquesa, hedía que no había cristiano que pudiese estar en el aposento; y sin más ver vide luego el poco remedio que tenía. Toméle el pulso y teníalo ya muy estragado. Dije que me quería ver con los médicos y zurujanos que la curaban. Vinieron luego y habiéndome hecho relación de la enfermedad, les dije que por qué no la curaban cuatro veces al día para evitar aquella putrefación y mal olor. Dijeron que no la curaban sino seis y que de allí a hora y media la habían de curar para dejarla dormir y que entonces vería lo que pasaban con ella.

En este ínterin nos llamaron para cenar y cenamos don Juan y yo marquesalmente y habiendo cenado, d'ahí a poco rato vinieron a curalla, y desvendada que fué era tanto el hedor que no bastaban vinagres, aguas ni perfumes para podello evitar. Tenía todo el pecho comido y la llaga negra y un agujero que entraba adentro un grande palmo. Jeringáronla y salía una materia negra hedionda que no tenía rastro de cocimiento. Preguntéles a los dotores qué sentían de aquello y respondiéronme que ya la curaban como muerta. Preguntéles si lo sabía el Marqués. Dieron que no se lo habían querido decir por no alterarlo, pero que ella había ya rece-

bido los Sacramentos una y más veces y tenía hecho testamento. Acabóse con esto la consulta y el Marqués me apartó luego y me preguntó si tenía algún remedio. Yo le respondí que aquella enfermedad aun a los principios lo tenía muy dudoso y poco, cuanto más estando tan adelante como estaba, que lo que entendía dello era que dentro de ocho días la llevaría Dios para sí y la despenaría de tanto trabajo como padecía. Agradeciómelo mucho y dijo que cómo los médicos no le habían dicho nada deso. —Por no disgustar a V. S. respondí yo, que en lo demás ansí lo entienden. Dió una palmada grande con las manos y díjome: —Pues ¿qué quiere agora hacer? —Querríame volver de mañana si V. S. me da licencia porque queda la sobrina del Comendador a media cura y tiene necesidad de mi presencia. Llamó luego un mayordomo suyo y díjole que se fuese comigo hasta Madrigal porque don Juan no podía volver tan presto.

Vuelto que fuí a Madrigal hallé mi enferma con mucha mejoría y viendo que las nubes o sufusión de entrambos ojos iban de vencida y dejaban ya veer a la mochacha notablemente, tanto que distinguía ya los bultos y conocía las personas. Aprieto con la cura y hago que en lugar del agua que le echaban a la mañana le échasen dos hieles de gallinas o pollos que cada día allí mataban, cada una en su ojo y la manera de echarlas era la siguiente:

Sacaban las hieles de sus hígados con un cuchillito delgado y muy agudo porque saliesen enteras y con bastante asidero o penzón y estando la enferma acostada boca arriba le abrían el ojo con dos manos y otra persona tenía encima dél colgada la hiel bien en derecho del ojo, y cortándole por abajo el fondillo con una tijeras caía toda la hiel ansí fresca en el ojo y habiendo reposado con ella un cuarto de hora hacían lo mismo en el otro ojo, y esto se hacía después de haber lamídole entrambos ojos con la sal como de antes y una vez al día

que era la primera luego de mañana y en el resto del dia se procedía como de antes con lamer y el agua.

Añadíle luego otro remedio a éste, que él solo es de tanta importancia y efeto que tengo yo visto a muchos ciegos de poco tiempo, como lo era esta moza, sanar con él y cobrar suficiente vista para poder vivir sin tanta falta: de los cuales fué uno el Dotor Alderete, que siendo de 80 años y no viendo ya cosa alguna, con solo este remedio cobró tanta vista que pudo leer la cátreda de Prima de Medicina diez años adelante y esto sin antojos; y Juan de Meneses, hombre principal y escribano mayor desta gobernación de Cartagena, no teniendo más de un ojo que le sirviese se le vino a empañar de tal manera que ya no le servía y por mi consejo usó deste remedio después de muchos otros que con poco efeto había esperimentado y con él restauró la vista de suerte que escribe y usa muy honradamente su oficio y juega al ajedrez, que no requiere poca vista, y todo ello con antojos. De muchos otros enfermos pudiera contar que con el mismo remedio sanaron, más baste para tenello en mucho lo dicho y lo que sucedió con él en esta enferma que luego diremos.

Es este remedio muy fácil de hacer y muy barato, porque siempre lo bueno cuesta poco. Tomen dos cucharadas de miel de abejas buena, y no habiéndola, de otra cualquiera, y seis de agua clara y si fuere cocida con anís es mejor, y en una redomita o vaso cualquiera lo juntarán y mezclarán muy bien, y si quisieren que tenga más fuerza y haga más obra, le echarán a esta cantidad un adarme de pelitre molido, y este es el remedio que los médicos llaman caput purgium y el que hace todos estos milagros que habemos dicho usando dél metódicamente y como conviene, que es después de las evacuaciones universales; y para acabar de gastar y consumir las reliquias de la enfermedad que vamos curando, de todas las demás que a los ojos suelen empecer y todas las de la

cabeza, que no son pocas porque entran en ellas las de los oídos y narices, que por no ser largo no refiero.

Este es, pues, el cuarto remedio que añidimos a los de que la enferma usaba, que son el agua admirable, el lamerle los ojos y la hiel de las aves o de pescados en su lugar, por manera que entrando luego de mañana lamiendo los ojos echaban la hiel en acabando de se los lamer, y esto en esta primera cura, que en las demás echaban el agua y habiendo concluído con la hiel o agua entraba luego este caput purgium o aguamil, la cual tomaba en esta manera:

Echábanla en un aguamanil de vidrio o vaso que tenga pico largo y angosto y metiendo el pico bien adentro de la nariz dejaban caer el agua miel y sorbiéndola el enfermo para arriba como quien sorbe mocos la echaba cada vez por la boca y haciendo esto tres veces y más por cualquiera de las ventanas, se cumple con este remedio tan provechoso; pero tiénese de tener cuenta con hacer el agua fresca cada día y en la cantidad que baste para tomarla una o más veces las que fueren necesario, que para sanar son menester más que para conservar que no enfermen, y ansí esta enferma lo tomaba tres veces al día hasta estar sana, que lo estuvo en menos de 15 días después que la comenzó a tomar y después con una vez le bastaba.

Tuvo tan buen suceso esta cura como habemos dicho porque demás de los remedios haber sido muy escogidos y bastantes, el sugeto era fuerte y bien acondicionado a lo que ayudaba ser las nubes o paño reciente y de poco tiempo, por lo que estaba tan delgado que en ninguna manera con aguja se podía quitar; por lo cual es de saber como regla general y provechosa que las nubes viejas y callosas y endurecidas en ninguna manera se pueden ni deben curar con remedios medicinales porque agravian el ojo y no hacen provecho en lo de la vista y las que fueren modernas y delgadas como ésta no se de-

ben ni pueden curar con el aguja y será tiempo perdido y tormento ganado querer hacer otra cosa.

Dentro en seis días después que volví a Madrigal llegó nueva de cómo era muerta la Marquesa de las Navas; y yo acabada que fué la cura de la mochacha y dejándola sana y con vista y a sus padres y tío muy contentos, me volví también contento y bien pagado a mi casa, adonde hallé cantidad de monjas y frailes enfermos que me estaban esperando, por lo cual no pude salir de Arévalo tan presto, aunque cada día me venían a llamar para hidalgos y gente noble de la mucha que está derramada por su tierra, hasta en tanto que mudándose la Corte de Valladolid a Toledo, como entonces se mudó, le cupo a Rui Gómez de Silva, Duque de Pastrana, pasar por Arévalo, que se había repartido la Corte por tres caminos, por cuanto uno ni dos no eran bastantes para tanta multitud y costa, y ansí fué el Rey por Guadarrama y el Príncipe Don Carlos por Villacastín y al Duque Rui Gómez, que era la tercera persona, aunque en la opinión de algunos, la primera, le cupo, como dije, venir por Arévalo tan enfermo y cuartanario que le fué necesario llevarme consigo, como en el Discurso siguiente más largamente veremos.

Largo Discurso ha sido éste, pero poco molesto y enfadoso, por haber tratado de diversas materias, sucesos y enfermedades que, siendo con atención leídos y notados, no deja de sacarse dellos notable provecho, y puede de camino el lector advertir que para mi honra y provecho aquéllas eran las verdaderas Indias y que el médico que aquéllo tiene en lo mejor de Castilla no tiene necesidad de pasar a las Indias, si Dios, como tengo dicho y veremos en lo que sucedió, por los cabellos no me trujera para servirse en ellas de mi poco talento y su mucha gracia, que comigo en lo tocante a este ministerio fué servido de repartir.

DISCURSO 13

TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ CON LA VENIDA DEL PRÍNCIPE RUIGÓMEZ A ARÉVALO Y DE LA CUARTANA QUE LE CURÉ.

Estando yo en Arévalo muy contento, rico y regalado, proveyó Dios que lo dejase todo tan de repente que lo tuviera yo por impusible a no ser con la muerte o de la manera que ello fué, porque si de Salamanca me llamarán para la cátreda de Prima no lo tuviera por tan buen partido como aquél y estuviera en mucha duda para habello de dejar por ella. Fué, pues, mi mudanza en esta manera:

Cúpole, como dicho tengo, a Ruigómez de Silva, mudarse de Valladolid a Toledo con la Corte, que en aquel tiempo se mudó por la vía de Arévalo, y llegado que llegó a aquella villa por la posta, y cuartanario de más de dos meses, fué a posar con el Corregidor della, que era el licenciado Parada, vasallo suyo y su criado, a quien él había casado con una dama de la condesa de Medellín y le había dado aquella vara, que era de tanto y más provecho que la de Salamanca, y luego en apeándose se acostó y le dieron de beber una conserva, que dijo no quería comer porque esperaba la cuartana. Sería esto como a mediodía y dende a dos horas o poco menos le vino la cuartana con tanto frío y barahunda, que hacía temblar la cama y todo el aposento. Espantado el Corregidor de ver tal cosa, le dijo: —¿Es pusible, señor, que los médicos del Rey no pueden quitar esa cuartana o a lo menos metigalla para que no tratara tan mal a V. E.? —¿Cuándo diablos visteis vos —respondió— a médico del Rey ni a otro alguno sanar cuartana? —Sí, señor, dijo el Corregidor, que aquí está un estudiante que la villa trujo de Salamanca, que las quita volando. —Debístelo de soñar. —No es sueño, que aquí están

estos señores que lo han visto. Estaban vesitándolo regidores y gente prencipal del pueblo y luego dijo uno dellos, que se decía Gerónimo de Mercado: —No es fábula, señor, que yo soy uno de los que curó, y sin mí ha curado otros muchos, y todos han sanado. —Llámenme acá algunos dellos, dijo el enfermo. Y luego fué un alguacil a pedirme el nombre de los que había curado y le dí por memoria 13 ó 14 dellos y más las dos monjas que atrás dije. Trujéronle luego allí la mayor parte dellos, de quien se informó bastantemente y informado que fué dijo al Corregidor que me enviase a llamar. Vine como a las cuatro de la tarde, habiendo poco menos de dos horas que estaba con el frío, y habiendo hecho el debido acatamiento me llegué para tomarle el pulso y todavía tenía brazos y cabeza metidos debajo la ropa. Sacó la cabeza y miróme y dijo: —¿Es el que sana las cuartanas? —No, señor, respondí yo, que Dios las sana, que yo no hago más de curallas. —Bueno va eso, dijo. Pues siéntese y tómeme el pulso. En esto me trujeron una silla rasa y sentado en ella, quedando todos los demás en pie y el Corregidor entre ellos, le tomé el pulso y le dije: —Dispidiéndose va el frío. —Dice verdad. ¿Cuándo se me quitará la calentura? Ansí es. Y comer ¿cuándo podré? —Una hora o dos antes que se despida. —Y ¿qué tengo de comer? que no puedo ver ave ni pollo, ni guisado adonde entre. —Comerá de un conejo gazapo y de un perdigón. —Pues quitábanmelos ésos por carne y seca y melancólica. —Es tener en qué entender, le dije, que más es eso tener que mandar y atormentar al enfermo que curalle la cuartana. —De mi humor es, dijo; yo creo que nos casaremos.

En esto me levanté de la silla, que tenía vergüenza de estar sentado estando el Corregidor y los demás en pie, entre los cuales habia muchos del hábito. Díjome: —No se vaya. —No voy, señor, le respondí. Luego dijo al Corregidor: —Muy mozo es este vuestro dotor, y esto que aquí ha hecho en este pueblo ni

se lo han de creer a él ni a mí aunque lo diga, y por tanto quiero que esos enfermos que ha curado y las monjas entre ellos, digan sus dichos ante un escribano público para llevar dello testimonio bastante, porque es una cosa tan nueva que si yo no hubiera visto los enfermos tampoco la creería.

Luego al punto mandó el Corregidor a Ventura Velázquez que presente estaba, que era escribano público y de cabildo de aquella villa, que enviase a llamar los testigos uno a uno y se comenzasen a examinar; y a mí me preguntó el enfermo qué podría comer en cuanto pasaba la noche para entretenerse hasta que fuese hora de comer. —De una granada deshecha en agua y de unos gajos de naranja o lima dulce, y si fuese más menester, de un pero real mondado. —Y beber, ¿cuándo beberé? —De media noche en adelante cuando fuese en declinación la calentura, le dije. —Pues ¿sabe lo que ha de hacer?, me dijo luego. Váyase a su casa y enfardele sus libros y hato y a media noche estarán a su puerta cuatro acémilas mías que dejarán aquí sus cargas y en ellas lo cargue todo y véngase aquí a la hora que tengo de beber y después cuando sea hora almorzaremos, porque se tiene de ir comigo por la posta, que me está el rey aguardando. —Jesús, señor, tengo cien mil embarazos y cobranzas y demás deso no bastan ocho acémilas para llevar el hato y argadijos que tengo. Váyase agora V. E., pues viene de tanta priesa, que en estando despachado yo iré luego. —Deje una memoria del hato y lo que le deben al Corregidor, que él lo enviará a buen recaudo, y haga lo que le digo. Miróme el Corregidor y díjome por señas poniendo la mano en la boca que no hablase más palabra.

Despedíme diciendo que haría lo que mandaba S. E. y luego puse por obra lo que me dijo y cargado que hube seis cajones de libros que tenía y dos cajas de ropa con algunas otras cosas necesarias, hice una memoria de todas las demás baratijas, que no eran pocas,

y de lo que me debía la villa y algunos otros vecinos y dejándola al Corregidor para que lo vendiese y me lo enviase, porque luego se me figuró que no había de volver más a Arévalo, me fuí con el Duque a Toledo adonde hallamos al Rey, que había llegado dos días antes, y aposentados que fuimos en las bóbedas del Alcázar, donde estaba el Rey, luego en llegando envió a D. Diego de Córdoba que vesitase de su parte al Duque y le preguntase cómo venía de su cuartana; a lo sue respondió que muy contento, no tanto por la mejoría de la cuartana cuanto porque había hallado un médico en el camino que las curaba con facilidad, y esperaba en Dios de estar muy presto sin ella para poder servir a S. M. como era razón y él deseaba.

Estaba el Rey comiendo cuando don Diego le dió la respuesta y con él los protomédicos, que el uno se decía el Dotor Olivares, a los cuales dijo el Rey: —¿Qué médico puede traer que cure lo que vosotros no habéis podido? Luego respondió el Olivares: —Será algún charlatán engañamundo de muchos que andan por todo el reino que tiene necesidad de visita y pesquisidor particular para castigallos y desterrallos, que son muy perjudiciales. —Pues ¿por qué vosotros no habéis puesto deligencia y remedio en eso?, les dijo el Rey. Dieron por escusa la mudanza de la Corte y que luego se proveiría. —Pues andad, les dijo, y mirad qué médico es ese que trae Rui Gómez, no le engañe en negocio que no importa menos que la vida.

Luego en acabando de comer fueron los protomédicos, y habiendo visitado al Duque y hecho su parlamento, le dijeron: —El Rey nos ha mandado que veamos y examinemos un médico que V. E. trae para que le cure, que como a V. E. no se le entiende deste menester, podrá ser que haya topado con algún charlatán, que en vez de quitarle la cuartana le quite la vida. —No, señor; no es charlatán, sino un estudiante ya graduado y aprobado por los catredáticos de Salamanca, por

cuyo parecer y consejo lo trujo la villa de Arévalo con grande salario para que los curase desta pestilencia pasada, el cual, como yo supe por verdadera información, ha hecho maravillosas curas de diversas enfermedades, entre las cuales ha curado muchas fiebres cuartanas con mucha facilidad, como V. ms. verán en una información que dello hice hacer. —Pues veámosle, dijeron ellos. Y despachando muchos pajes y criados que me buscasen, porque había salido a ver y andar aquella cibdad, que era la primera vez que había entrado en ella y habiéndome hallado contemplando el ingenio de Joanelo con que se sube el agua del Tajo, me llevaron muy apriesa, sin decirme para qué.

Entrado que fuí en el aposento, hallo mis doctores sentados a la cabecera del enfermo con gran magestad y autoridad. Quítoles el sombrero, porque aun entonces andaba con el hábito de camino, y hecha una grande reverencia me dijo el Olivares: —¿Sois, señor, el que ha de curar a S. E.? Yo respondi muy mesurado: —No, señor. En esto miró al Duque y díjole el Duque: —El es. Volvió para mí y díjome: —No tengáis miedo, que aquí no venimos a hacer mal ni a quitaros la cura, sino para que nos digáis con qué remedios lo habéis de curar, porque ansí conviene y el Rey nos lo ha mandado que lo veamos; por tanto, decidnos si sois vos. —No soy yo, señor, les volví a decir, porque si yo fuera quien lo había de curar no me tratara Vm. desa manera. Y con esto hice otra reverencia y salíme del aposento sin aguardar más razones. La Duquesa y Princesa de Mélito, que estaba a los pies de la cama, hubo de reventar de risa, y no aprovechándole abanillo ni otra cosa, le fué necesario levantarse y volver las espaldas y meterse en la recámara. El Duque, viéndolos que estaban corridos acudióles con decilles: —Suplico a Vms. me lo traten bien porque les certifico que estaba tan bien puesto que no tenía envidia de los médicos de la Corte. —Señor, nosotros no sabíamos nada deso, y vímosle en hábito que

tenía más talle de lacayo que de médico y ansí no se hizo con él cosa que no debía. —Pues vayan Vms. y vénganse de mañana, que yo lo habré desenojado y hará lo que mandaren.

Saliéronse con esto los protomédicos Gálvez y Olivares mohinos y mormurando y no dieron respuesta al Rey ni entraron en la recámara hasta en tanto que otro día muy de mañana volvieron y con ellos el Dotor Cornelio, flamenco, médico que fué de la reina María, que poco ha había fallecido, y él había quedado por médico del Rey y lo podía ser con muy justo título, porque era muy doto, y habiéndome dicho la noche antes el Duque cómo habían de volver y que le había contentado mucho lo que había hecho, hice desliar muy de mañana mis cajas y sacando mi ropa me puse una de manga ancha, como las que usan agora los oidores, de raso, aforrada toda en felpa, con mi gorra y zapatos de terciopelo, calzas enteras y sayo de lo mismo, con una grande cadena de oro que me mandó la Duquesa me la pusiese para el efeto, que se me quedó para siempre, una sortija que después vendí en 400 ducados, que era de un rubí y un zafiro parejos engastados juntos, que me había dado la hermana del Comendador Velón y la apreciaron todos los que dello entendían en 500 ducados, guantes de ámbar muy ricos, que también me envió la Duquesa para haber de salir a la fiesta o comedia, que tal parecía ella, y dos pajes tras de mí bien vestidos. Estuve esperando en mi aposento que me enviasen a llamar, y llamado que fuí, entro con grande estruendo de los tafetanes y de toda la gente de casa que iban a ver la comedia. Luego en entrando se levantaron los dotores y haciéndome la misma reverencia que yo a ellos, me mandaron sentar diciendo: —Agora trae Vm. talle de médico y de poder curar a un Príncipe como es el Señor Ruy Gómez de Silva. —Pues el mismo soy que el de ayer, respondí yo, sino que en este tiempo, por la gracia de Dios, más honra se hace al vestido que a la persona. Luego dijo el

Gálvez: Dejémonos de cumplimientos y hagamos lo que nos es mandado, que hay mucho que vesitar. Allí habló el Olivares y dijo: —Vm. ¿por dónde es graduado? —Por Salamanca, dije, y si quieren ver mis títulos, no están muy lejos. Y en esto dijo el Duque: —No es menester, que ya yo estoy satisfecho dello. —Vm. ha de saber, volvió el Olivares, que el Rey nuestro Señor tiene mucha necesidad y cuidado de la salud de S. E y habiendo venido a su noticia que traía médico que le prometía de le curar y sanar la cuartana, causóle sospecha, por cuanto los médicos letrados nunca prometen semejantes promesas aunque sea en un panadizo, que es usurpar el oficio a Dios, cuanto más en la cuartana, que no se sabe hoy médico en toda España ni Italia que le sepa dar remedio cierto, si no es que con buen regimiento por curso de tiempo se va ella acabando. A esto respondió el Duque: —Engañaron a S. M., porque preguntándole yo cuando me le trajeron para que me viese si era el que sanaba las cuartanas, me respondió que no, que él solamente las curaba y Dios las sanaba, y certifico a Vms. que me contentó tanto la respuesta, que luego se me figuró que las curaba y de suerte que sanaban. —Plega a Dios, dijo el dotor. —En eso no tengan duda, dijo Ruy Gómez, que yo traigo una información de muchas que ha curado y todas se han quitado cuando él les decía que se habían de quitar, sin faltar una. —Más es eso que el quitallas, dijo el Gálvez. Menester será que veamos esa información.

Luego mandó el Duque a un secretario que la tenía y la trujo y se la leyó de verbo ad verbum. —Bien está, dijeron ellos. Veamos agora la manera y remedios con que las cura, que bien será pusible que sanen a unos y dañen a otros, que no todos tienen una complisión y naturaleza. Aquí comencé yo en buen latín, que me era entonces muy fácil el hablallo, aunque fuese de repente, y a pocas palabras me fueron a la mano, diciendo que hablase romance, por amor de S. E., a lo que res-

pondió: —Por mí no lo deje, que también deprendí los nominativos, pero la Duquesa y los demás se holgarán de entendello.

—Cosa notoria es, dije yo, como Vms. mejor saben, que todos los médicos antiguos, como fueron Hipócrates y Galeno, y los demás de su tiempo, y más adelante en el tiempo de Avicena, curaban las enfermedades causadas de humor melancólico, como son las fiebres cuartanas y la locura y otras muchas que este maldito furón engendra, con el vómito provocado con el eléboro blanco, habiendo otros muchos remedios que lo provocaban y provocan hoy en día sin tanto alboroto ni pesadumbre, que parece que en alguna manera pone en riesgo al enfermo, y al médico que no es de mucho ánimo le ponen notable miedo y confusión los acidentes y barahundas con que hace su obra, por lo cual ha 300 y más años que los médicos lo dejaron de usar por no meterse en cuidado y aprieto a trueco de agena salud, mayormente curando señores que con cualquiera desmán o acidente luego amenazan al médico de muerte, y ansí tienen por más sano consejo que padezcan ellos la enfermedad que no el médico la calunia y disgusto que le podrían dar, y desta manera trayéndoles la mano sobre el cerro, como dicen, y curándolos con medicamentos fáciles, débiles y de buen gusto, aunque nunca sane la enfermedad, como no la sanan, han hecho que las cuartanas sean incurables y que las casas estén llenas de locos, sin podelles dar remedio alguno, y otros muchos a este tono, que no quieren sino ganar apaciblemente lo que les dan, y con poco trabajo, y si pegare pegue y si no, nunca pegue. —Bueno va eso, dijo el Duque. Para médico mozo, más parece sermón que relación de la cura. —Bien está, dijo Olivares, que todo tiene haz y envés. Pase adelante y abrevie lo más que pudiere. Y procedí yo diciendo:

—Pues esto que los antiguos hacían y los modernos ha tantos años dejaron de usar o por las causas ya

referidas o por lo que a ellos les pareció, resucitó el Dotor Alderete, maestro mío y catedrático de Prima en Salamanca, con que hizo tantas y tan buenas curas como se tienen noticia en todo el mundo, y yo como dicípulo suyo lo he usado y uso con buen suceso, sin que haya habido en muchos enfermos que he curado falta ni desgracia alguna. A esto respondió el Dotor Cornelio, que hasta entonces no había hablado palabra, y hablando en buen latín, que no sabía la lengua española, dijo: —En Italia usa Matiolo Senes deste remedio y manera de curar también en las cuartanas y como cosa nueva y peregrina se lo envió a pedir Joannes Noevius, médico del Duque de Sajonia, de Alemaña, y de Flandes Gerónimo Hantschio, médico muy docto, y lo que entiendo es o que el Alderete lo aprendió dél cuando por allí pasó o él del Alderete. —Pues ¿qué cantidad daba del elléboro Alderete y con qué lo preparaba? porque él solo es un puro veneno, me preguntó Gálvez. —La cantidad, dije yo, dábala según las fuerzas y sujeto de cada uno, y la mayor era una drama en infusión de aguamil, con unos pocos de cominos, que son su correctivo, y esto habiendo comido algo y no en ayunas, y antes de dar esto que es el último asalto que se da a la cuartana, con que queda del todo vencida, los preparaba a los cuartanarios con una leve purga y después con una pócima y luego con ciertos vómitos que al día del paroxismo les hacía hacer, después de bien hartos de sardinas y rábanos, con otras muchas diferencias de pescados salados y frescos y lo demás que quieren comer, y esto por medio de un rábano que les daba aderezado desde la noche antes con el mismo elléboro, pero al comer muy lavado y limpio, que no le quedaba migaja del polvo, más de sola la virtud que se le había pegado, con la cual hacían tan buena obra y tan copioso vómito que muchas veces arrancaba la cuartana de cuajo sin tener necesidad de llegar al elleborismo.

—Bien lo ha relatado, dijo Olivares, nosotros vere-

mos sobre ello lo que conviene, y avisaremos al rey y a V. E. y agora vámonos a visitar, que ya es tarde.

En siendo hora de comer, envió Rui Gómez la información con el mismo secretario para que se la leyese al Rey delante de los protomédicos que asistían a la mesa, y leída les dijo: —No debe ser muy idiota este médico, pues que decía a los enfermos 8 y 10 días antes cuándo les había de faltar la cuartana. ¡Habéislo visto? —Ya lo vimos, Señor, respondió Olivares, y examinamos los remedios y curas que les hace, y es tan recia y fuerte que basta a quitar la vida, cuanto más la cuartana, por lo cual no habemos de usar della en ningún enfermo aunque sea vulgar y robusto, cuanto más en el Duque, que está muy flaco y no come cosa que sea de consideración. —Pues ¿cómo no se murió ninguno déstos, si la cura es tan recia como eso? —Porque esos eran todos gente del campo ejercitada, que no los mataba una culebrina, de muy diferente cumplisión y naturaleza que la del Duque. —¿Y las monjas?, dijo el Rey. —Esas aprovecharíanse de sus oraciones y buena vida ¿no es eso?, dijo Velasquillo, un truán que había sido del Emperador, sino que las monjas no temen la muerte, antes la desean por verse libres de cárcel y cautiverio perpetuo, y por esto no se le dió nada por ellas. Respondióle el Rey: —Pues no lo digas burlando.

Todo esto pasó a la mesa, según contó el secretario que estuvo a la comida toda y después buen rato esperando respuesta, y dijo más, que salidos que fueron los protomédicos, quedó allí el Dotor Cornelio, que también asistía a la comida, y que le preguntó el Rey qué le parecía de aquella información y curas, y le respondió en latín que la información no la había entendido bien por no estar corriente en la lengua española, pero que había recía de razón y autores graves que la escrebían, y que le había parecido hábil y suficiente cuanto la edad lo permetía y que la cura aunque era poco usada no carecía de razón y autores graves que la escrebían, y que

él había visto en Italia un médico doto que usaba della, con lo cual respondió al Duque que no le había parecido mal el negocio, pero que se fuese poco a poco porque le decían que era la cura muy recia y para hombres rústicos más que para gente noble y regalada. Envióle Ruigómez a besar las manos por la merced y cuidado que tenía de su salud y que le hacía saber que no era tan recia la cura como se la pintaban, que harto más lo era la cuartana y que mañana quería comenzar la obra con licencia de S. M,

Luego aquel día se le coció agua con canela en la forma que tengo avisado y usando todo lo pusible de la atenuante dieta porque los señores toman más licencias que los demás, que tienen bula para ello, tomó al otro día su jarabe y fué prosiguiendo hasta purgarse como dicho es, y purgado que fué entró tomando su apócima y como la tomase tres veces el primer día y en cantidad cada vez de medio cuartillo, empalagóse de tal manera que no pudo comer bocado y eso que comió lo gomitó luego con lo que había bebido de la pócima y aunque le hizo provecho notable para la ceción que al otro día le vino, no pude acabar con él volviese a beber.

Viéndome confuso por no querer beber la pócima, sin la cual no me atrevía a darle el elléboro ni a quitarle la cuartana, usé de una cautela y engaño, que fué decirle que ya que no quería tomar la pócima que tomase la misma cantidad y a los mismos tiempos de aloja, de que era tan amigo que tenía un criado que no le servía otra cosa sino de hacella muy regalada, para que bebiese, y como había muchos días que no se la dejaban beber por razón de la enfermedad, teníale mucha gana y dijo que de aloja que le diese cuanta quisiese, que la bebería. Vóime luego al alojero y hágole llevar la pócima, que era larga media arroba, y contándole el caso le dije que la clarificase y la disfrazase echándole canela y de las más especias y cosas que lleva la aloja, para que la bebiese el Duque, porque no iba menos que su salud en

ello, y que si enviase por aloja le diese de aquélla y no otra todas las veces que enviase. Hízolo con mucha diligencia el hombre y clarificó la pócima y la adobó de suerte, que a no vello yo entendiera que era muy fina aloja. Hecho esto, cuando fué tiempo dije al Duque que fuesen por la aloja, que quería que la bebiese. Luego envió a llamar el alojero y le preguntó si tenía alguna hecha. Respondió que sí, que su señora se la había mandado hacer para enviar della a unas damas. —¿Tenéis obleas? Dijo: —También, señor. —Pues trae mi limeta llena y cuatro obleas con ella. Venida que fué la limeta, que tenía un cuartillo y más de porte, comió como oblea y media y púsosela a pechos y sin dejar gota se la bebió toda y luego dijo: —Desta cuanto me dieren beberé yo, y no jarabes de botica. Y luego me dijo la Princesa: —Mire no le haga mal, que no se la querían dejar beber los médicos. —No hará, señora, dije yo, sino mucho provecho, que tiene la misma virtud que la pócima, pero a las otras veces no tiene de beber más de la mitad de la limeta porque no le dé en cara como hizo la pócima. —No haya miedo, dijo el Duque, como me den con ella dos obleas.

Desta manera procedió con la apócima hasta que la bebió toda, y bebiera otra tanta si fuera necesario, y lo que antes le enfadaba y revolvía el estómago, le daba mucho gusto y contento, que tan fáciles son los hombres de engañar como esto. Habiendo ya tres días que bebía la pócima, para el cuarto, que era el día de la cuartana lo apercibí que había de comer a pasto y que lo esencial de la comida habían de ser tres rábanos y cinco sardinas, y después todo lo demás que le diese gusto, ansí de pescados frescos y salados como de frutas y leche y lo demás que quisiese, porque era condición que había de comer y beber mucho, ahora fuese agua o vino aguado, y que estuviese todo ello aparejado para las nueve horas del día, porque la ceción venía a las dos después de mediodía. Dióse la voz y cargo a los despen-

seros y cocineros y con ellos un mayordomo que lo solicitaba y para el día siguiente tuvieron aparejada una comida de príncipe con todo esto que se sigue y mucho más que no me acuerdo:

Primeramente le trujeron para comenzar guindas colgadas, uvas y melón, y esto se le quedó en la mesa por todo el tiempo que duró la comida, porque los demás servicios venían uno en pos de otro porque no hartan con su copia y muchidumbre. Luego le trujeron sardinas frescales asadas y dellas comió con las uvas cuatro; luego vino, pescado cecial con aceite y vinagre y en viéndola dijo: —Desta he tenido mucho deseo de hartarme. —Pues a tiempo estamos, que puede V. E. cumplir sus deseos. —Denme primero unos huevos con agraz por no comer un salado tras de otro. Trujéronle huevos con agraz y con ellos un plato de lenguados en escabeche. Comió los huevos con el rábano aderezado con el elléboro y luego se volvió al pescado cecial y se comió todo el plato. Ya había bebido tres veces y tras el pescado otra, que fueron cuatro. Echó mano de un lenguado y comió la mitad. —Ya estoy harto, dijo, que no pensé comer tanto. —Pues lo mejor falta, dije yo. Vengan hostiones y otro rábano con ellos. Vinieron hostiones en escabeche y otros frescos asados nel carapacho con naranja y pimienta, y déstos comió bien, y viendo que ya comía de mala gana, dije al maestresala que hiciese traer todo lo demás que había para comer y se pusiese junto en la mesa para que picando de uno y otro pasase adelante. Luego vinieron de 20 servicios arriba de truchas, de salmonetes, de congrio fresco y seco, de pulpos, de atún, de raya, barbos, tencas, sábalo de azamor y fresco, una rueda de sollo que envió a la Duquesa, vermejuelas y bogas, con otros muchos guisados, tortas y cazuelas, de todo lo cual no comió cosa notable, si no fué de unas espinaquias que estaban divinamente guisadas, y con ellas bebió otra vez, con que hizo tanta barriga que no pudo estar sentado. —¿Qué

tanto habemos de estar agora?, me dijo. —Media hora. —No me atrevo yo a estar tanto, respondió. Y luego dende a un cuarto de hora pidió una fuente y trajéronle uno como perol de plata y sin meter dedo ni hacer fuerza alguna comenzó a vaciar de suerte que del primer bote demedió el perol, y descansando un poco volvió y lo acabó de hinchir. Mandélo quitar y que no lo derramasen, y trayendo una fuente y habiendo descansado, volvió la tercera vez a vomitar, ya rojo, tantos cuajarones de flemas que él mismo quedó asombrado. Acostóse y dijo que le dejasen dormir y durmió dos horas y dende a otras dos le vino la cuartana con el frío muy moderado y no desaforado como de antes, y no duró más de una hora y la calentura fué tan poca, que dijo: —A este andar, presto se acabará del todo.

Acabada que fué la calentura, que duraba hasta el amanecer, a las nueve horas de la noche comió de un jigote de un capón y de una torta de calabaza con mejor gana que solía, bebió agua cocida y durmió el remanente de la noche con mucho sosiego. A la mañana lo visitaron muchos señores y caballeros y le dieron la enhorabuena de la mejoría que ya se había divulgado, y el Rey lo envió a vesitar con un caballero de los de la boca y le respondió que besaba pies y manos de S. M. y que le hacía saber que la cura que le hacían más era apacible que recia, porque le hartaban de cuanto quería y tenía deseado y que con ello en lugar de hacelle daño había recebido mejoría notable.

Pasáronse los dos días de la huelga en buena conversación y al postrero avisando yo que tuviesen apercebido para el dia siguiente, que era el de la cuartana, para comer otra vez a pasto, me dijo que había quedado muy harto de pescado, que si era pusible mudallo en cecinas y carne salpresada que comería mucho más, porque había mucho tiempo que no las comía y las tenía deseadas. Habida la licencia, que fué fácil de conceder, mandó aderezar para el otro día a las nueve, y vinido a co-

mer, pusiéronle demás de las frutas unas lonjas de jamón asadas con unas rebanadas de mollete pringadas que cualquiera que tuviera buena hambre las comiera. Luego trujeron ternera salpresada asada, gansos cecinados cocidos, cecina de carnero y de castrado y desta comió notablemente y dijo della que era la mejor de todas las cecinas. También vino jabalí y venado, empanadas y guisados de muchas maneras con muchas diferencias de salsas y los rábanos a vueltas dos ensaladas diferentes, y comió con él este día la Princesa y le dijo a la mesa: —Hallado os habéis, señor, lo que queríades. Más me parece esto boda que cura. No sino andaos a curar con protomédicos y os matarán por regalaros.

Acabada la comida se retiró la Duquesa y él se acostó encima la cama y habiendo pasado un cuarto de hora no vomitaba ni se le revolvía el estómago, que parece había abrazado la comida con más gana que la del pescado, y visto aquello hice traer un poco de ojimiel y echándolo en un grande vaso de agua tibia le dije que lo bebiese todo, y tomandolo en la mano me preguntó qué era. Dije: —La pócima es, bébala toda. —Oh, maldita ella sea, me respondió. Y poniéndola a la boca le dió tanto asco, que arrojó el vaso y la comida y con ella tantas y más flemas que la otra vez.

Quedó cansado y acostóse y durmió tanto, que vino la cuartana y le tomó durmiendo, y fué tan poca que no le despertó el frío, que poco antes lo hacía temblar y crujir los dientes, y ansí lo pasó durmiendo y despertó con la calentura, que también era poca. Como yo vide la facilidad con que vomitaba y tanta mudanza y mejoría en la cuartana. determiné de dalle para la otra ceción dos rábanos aderezados con el eléboro, entendiendo que bastarían y no sería necesario darle el eleborismo. Hícelo ansí y pasados que fueron los dos días de huelga y llegado el de la cuartana, volvió a comer a pasto de pescados y dándole un rábano luego al principio le

di el otro a media comida, y habiendo tardádose en la comida hora y media larga, y habiendo bebido más que las otras veces dijo antes de acabar de comer: —Denme una fuente, que se me revuelve el estómago. Trujeron el perol apriesa y acostándose boca abajo comenzó a echar y echó tanto de una vez que no lo dejaba resollar y faltó poco para hinchir el perol. Volvióse boca arriba para descansar y no se hubo vuelto, cuando pidió otra fuente, y comienza a echar en ella humor amarillo requemado, que más parecía leonado que amarillo, y ésto sin mezcla alguna de comida, que ya había salido toda y mucho más. Luego echó otro golpe de humor verde como unas ovas y a la postre gran cantidad de humor melancólico, negro, que resplandecía como betún de espaderos.

Quedó tan cansado y fatigado del mucho vómito y principalmente por causa del mal humor, que al pasar le picaba e inficionaba con su pestilencial cualidad la boca del estómago, que se dejó caer en la cama tendido de largo a largo con una síncopa o desmayo sin acuerdo alguno y la color del rostro robada, de suerte que se alborotó toda la casa y fueron corriendo a decir a la Duquesa que se moría, y vino también corriendo y me dijo muy airada teniéndole yo la mano en el pulso: —¿Qué es esto, mal hombre? ¿Desta manera curáis a mi marido? ¿Pensáis que es algún pícaro como vos? Yo le dije con rostro alegre y no turbado, porque tenía mucho y buen pulso: —Repórtese V. E., que el Príncipe mi señor está bueno y sano ya, sin cuartana. Mándeme traer de aquel vino que solía beber en ayunas, y pierda cuidado, que antes de una hora estará levantado y sano del todo. Reportáronse todos con tan cierta y determinada promesa, y traído que fué el vino, que era de enjenjos verdes, echéle dos tragos dél por la boca y rociélo con otro poco, y no pasaron dos credos cuando ya había vuelto; pero con todo eso había ya llegado la voz arriba del Rey y dicho que Rui Gómez se moría

y envió volando a llamar los protomédicos, que estaban comiendo y dejaron de comer y vinieron luego, y ya cuando llegaron, el Duque estaba sentado en la cama y yo me había retirado a comer, que era más de la una del día.

Hallaron al enfermo con buen pulso y semblante y nada melencólico, que solía estar poco antes que quería venir la cuartana, y con todo eso le dieron una fraterna, diciendo que él tenía la culpa, que no se podía quejar que no le habían avisado que no era para él aquella cura, y otras cosas muchas que los desculpaban de no habello curado y me echaban a mí la culpa por haberme metido en ello, a lo que respondió el Duque: —Con todo eso, si la cuartana me falta hoy del todo, que ya veo señales que sí faltará, se lo perdono todo, que más pena me daba el frío solo que treinta desmayos déstos.

Volviéronse a comer los dotores y el enfermo se entretuvo con música que le dieron hasta las cuatro de la tarde, y no le habiendo venido cuartana ni rastro della, dijo que se hallaba de buena dispusición, que le diesen de comer. Comió de cabrito gordo y de una perdiz y de una torta de calabaza y quedó muy satisfecho y la cuartana del todo desterrada; y el que a medio día divulgaron por muerto, a las cinco de la tarde estaba sano y bueno, no con poca confusión de los protomédicos, que tomaron por excusa para con el Rey, que se lo zahirió, el riesgo en que lo había puesto y que aquel alboroto le había quitado la cuartana y no la cura, porque ansí lo solía hacer. —Si por alborotos se quita, más de tres él ha tenido después que la tiene, no sé yo cómo no se le había quitado, respondió el Rey. Y con esto tuvo fin la plática y la cuartana; y lo que después sucedió se dirá en el Discurso que viene, que en éste demasiado habemos dicho.

(*Continuará.*)